

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXII

Nº8

SEPTIEMBRE 2009



NUESTRA PORTADA:

TESOROS DEL MUSEO DE LA CATEDRAL DE OURENSE

Cáliz de San Paio de Abeleda.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXII

Septiembre 2009

Nº 8

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Carta del Sr. Obispo para el DOMUND 2009	1189
Actividades del Sr. Obispo	1193

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos	1197
Defunciones	1198
Vicaría de Pastoral	
Delegación de Liturgia. <i>Mejorar la celebración de la Eucaristía</i>	1200

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española	
Nota del Comité Ejecutivo ante la fallida reprobación del Papa por una Comisión parlamentaria ...	1217

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Ángelus	1221
Audiencias.....	1231
Discursos.....	1253
Homilías	1263
Mensajes	1273
Viaje Apostólico - Visita Pastoral a Viterbo y Bagnoregio (6 de septiembre de 2009).....	1277

CRÓNICA DIOCESANA

Septiembre	1291
------------------	------



LA VOZ DEL PRELADO

MENSAJES

Carta del Sr. Obispo para el DOMUND 2009

“...recordar con gratitud el pasado, vivir con pasión el presente y abrirnos con confianza al futuro” (N.M.I., 1)

Queridos hermanos:

Al dirigirme a vosotros, he querido comenzar con una de las primeras frases de la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* que el Siervo de Dios, Juan Pablo II, nos dirigió a todos los fieles al comienzo del nuevo milenio. Una nueva etapa se abría ante nosotros con ilusionados retos para la Iglesia. No nos queda lejos, ni ese acontecimiento, ni esa carta programática para estos tiempos esperanzadores en que se nos urge a los cristianos para que llevemos adelante la tarea y la misión de la nueva evangelización.

Son necesarios testigos creíbles en el anuncio del Evangelio. Hoy, en medio de esta sociedad, muchas veces tan llena de palabras huecas, precisamos testimonios de vida que interpelen a quienes viven de espaldas a Dios y a la Iglesia.

La misión, con ocasión de la Jornada del Domund, vuelve a cobrar protagonismo en toda la Iglesia. Es la oportunidad para mostrar al mundo la inmensa alegría que origina la transmisión del Evangelio. En este año, la Jornada Mundial de las Misiones nos

anima a redescubrir, afincados en la Palabra de Dios, que todos somos llamados a evangelizar, comenzando ya en nuestros ambientes cotidianos.

El lema del Domund, **“La Palabra, luz para los pueblos”**, nos señala el camino para la evangelización y, al mismo tiempo, nos urge para que tomemos en serio la Palabra de Dios en nuestras vidas. Junto con la Eucaristía, la Palabra de Dios ha de ser alimento continuo en el crecimiento de la fe. Leer y meditar esta Palabra nos ayudará a vivir mejor nuestra relación con Dios y a poner en práctica la caridad fraterna: *“...la comunión fraterna más allá de toda división, nace de la palabra de Dios-Amor que nos convoca.”* (*Caritas in veritate*, 34).

El Domund es la gran fiesta de la catolicidad y de la solidaridad con aquéllos que más nos necesitan. Dejémoslos contagiar del espíritu misionero, alentados por el testimonio de aquellos que están entregando sus vidas en lugares donde el anuncio de la Palabra no siempre es fácil o bien acogido.

El Papa, Benedicto XVI, ha convocado un Año Sacerdotal con ocasión del 150 aniversario del fallecimiento del Santo Cura de Ars. Con ello, el Santo Padre quiere promover una renovación interior de los sacerdotes para que su testimonio

evangélico sea más intenso e incisivo. Supliquemos al Señor que nos mande, según su corazón, nuevas vocaciones a la vida sacerdotal, religiosa y consagrada: *“La mies es abundante, pero los obreros son pocos. Rogad pues al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.”* (Mt. 9, 37-38). Tengamos especialmente presentes en este mes las vocaciones misioneras.

Hace falta un nuevo impulso humano para el anuncio de la Palabra de Dios en la misión. La Iglesia necesita urgentemente jóvenes dispuestos a escuchar y a responder con generosidad al mandato del Señor de ir y anunciar el Evangelio, que sean capaces *“...de llamar a todos los pueblos a la salvación operada por Dios...”* (Mensaje del Domund del Santo Padre).

Y no olvidemos que la oración es el instrumento decisivo del que se sirve

el Señor en la construcción del Reino de Dios. Por ello, pongamos especial atención a las palabras con las que concluía el Mensaje del Domund el Santo Padre: *“Pido a todos los católicos que recen al Espíritu Santo para que aumente en la Iglesia la pasión por la misión de difundir el Reino de Dios, y que sostenga a los misioneros, las misioneras y las comunidades cristianas comprometidas... invito a todos a dar un signo creíble de comunión entre las Iglesias, con una ayuda económica, especialmente en la fase de crisis que está atravesando la humanidad...”*

Que la Virgen María, Reina de las Misiones, nos ayude a llevar adelante nuestra tarea misionera iluminados por la fuerza de la Palabra de Dios.

+ Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Carta do Sr. Bispo para o DOMUND 2009

“...lembrar con gratitude o pasado, vivir con paixón o presente e abirmos con confianza ó futuro” (N.M.I., 1)

Queridos irmáns:

Ó me dirixir a vós, quixen comezar cunha das primeiras frases da Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* que o Servo de Deus, Xoán Paulo II, nos dirixiu a tódolos fieis ó comezo do

novo milenio. Unha nova etapa abríase ante nós con ilusionados retos para a Igrexa. Non nos queda lonxe, nin ese acontecemento, nin esa carta programática para estes tempos esperanzados en que se nos urxe ós cristiáns para que levemos adiante a tarefa e a misión da nova evanxelización.

Son necesarias testemuñas cribles no anuncio do Evanxeo. Hoxe, en medio

desta sociedade, moitas veces tan cheo de palabras ocas, precisamos testemuños de vida que interpelen os que viven de costas a Deus e á Igrexa.

A misión, con ocasión da Xornada do Domund, volve cobrar protagonismo en toda a Igrexa. É a oportunidade para amosar ó mundo a inmensa ledicia que orixina a transmisión do Evanxeo. Neste ano, a Xornada Mundial das Misións anímanos a redescubrir, afincados na Palabra de Deus, que todos somos chamados a evanxelizear, comezando xa nos nosos ambientes cotiáns.

O lema do Domund, **“A Palabra, luz para os pobos”**, sinálano-lo camiño para a evanxelización e, ó mesmo tempo, nos urxe para que tomemos en serio a Palabra de Deus nas nosas vidas. Xunto coa Eucaristía, a Palabra de Deus ren que ser alimento continuo no crecemento da fe. Ler e meditar esta Palabra axudaranos a vivir mellor a nosa relación con Deus e a poñer en práctica a caridade fraterna: *“...a comunión fraterna máis alá de toda división, nace da palabra de Deus-Amor que nos convoca.”* (*Caritas in veritate*, 34).

O Domund é a gran festa da catolicidade e da solidariedade con aqueles que máis nos precisan. Deixémonos contaxiar do espírito misionero, alentados polo testemuño daqueles que están entregando as súas vidas en lugares onde o anuncio da Palabra non sempre é fácil ou ben acollido.

O Papa, Bieito XVI, convocou un Ano Sacerdotal con ocasión do 150 aniversario do falecemento do Santo Cura de Ars. Con elo, o Santo Pai, quere promover unha renovación interior dos sacerdotes para que o seu testemuño evanxélico sexa máis intenso e incisivo. Supliquemos ó Señor que nos mande, segundo o seu corazón, novas vocacións á vida sacerdotal, relixiosa e consagrada: *“A seitura é abundante, pero os obreiros son poucos. Rogade pois ó dono da seitura que envíe obreiros á súa seiturar.”* (Mt. 9, 37-38). Teñamos especialmente presentes neste mes as vocacións misioneras.

Fai falta un novo impulso humano para o anuncio da Palabra de Deus na misión. A Igrexa precisa urxentemente mozos dispostos a escoitar e a responder con xenerosidade ó mandato do Señor de ir e anuncia-lo Evanxeo, que sexan capaces *“...de chamar a tódolos pobos á salvación operada por Deus...”* (Mensaxe do Domund do Santo Pai).

E non esquezamos que a oración é o instrumento decisivo do que se serve o Señor na construción do Reino de Deus. Por elo, poñamos especial atención ás palabras coas que concluía a Mensaxe do Domund do Santo Pai: *“Pido a tódolos católicos que recen ó Espírito Santo para que aumente na Igrexa a paixón pola misión de difundir-lo Reino de Deus, e que sosteña ós misioneros, as misioneras e as comunidades cristiás comprometidas... convidado a todos a dar un signo crible de comunión entre as Igrexas, cunha axuda*

económica, especialmente na fase de crise que está atravesando a humanidade...”

tarefa misioneira iluminados pola forza da Palabra de Deus.

Que a Virxe María, Raíña das Misións, nos axuden a levar adiante a nosa

+ Luís Quintero Fiuza
Bispo de Ourense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

SEPTIEMBRE

- Día 1: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 3: Preside la Celebración Eucarística en la Capilla de los Remedios de la ciudad con motivo de la Novena a la Virgen.
- Día 4: Preside la Celebración Eucarística en el Santuario de la Armada con motivo de la Novena a la Virgen en el día en que peregrinan los poetas y literatos.
- Día 5: Preside la Celebración Eucarística a los jóvenes que peregrinaron durante la noche al Santuario de los Milagros.
- Día 6: Preside la Celebración Eucarística en el Santuario de los Milagros con motivo de la Novena a la Virgen de los Milagros.
Preside la Celebración Eucarística en el Santuario de los Remedios de Vilamayor con motivo de la Novena a la Virgen.
- Día 7: Asiste a la recepción oficial del Sr. Nuncio Apostólico Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Manuel Monteiro de Castro en la Nunciatura Apostólica en Madrid.
- Día 8: Preside la Procesión y la Celebración Eucarística en la Parroquia de Santo Domingo de Ribadavia con motivo de la fiesta de la Natividad de la Virgen, bajo la advocación del Portal.
- Días 9-11: Asiste a la “XVI Semana da Formación Permanente dos cregos de Galicia” en el Monasterio de Poio.
- Día 11: Preside la Celebración Eucarística en el Santuario del Cristal con motivo de la Novena a la Virgen.
- Día 13: Concelebración Eucarística presidida por el Obispo de la Diócesis y el Obispo de Viana do Castelo con motivo de la entrega de unas reliquias de Santa Eufemia que se conservan en la Catedral a la Parroquia representada por los fieles de Santa Eufemia de Calheiros y devotos de Santa Eufemia de Ambía.
- Día 15: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 16: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de Santa María de Mirallos con motivo de la Novena a la Virgen de la Salud.
- Día 17: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Cipriano y Vera Cruz de O Carballiño con motivo de la fiesta de su Patrono.

- Día 21: Reunión de los Sres. Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago en el Monasterio de Poio.
- Día 22: Asamblea conjunta de Obispos y Superiores/as Mayores de Galicia en el Monasterio de Poio.
- Día 23: Saluda a los Arciprestes y Delegados Episcopales reunidos en la Casa Diocesana de Ejercicios.



IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha **1 de septiembre de 2009**, y de conformidad con lo que determina el c. 682 del C.I.C., a propuesta del Rvdo. Padre Provincial de la Inspectoría Salesiana Santiago el Mayor de León, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quintero Fiuza, ha tenido a bien realizar los nombramientos del **P. José María Moro Benito, SDB.** como Párroco de María Auxiliadora de Ourense y del **P. Fernando Domínguez Ordóñez, SDB.** como Vicario parroquial de María Auxiliadora de Ourense.

Con fecha **15 de septiembre de 2009**, ha realizado los siguientes nombramientos:

Rvdo. D. José Joaquín Borrajo Iglesias como Vicario Judicial Adjunto;

Rvdo. D. Isaac Pereiro Pereiro como Formador del Seminario Mayor del “Divino Maestro”;

Rvdos. Srs. D. Francisco Pernas de Dios y D. Luis Pérez González, prorrogar el nombramiento de párrocos “in solidum” de la parroquia de Santiago de las Caldas, por 6 años siendo D. Francisco Pernas de Dios, moderador de la cura pastoral;

Rvdo. Sr. D. Jorge Juan Pérez Gallego como Párroco de San Pedro de Muíños por 6 años y Administrador parroquial de San Paio de Arauxo, de Santa Mariña de Cadós, de Santa María de Cela, de San Andrés de Porqueirós, de San Salvador de Prado de Limia y de San Miguel de Xermeade;

Rvdo. Sr. D. Carlos Míguez González como Párroco de Beato Sebastián Aparicio de A Gudiña por 6 años y Administrador parroquial de San Xoán de Barxa, de Santa María de O Cañizo, de Santiago de Carracedo da Serra, de San Lucas de Parada da Serra, de San Lorenzo de Pentes, de San Mamed de Pentes, y de Santa María y San Francisco Blanco de O Tameirón;

Rvdo. Sr. D. Francisco Gavilanes Fernández como Párroco de San Ildefonso de San Ciprián de Viñas por 6 años y Administrador parroquial de San Andrés de Rante;

Rvdo. Sr. D. Antonio Fernández Blanco como Párroco de Santa María de Carballeda por 6 años y Administrador parroquial de San Xoán de Coiras, de Santa María del Destierro de A Corna y de Santiago de Torrezuela;

Rvdo. Sr. D. Francisco José Prieto Fernández como Vicario parroquial de San Pío X.

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ Sor Elisa Huertas Caldevilla, S. de M. fallecida el 13 de septiembre de 2009.

Había nacido en Zamora el 16 de febrero de 1932. Eran ocho hermanos en la familia. Con tan solo 17 años sintiendo la llamada a la vida religiosa, pidió ingresar en el Instituto de las Siervas de María llamando a las puertas de la casa de Zamora, donde fue admitida, pasando al Noviciado de Azpeitia el 30 de Mayo de 1949. El 10 de Diciembre de ese mismo año toma el Santo Hábito, donde elige el nombre de su querida madre, Elisa, que conserva durante toda su vida. El 11 de Diciembre de 1951 hace su Profesión Temporal, siendo enviada a la Comunidad de San Sebastián, que junto con Salamanca y La Coruña, serán sus casas de Votos Temporales, donde se seguirá afianzando en el espíritu y carisma propio de las Siervas de María, para después de la Tercera Probación en Azpeitia, realizar su Profesión Perpetua en la Casa de Astorga el día 11 de Diciembre de 1957, pasando a continuación a Ávila.

Muy pronto desempeña cargos de responsabilidad en distintas Comunidades, nombrándola, a los 4 años de su Profesión Perpetua, Auxiliar del Noviciado de Azpeitia. A partir de ahí, pasa por distintos cargos, Secretaria, Asistente, Superiora,

Maestra de Junioras, Consejera Provincial por dos veces, Directora de la Tercera Probación. Desde el año 2007 desempeñaba el cargo de Superiora en la Casa de Ourense, cuando la enfermedad ha llamado a su puerta

+ P. Gregorio Crespo Manjón. SDB, Ex-Vicario parroquial de M^a Auxiliadora Salesianos). Fallecido el día 24 de septiembre de 2009 a los 82 años. Había nacido el 4 de enero de 1927 en Santander. Fue ordenado presbítero el 19 de diciembre de 1953. Ejerció su ministerio en la Diócesis entre el 20 de julio de 2006 y el 01septiembre de 2009, como Vicario parroquial de la Parroquia de María Auxiliadora.

VICARÍA DE PASTORAL

DELEGACIÓN DIOCESANA DE LITURGIA

Mejorar la celebración de la Eucaristía

Para celebrar la Eucaristía como nos mandó el Señor y nos pide la Iglesia en sus múltiples documentos (“ofensiva eucarística” P. Tena), es preciso *conocerla y amarla más*. No se puede amar lo que se desconoce y no se esfuerza uno por conocer algo, si no le importa, si no le *motiva*. Por eso la *motivación* es imprescindible para ponerse en proceso de *conocimiento* y el conocimiento lleva al *amor*.

Nunca la Iglesia y los cristianos han tenido tal *riqueza de documentos* sobre la Eucaristía. Tanto que, Benedicto XVI piensa que su misión es, más que hacer muchos documentos, *esforzarse e impulsar la lectura de los muchísimos y buenos de Juan Pablo II*. Pienso en las *Cartas a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo*, la *Dominicae Cena*, el *Catecismo de la Iglesia Católica*, la *Dies Domini*, *Ecclesia de Eucaristía* y *Mane nobiscum, Domine*; el *Misal Romano* en la 3ª edición. Habría que tener en cuenta las referencias a la Eucaristía de *Tertio millennio adveniente* y *Novo millennio ineunte*, *Ecclesia in Europa*, *Pastores gregis*, etc. Fruto de esa “ofensiva” suya, son: los *Lineameta* del Sínodo; el *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, la *Sacramentum redemptionis*, las *Sugerencias y propuestas*, el *Instrumentum laboris* y las 50 “*proposiciones*” del Sínodo.

Para nuestro caso creo muy importantes los materiales siguientes: la OGMR en su 3ª edición; el OLM 2ª edición, el CCE en los números relativos a la Eucaristía y los correspondientes del “Compendio”. Partiendo de ello divido el tema en *dos partes*:

Conocer la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor.

Conforme a lo dicho, es preciso entrar en el origen, la estructura, los contenidos, significados, palabras y gestos de la celebración eucarística, para poder responder a la pregunta que nos hace Jesús: ¿“*Comprendéis lo que he hecho con vosotros*”? o la que nos dirige la Iglesia: ¿“*consideráis lo que tratáis*”? Puede pasar que, a veces, no sepamos en lo que participamos y, por ello, lo hagamos rutinariamente.

1. En general y mirando más al significado y contenidos.

Siguiendo un *esquema* ya un poco clásico en la Liturgia y aplicado a la Eucaristía, ésta se puede *sintetizar* en: Misterio, acción (celebración) para la vida.

La Eucaristía es *misterio* que se actualiza y se celebra sintetizando toda la Hª de

salvación, con su momento culminante en la Pascua de Cristo, su continuidad en la vida de la Iglesia, animada por el Espíritu Santo. El misterio es eterno, tiene un pasado y un presente, pero se abre al futuro de la plenitud del cielo. Este misterio es lo oculto que se refleja en los signos y palabras de la celebración, pero sobre todo ha de ser vivido con fe. Este misterio es Cristo muerto y resucitado, fuente de vida para los cristianos y para todo hombre. En la Eucaristía se hace presente realmente, de diversos modos y el culminante es en las especies consagradas, como fuente de vida, de misión y garantía de resurrección.

La Eucaristía es *acción* (celebración), no es en primer lugar contemplación y menos algo pasivo. Por ser celebración es comunitaria, supone un acontecimiento (el misterio), un grupo o comunidad que celebra y un clima festivo. En la acción entran muchos elementos a tener en cuenta : espacios, tiempo, sujetos o ministros (invisibles y visibles), medios (signos, símbolos, gestos, posturas corporales, palabra, canto silencio). La acción necesita un *qué*, cómo, cuándo, por qué, con que medios (Cf CCE 1136-1186). Este esquema hay que aplicarlo a la Eucaristía para entenderla y explicarla.

La Eucaristía es *vida*, la vida del Hijo de Dios encarnado, entregada a la muerte por nosotros para glorificar al Padre y hacernos vivir a los hombres, muertos por el pecado y necesitados de vida nueva. Esa vida se nos ha comuni-

cado en el Bautismo, se potencia por el E. Santo en la Confirmación y se alimenta en la Eucaristía. La Eucaristía es comer el Pan de la Vida y la bebida de salvación, para ser saciado. Jesucristo Eucaristía es el Pan vivo (y que da vida) bajado del cielo. Quien lo come vivirá por él y no conocerá la muerte. La Eucaristía es antídoto contra la muerte y prenda (“pignus”), garantía de vida inmortal. En la Eucaristía se encuentran plenamente la vida del Dios Trinidad con la vida (pecadora, hambrienta, enferma) del hombre. En la Eucaristía, el misterio de Cristo, “esplendor de la gloria del Padre”, por la acción del Espíritu Santo y de la Iglesia se actúa para comunicar vida en abundancia; una vida que “salta hasta la vida eterna”.

En la Eucaristía, el *misterio*, mediante la *celebración* se comunica como *vida* a los fieles. Pero en este proceso, encontramos como elementos nucleares del ser de la Eucaristía: el *memorial* (“Haced esto en memoria mía”...y su realización concreta : el “recuerdo” o conmemoración del misterio pascual y todos los misterios); el memorial es siempre de la pasión, muerte, sepultura y resurrección (memorial que actualiza el *sacrificio* “nuevo y eterno) de Cristo *entregado* por nosotros...A él unimos nuestro *sacrificio* y el de toda la Iglesia : “Te ofrecemos”...Aprender a ofrecer y ofrecerse..., sacerdocio bautismal en acto); la Eucaristía es *banquete o convite* en la mesa del sacrificio (se come el cuerpo entregado del Señor y se bebe su sangre, es un *alimento espiritual* por

la fuerza del Espíritu Santo y la acción sacramental); es pregustación o *anticipo* del banquete del cielo (“Dichosos los invitados a la Cena del Señor”), es la Cena definitiva de las bodas del Cordero en el cielo. Jesús proyectó en la última Cena este deseo de celebrar la Cena que no termina. Celebramos la Eucaristía en la tierra, pero “hasta que el Señor vuelva”; ¡“Ven, Señor, Jesús”!

2. En particular y mirando a la estructura de la celebración eucarística.

Desde san Justino (a. 250) conocemos la estructura de la Misa, que el *Catecismo* llama “de todos los siglos” (título que precede al n 1345). La estructura y el “Ordo Missae” recoge los elementos que no cambian habitualmente en la Eucaristía.

Se sintetizan en *cuatro*: Los ritos iniciales, la Mesa de la Palabra de Dios, la Mesa del sacrificio y los ritos conclusivos.

2.1. Los ritos iniciales:

Canto de entrada, saludo del celebrante, acto penitencial, “Señor ten piedad” (“Gloria”) y oración colecta. La finalidad de estos ritos es reunir y preparar a la asamblea para escuchar la Palabras de Dios. Son elementos preparatorios para la gran *primera mesa*, de la Palabra de Dios. Todos estos ritos se destinan a *constituir conscientemente* la asamblea eucarística (convocada por Dios, estructurada en comunión por el Espíritu y en la que Cristo se hace presente *real-*

mente, cumpliendo su palabra: “Donde dos o más se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”). *Gestos* significativos son el beso al altar, el saludo sacerdotal (“El Señor con vosotros”), los signos de arrepentimiento y disposición humilde, convertida para escuchar a Dios, que nos habla); la oración “colecta” recoge la oración de toda la comunidad y la une a la de Cristo (por eso, la monición “oremos”-silencio). Esta oración da como el “color” de la celebración.

Es muy importante *explicar* y *ayudar a entrar* por la fe y el amor en la “entraña” de estas piezas. Un buen servicio para esto lo tenemos en la OGMR nn 46-54.

2.2. La Mesa de la Palabra.

Comprende desde la proclamación de las Lecturas (dos o tres) con el Salmo responsorial, el versículo al Evangelio y aleluia, el Evangelio, la homilía, el Credo (cuando lo hay) y la oración de los fieles.

Es una de las partes sustanciales de la Eucaristía. En ella se produce el diálogo en la fe entre Dios y su Hijo Jesucristo, por la virtud del Espíritu Santo, y el pueblo de Dios. Es siempre Dios quien toma la iniciativa; es quien gratuita y amorosamente se dirige a su pueblo. Lo hace en páginas del AT, que ya se ha cumplido, pero que iluminan el plan eterno de Dios en su preparación. Todo el AT *oculta* de

algún modo a Jesucristo y va preparando se camino y venida. El Evangelio es el cumplimiento o realización del plan de Dios. El Evangelio *revela* a Cristo y Cristo es el resplandor de la gloria del Padre. Quien escucha y ve a Cristo, escucha y ve al Dios insondable. Ante el Evangelio la Iglesia se inclina de modo especial y lo venera con gestos especiales. Es la Palabra que contiene la presencia real de la Persona de Jesucristo. Por eso la aclamación: ¡"Palabra del Señor"!... Invitación a la fe.

La palabra del Apóstol es igualmente inspirada por el Espíritu Santo y es testimonio de que, como Jesús nos dijo, los Apóstoles con el Espíritu Santo continuaron su misión y su obra. La historia de la salvación no se paró en la Ascensión de Jesús. Entonces comenzó la tarea de la Iglesia que sigue la misión del Maestro. Por eso, la mesa de la Palabra es el alimento de la vida de fe de la Iglesia y el bagaje más importante para la misión de evangelización.

Son importantes los ministros de la Palabra: el lector, diácono, salmista, monitor o comentador. Las dos primeras lecturas no son presidenciales, sino de ministros no ordenados. El Evangelio pertenece al diácono, presbítero y Obispo.

El *Salmo responsorial* es la *respuesta* con la Palabra de Dios, hecha Palabra-oración de Cristo y de la Iglesia, a la Palabra de Dios proclamada. Es una palabra que responde en cada caso a

lo que se ha proclamado en la primera lectura. Es todo el pueblo de Dios, el que ya sea cantando ya proclamando responde. Así el diálogo entre Dios y su pueblo se concreta.

La *homilía* tiene una gran importancia. Es la explicación familiar de la Palabra de Dios, del misterio celebrado o de otro elemento de la Liturgia. Pero se tendrá muy en cuenta a los fieles presentes. Es sólo del ministro ordenado. Alimenta la fe, orienta, ilumina la vida y da pautas para actuar. No es estrictamente palabra de Dios, pero si es fiel a la Palabra y la liturgia prolonga el efecto y la gracia de la Palabra.

La *profesión de fe o Credo* es también respuesta de todo el pueblo a la Palabra de Dios con la finalidad de que, pronunciando "la regla de fe" con la fórmula aprobada para usar en la liturgia, recuerde los grandes misterios de la fe y los confiese antes de comenzar su celebración en la Eucaristía (cf. OGMR 67).

La *oración universal* u oración de los fieles responde a la Palabra proclamada y explicada y en ella el pueblo ejerce su sacerdocio bautismal, orando por la salvación de todos. Esta oración tiene una estructura amplia que debe observarse. Esta estructura incluye peticiones por : las necesidades de la Iglesia, por los gobernantes y la salvación del mundo, por quienes padecen cualquier dificultad y por la comunidad local. En circunstancias especiales como es una celebración particular (la Confirmación, Matrimo-

nio y Exequias) el orden de las intenciones puede amoldarse mejor a la ocasión (nn 69-70). Esta oración la comienza y termina el sacerdote (desde la sede). Las *intenciones* que se proponen deben ser “sobrias, formuladas con sabia libertad, en pocas palabras y reflejando la oración de toda la comunidad” (n 71). Estas peticiones las puede pronunciar: el diácono o cantor, un lector o un fiel laico desde el ambón u otro lugar conveniente. Por eso, no es necesario un desfile de personas. El pueblo de pie, puede contestar con la invocación común o rezando en silencio (n 71).

2.3. *La Mesa del sacrificio o liturgia eucarística.*

Abarca los siguientes ritos: la presentación de los dones, oración sobre las ofrendas, la Plegaria eucarística, los ritos de la Comunión sacramental, la oración del Padrenuestro, el rito de la paz, la fracción del pan y la Comunión del Cuerpo y la Sangre del Señor.

En esta mesa, la Iglesia, fiel a su Maestro hace y dice lo que Jesús hizo, dijo y mandó hacer a sus discípulos en su memoria.

– en la preparación y presentación de los dones (pan, vino y agua) se realiza lo que Jesús hizo aquella noche: *tomó en sus manos el pan y el cáliz mezclado con agua.*

– En la Plegaria eucarística el sacerdote “in Persona Christi” hace una

larga bendición al Padre, por Cristo en el Espíritu Santo, con la que se consagra el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre. Fue lo que hizo Cristo al *benedicir* (“lo bendijo”).

– Por la fracción del pan y la Comunión, los fieles, aún siendo muchos, reciben de un solo pan el Cuerpo y de un solo cáliz la sangre del Señor, como los Apóstoles lo recibieron de manos del mismo Cristo (n 72).

- *Preparación de los dones.*

El altar es el centro de esta liturgia. Se prepara con lo imprescindible (el corporal, el Misal, el cáliz que también se puede preparar en la credencia). Las ofrendas es de alabar que las traigan los mismos fieles; pero aunque sólo las presenten (no siendo de su propiedad), el rito conserva su sentido y significado espiritual. Se puede aportar dinero u otras aportaciones para los pobres o la Iglesia. Se colocan en un sitio oportuno, fuera de la mesa eucarística (n 73). A la procesión con los dones puede acompañar el canto del ofertorio (n 74; cf. 37 b). La incensación de las ofrendas, hecha por el sacerdote, de la cruz y del mismo altar *significa* “que la oblación de la Iglesia y su oración suben ante el trono de Dios como el incienso”. La incensación del sacerdote (*por* su ministerio) y del pueblo (*por* su dignidad bautismal) continúan. El lavabo *expresa* “el deseo de purificación interior”.

a) *La oración de las ofrendas.*

Con esta oración presidencial se concluye la preparación de los dones. La precede una monición con tres variantes invitando a toda la comunidad a orar juntos. En la oración sobre las ofrendas el pueblo se une en el *Amén*. Así todo queda preparado para la Plegaria eucarística (n 77).

b) *La Plegaria eucarística.*

Es la oración culminante de la Eucaristía, la “Gran oración eucarística” el “Canon orationis”. Es el centro y cumbre de toda la celebración; de acción de gracias, alabanza y consagración. Arranca con el diálogo del Prefacio e invita a todo el pueblo a arropar al sacerdote, cuando se dispone a entrar en el “santuario” de la Eucaristía cf. OGMR 78-79). (Utilizar los trabajos hechos).

c) *Los ritos de la Comunión eucarística.*

Dado que la Eucaristía es un convite, el Señor nos ha mandado: “Tomad y comed”...”Tomad y bebed”... Los fieles deben recibir debidamente preparados (“Examínese cada uno a sí mismo”...) Los fieles deben tener conciencia de *estar en comunión con Dios y con los hermanos* y ser conscientes de *a quién reciben*. El alimento del Cuerpo y Sangre del Señor es fruto de la acción del Espíritu Santo (epiclesis) y las palabras de consagración de Cristo. Por

eso, es un alimento espiritual. A todo ello conducen los *ritos preparatorios*: el Padrenuestro, el rito de la paz y la fracción del pan.

-*La oración recibida del Señor*. El Padrenuestro es cantado o recitado por el sacerdote y los fieles. La monición indica la importancia y fidelidad de la comunidad al Señor. Se pide el pan de cada día (no riquezas ni grandezas) y este pan a la Iglesia le evoca el pan de la Eucaristía; además pide el perdón de los pecados cometidos, así “las cosas santas” se dan “a los santos”. Tanto el Padrenuestro como el embolismo piden que la comunidad se vea libre del mal (del Maligno). El pueblo concluye con la doxología: ¡“Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor”! Aquí el canto puede tener un buen lugar (n 81).

-*El rito de la paz*. En él, la Iglesia implora la paz y la unidad para sí misma y para todos los hombres y los fieles expresan la comunión eclesial y mutua caridad antes de comulgar. Con él indican también su total asentimiento a lo que hace el sacerdote en nombre de la Iglesia. El gesto debe hacerse sobriamente y cada uno a quienes tiene más cerca (n 82). Y este gesto nunca deberá oscurecer al de la “fracción del pan”, más significativo e importante.

-*La fracción del pan*. Es un gesto propio del padre de familia judío. El gesto realizado por Jesús muchas veces con sus discípulos y sobre todo significativo

en la última Cena. Los dos de Emaús le reconocieron al partir el pan. En los tiempos apostólicos sirvió para designar la entera acción eucarística. El sentido profundo nos lo da san Pablo: el pan es uno y los fieles, siendo muchos por la Comunión de un único pan, Cristo muerto y resucitado para la vida del mundo, se hacen un único Cuerpo (cf 1 Cor 10, 17). La fracción se realiza con la debida reverencia sin alargarla de modo innecesario ni que parezca de una importancia inmoderada.

La “inmixtion” o depositar una partícula del pan consagrado en el cáliz, significa la unidad del Cuerpo y la Sangre del Señor en la obra salvadora (es decir del Cristo que ha vivido en este mundo y que ahora vive glorioso). Mientras dure la fracción se ha de cantar el “Cordero de Dios..”, aunque haya que repetirlo varias veces. Esta invocación con profundo significado pascual, también es penitencial y suplica la paz, fruto de la muerte y resurrección de Jesús; don escatológico del Cristo resucitado (n 83).

-La Comunión. El sacerdote se prepara con una oración secreta (apologías, sentido de piedad personal dentro de la liturgia) para recibir con fruto el Cuerpo y Sangre del Señor. Los fieles hacen lo mismo (se preparan) en silencio. Dimensión de intimidad y oración silente en la celebración. Viene la mostración del pan (y el cáliz) y los invita al banquete de Cristo (con dimensión escatológica: la Cena celes-

tial). Lo hacen fieles y sacerdote con las palabras evangélicas del Centurión (asumidas por la Liturgia) y en un acto de profunda humildad. Son importantes los sentimientos y actitudes que se fomentan : oración personal, tomar conciencia y expresar la propia indignidad, fe en que la palabra de Jesús es eficaz y cura, silencio receptivo y acogedor, humildad, deseo de la plenitud del cielo (n. 84).

Es de desear que los fieles comulguen con formas consagradas en la misma Misa y que comulguen, según los casos previstos, del cáliz (n 85, cf n 283), así aparecerá mejor, por los signos, que la Comunión es participación en el sacrificio que se está celebrando (n 85). Mientras el sacerdote comulga, comienza el canto de comunión. Este canto ha de expresar la unión espiritual de quienes comulgan (por la unión de voces), demostrará la alegría del corazón y manifestará con claridad la índole comunitaria de la procesión (para recibir al Señor). Después de la comunión se puede cantar un himno (n 86). Las posibilidades de este canto (cf. n 87). Si no hay canto, la antifona propuesta por el Misal se puede recitar por diversos ministros (cf .n 87). Terminada la comunión cabe orar en silencio un tiempo, cantar un salmo toda la asamblea o algún otro canto de alabanza, salmo o himno (cf. n 88).

Termina y completa todo el rito de la Comunión y de plegaria del pueblo de Dios con la oración después de la

Comunión. En ella se ruega por los frutos del misterio celebrado. Se dice sólo una oración y las terminaciones de la oración (cf. n 89).

2.4. *Ritos de conclusión.*

Comprenden: los avisos necesarios; el saludo y bendición del sacerdote. En ocasiones se amplía y enriquece con la oración “sobre el pueblo” o con otra fórmula más solemne; la despedida del diácono o del sacerdote al pueblo, para que cada uno retorne a sus ocupaciones alabando y bendiciendo a Dios. El beso al altar por parte del sacerdote y el diácono y la inclinación profunda.

Es importante *destacar* que estos ritos de despedida de la comunidad deben inculcar en los fieles todos la *urgencia de la Misión*. “De la Misa a la Misión” (n 45) y MND (Cap IV). En este rito se encuentra ya un “principio y proyecto” de *misión*. El IL ha concretado más este aspecto.

3. *Mirando a otros aspectos y elementos comunes a la celebración eucarística.*

3.1. *Los sujetos agentes, ministerios y oficios.*

- *La asamblea celebrante.*

Nos referimos a : los *sujetos agentes*, los *invisibles* (Dios Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, la comunidad de los bienaventurados y los que se purifican a la espera del encuentro definitivo con

Dios). Los *visibles* (la comunidad entera que celebra, los órdenes, ministerios, funciones). En la Eucaristía todos son “actores”, no debe haber miembros pasivos (OGMR n 91; 294). El entero pueblo o comunidad celebrante *ejerce un ministerio*, tiene *un papel irremplazable*: los fieles *son* la nación santa, el pueblo adquirido por Dios, el sacerdocio real, llamados a dar gracias a Dios y ofrecer por manos del sacerdote y junto con él (a Jesucristo, víctima) y aprendiendo a ofrecerse a sí mismos. Deben *manifestar* lo que son y su *vocación* mediante “un profundo sentido religioso y por la caridad hacia los hermanos” (n 95) presentes.

Esto *se expresa* en la fraternidad que deriva de tener un Padre común. Aparecerán como un solo cuerpo: escuchando la Palabra de Dios, tomando parte en las oraciones, en el canto, ofreciendo en común el sacrificio y participando en común en la mesa eucarística (n 96). Tal *unidad* se visibiliza en la observación comunitaria de “los mismos gestos y actitudes corporales” (n 96).

- *Los ministerios ordenados.*

Tienen el papel de presidir la asamblea “en la persona de Jesucristo” (el Obispo, el presbítero y en su grado el diácono). La presidencia del Obispo, acompañado de los presbíteros significa más claramente “el misterio de la Iglesia,` sacramento de unidad” (n 92), la del presbítero, que debe “insinuar a los

fieles...la presencia viva de Cristo” (n 93). El diácono ocupa el primer lugar entre los que sirven en la celebración. El diácono tiene su cometido propio en la celebración (n 94).

- *Los ministerios peculiares.*

Son de destacar el acólito y el lector. Pueden ser instituidos o de hecho. El *acólito* sirve al altar y ayuda al sacerdote y al diácono. Le corresponde “principalmente la preparación del altar y de los vasos sagrados y, si es necesario distribuir a los fieles la Eucaristía” (n 98) (ministro extraordinario). Tiene sus funciones propias en el servicio al altar (Cf. nn 187-193).

El *lector* es instituido para proclamar las lecturas bíblicas, excepto el Evangelio. Puede proponer las intenciones de la oración universal y, si falta el salmista proclama el salmo responsorial. Tiene un ministerio propio en la Eucaristía (cf nn 194-198).

Otros ministerios u oficios (cuando faltan los anteriores) pueden designarse *ministros laicos* para llevar: la cruz, los ciriales, el incensario, el pan, el vino, el agua e incluso pueden recibir la facultad para distribuir, como ministros extraordinarios, la sagrada Comunión (n 100). Se designarán laicos formados y que *lean* bien para las lecturas bíblicas (n 101). La preparación debe ser esmerada y deben ser idóneos para desempeñar este oficio, ayudando de verdad al pueblo (n 101).

Al *salmista* se le exigen dotes especiales (poseer el arte de salmodiar) (n 102).

La *schola* o coro tiene un oficio litúrgico propio, ha de cantar las partes más difíciles, pero ha de “favorecer la activa participación de los fieles” en el canto. Lo mismo se diga de los demás cantores y del organista (n 103). El papel del cantor o director del coro (n 104).

También ejercen un *ministerio litúrgico*: el sacristán, el comentarista, los que hacen la colecta en la iglesia, los encargados de recibir a los fieles a la puerta de la Iglesia, acomodarlos en sus puestos y ordenar las procesiones (Cf 105) y el maestro de ceremonias con un cometido bien preciso (n 106).

Los ministerios litúrgicos que no son propios ni del sacerdote ni del diácono (cf. nn 100-106) pueden confiarse a laicos idóneos, elegidos por el párroco o el rector de la iglesia mediante una bendición litúrgica o una designación temporal (Es importante y urgente darlo a conocer). El Obispo puede dar órdenes en su diócesis con vistas al servicio al sacerdote en el altar (cf. n 107) (También es importante).

3.2. *La participación activa, fructuosa y consciente.*

Junto a los ministerios en la celebración eucarística es algo fundamental, como *meta* a lograr y *medio* del que valerse, la participación activa, fructuosa,

interna y externa. Por ser una acción divino-humana, una acción de Cristo y de la Iglesia, acción de todo el pueblo de Dios jerárquicamente ordenado, la celebración debe ser *participada* por todos. Nadie en la celebración es espectador pasivo. La participación se ejerce mediante todo el ser de la persona: espíritu y corporeidad. Prevalece lo interno, lo que no se ve (voluntad, sentimientos, obediencia, corazón, libertad interior, etc), pero *se trasluce* y manifiesta en lo externo. Se *participa* escuchando la Palabra de Dios (n 29; 55;57-64-66) con la oración (n 30-33; 34-37), el canto (n 39-41), los gestos, posturas corporales (nn 42-44) signos, símbolos (nn 273-277) y silencio (n 45; 56). Se participa escuchando, acogiendo, asintiendo, ofreciendo, ofreciéndose, alabando, dando gracias, pidiendo, recordando, contemplando, agradeciendo.

Por eso, es preciso no confundir el *participar* con el *hacer*. Se puede no *hacer* nada aparentemente y tener una participación muy intensa en la acogida de la Palabra de Dios, en la sintonía con la oración de Cristo y de la Iglesia, en la profesión honda de fe, en el entusiasmo expresivo de una fe gozosa (en el canto), en la expresión de la devoción por los signos (de rodillas, de pie, postados, etc). Y se puede *hacer* muchas cosas en la celebración: moverse, leer, procesionar llevando los dones, cantar entusiástamente, pero no entrar en la profundidad de la vida que comunica el misterio celebrado.

Además, la participación litúrgica *se realiza* mediante el sabio y piadoso ejercicio del propio ministerio o función. Preparándose bien para el mismo, preparando las intervenciones específicas, descubriendo su espiritualidad, su sentido de servicio a Dios y a la Iglesia, realizándolo con profunda fe, con piedad y humildad se accede a la entraña de vida, que comunica el misterio celebrado. Por la participación plena en la acción ministerial y eclesial, el fiel bebe el auténtico sentido de la vida cristiana “el espíritu verdaderamente cristiano”(cf SC 14).

3.3. *Los espacios de la celebración eucarística.*

La Iglesia comunidad de fieles, requiere unos espacios para celebrar la Eucaristía. Generalmente es la iglesia, pero cuando no la hay o resulta insuficiente, se sirve de “algún lugar honesto que sea digno de tan gran misterio” (n 288). Las iglesias deben ser aptas para la celebración y para la obtención de una participación activa de los fieles. Los edificios deben ser “en verdad, dignos y bellos, signos y símbolos de las realidades celestiales” (n 288). La Iglesia busca “siempre el noble servicio de las artes” y acepta “toda clase de expresiones artísticas de los diversos pueblos y regiones”. La Iglesia conserva los tesoros del pasado, los adapta en cuanto es necesario, a las nuevas necesidades, “trata también de promover las nuevas formas de arte adaptadas a cada tiempo” (n 289). Se ha de buscar “un

auténtico valor artístico, que sirva de alimento a la fe y a la piedad y responda auténticamente al significado y fines para los que se destina” (n 290). A propósito de la dedicación y bendición de las iglesias (cf. n 290).

Respecto a la construcción y adaptación de las iglesias (Cf. 291); sobre el ornato y los criterios (cf. n 292); sobre la disposición idónea de la iglesia (cf. 293). “La disposición general del edificio sagrado conviene que se haga de tal manera que sea como un imagen de la asamblea reunida, que facilite u proporcionado orden de todas sus partes y que favorezca la perfecta ejecución de cada uno de los ministerios” (cf. n 294).

-El presbiterio y su disposición. Es el lugar del altar, de la proclamación de la Palabra de Dios, de la sede y donde el presbítero, diácono y los demás ministros (no sólo el sacerdote) ejercen su oficio. Ha de diferenciarse de la nave (cf. n 295):

-El altar y ornato del mismo (nn 296-308). Es tratado ampliamente y con todo tipo de detalles y aspectos. Indica la importancia capital en la iglesia.

-El ambón. Es un lugar más que un instrumento (n 309).

-La sede del sacerdote y otros asientos. No ha de tener apariencia de trono. Es el lugar de la presidencia y donde enseña en la persona y nombre de Cristo, servidor. La sede debe bendicirse (Ben

nn 880-899). Diferencia entre la sede, las sillas de los concelebrantes, del diácono y de los demás ministros (OGMR n 310).

-El lugar de los fieles. Ha de pensarse en él, cuidarse, atender a su mejor participación tanto por la visibilidad como por la acústica (n 311).

-El lugar de la schola y de los instrumentos musicales. (nn 312-313).

-El lugar de la reserva de la Eucaristía (nn 314-317). Es importante que se tiene en cuenta “la estructura de cada iglesia y las costumbres legítimas de cada lugar” (n 314) para la reserva del Santísimo. Pero la reserva ha de hacerse “en una parte de la iglesia muy digna, distinguida, visible, bien adornada y apta para la oración”. El sagrario “ha de ser único, inamovible, de material sólido, e inviolable, no transparente, y cerrado de manera que se evite al máximo el peligro de profanación”...(n 314). Otros detalles pueden verse en los nn 315-317.

La iglesia cristiana se completa también con las “imágenes sagradas”, que se exponen a la veneración de los fieles (n 318).

2) La Iglesia también nos pide adorar la Eucaristía en el sacramento permanente.

Según una *larga tradición* de la Iglesia de Occidente y arrancando del sa-

crificio que tiene lugar sobre el altar, hecho presente mediante el memorial de la Iglesia, ésta ha adorado las especies eucarísticas consagradas y lo sigue haciendo.

Ello supone una *presencia real y substancial* del Hijo de Dios, después de la comunión sacramental, presencia que dura, mientras no se corrompan tales especies. Presencia que hace real la promesa de Jesús: “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”. La Iglesia *ha conservado* las sagradas especies en el sagrario: para tener a punto siempre la comunión, en orden a los moribundos y enfermos. Pero además, mientras las tiene reservadas, *le rinde culto de adoración* comunitaria e individual. Por eso, la Eucaristía celebrada se prolonga en la Eucaristía adorada y la una conduce a la otra para que tengan verdadero sentido.

3) *Amar la Eucaristía.*

La Eucaristía debe ser *conocida* para ser apreciada y puesta en su lugar. Pero no basta el conocimiento, es preciso *amarla*. Para ello, siguiendo al Cardenal Danneels, es preciso recorrer las etapas del amor humano honesto y bueno.

Este recorre cuatro etapas:

3.1. *Conocerse*: es decir, ponerse uno ante el otro: ¿Quién soy yo? ¿Quién eres tú? En la celebración eucarística corresponde a los ritos iniciales, en que

nos presentamos ante el Señor como somos, pedimos perdón de nuestros pecados y nos abrimos al diálogo sincero con Dios.

3.2. *Confrontarse*: es decir, dialogar educada, sencilla y amablemente. En la Eucaristía corresponde a la mesa de la Palabra. Dios toma la iniciativa, en la Palabra está su persona, nos transmite su plan y nosotros respondemos utilizando la misma Palabra (Sal. Responsorial y aclamaciones muy ciertas).

3.3. *Dialogar de corazón a corazón*: las palabras son menores en número y se da más entrega, sintonía de afectos, más silencio y mayor comunicación de la vida. Es la Plegaria eucarística: la Iglesia responde inflamada en el Espíritu Santo, habiendo asimilado la Palabra de vida y sabiendo que es Cristo Sacerdote quien le da las palabras adecuadas. La comunidad asiente, participa en silencio, con breves respuestas (también cantadas) y son los corazones los que se van fundiendo, armonizando, entregándose.

3.4. *Comunión de cuerpos y espíritus*: en el amor humano es la unión de los espíritus y los cuerpos. En la Eucaristía es la comunión con el Cuerpo y la Sangre del Señor. Es la fusión de Dios con el hombre en un solo corazón y una sola alma. Pero la comunión con el Cuerpo del Señor es *eucarística* (con el Cristo muerto y resucitado, glorificado y presente en las especies

eucarísticas por la acción vivificante del Espíritu Santo) y a la vez es *eclesial*, es decir, comunión con todos los bautizados que constituyen el Cuerpo sacerdotal, de Iglesia que se une a la Cabeza que es Cristo. Esta profunda comunión es la experiencia culminante del amor divino- humano y de la realidad suprema de la “divinización” del hombre, compartiendo Dios a la vez todo lo humano.

Cuando la Eucaristía se va descubriendo y amando a lo largo de un itinerario de amor como hemos sucintamente indicado, entonces se entiende y se ama hasta el extremo la Eucaristía; porque es amar a la Trinidad (la vida culminante a la que está llamado el hombre) y dentro de ella al Hijo de Dios hecho hombre, modelo y ejemplo de todo lo humano y a su “alter ego”, que es el Espíritu de amor, de vida, prenda de vida eterna.

Ramiro González Cougil



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Nota del Comité Ejecutivo ante la fallida reprobación del Papa por una Comisión parlamentaria

Madrid 24 de septiembre de 2009)

“Las instituciones del Estado democrático, a través de las cuales se expresa la soberanía popular, son las únicas legitimadas para establecer las normas jurídicas de la convivencia social” (Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal, Instrucción Pastoral *Moral y sociedad democrática*). El Parlamento, como institución fundamental que ejerce tal función en el Estado de derecho, merece el máximo respeto de todos.

Precisamente por eso, lamentamos profundamente que en su día se haya admitido a trámite y que hoy se haya votado en Comisión parlamentaria una reprobación de las palabras y de la actuación de Su Santidad el Papa, Benedicto XVI. Con tales acciones el Parlamento pone en peligro el principio de la libertad religiosa. En efecto, la justa distinción entre Estado y sociedad y, más en concreto, entre Estado e Iglesia y entre el orden político y el orden moral, exige que las instituciones del Estado se abstengan de intervenir en el libre desarrollo de las instituciones re-

ligiosas, y en nuestro caso, de la Iglesia Católica, mientras no esté probado que atenten contra el orden público. Tratar de interferir por medio de reprobaciones políticas parlamentarias en la guía moral que el Papa ejerce en la Iglesia mediante su Magisterio ordinario, contradice seriamente el principio de no intervención y lesiona el derecho de libertad religiosa.

La Iglesia Católica, al exponer la doctrina moral que se deriva del Evangelio, contribuye a la formación de las personas como verdaderos sujetos responsables y como ciudadanos capaces de colaborar en la consecución del bien común. El Magisterio de la Iglesia propone a los católicos y a todos los hombres unos principios de vida que no quiere ni puede imponer a nadie, pero que no dejará de anunciar con toda libertad de acuerdo con la misión recibida.

Expresamos de nuevo al Papa el afecto y la adhesión más cordial de los obispos y de todos los católicos españoles.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Castelgandolfo. Domingo, 2 de agosto de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

He regresado hace pocos días del Valle de Aosta y ahora me encuentro entre vosotros con vivo agrado, queridos amigos de Castelgandolfo. Al obispo, al párroco y a la comunidad parroquial, así como a las autoridades civiles y a todos los *castellani*, junto a los peregrinos y veraneantes, renuevo con afecto mi saludo, unido a un sentido agradecimiento por vuestra acogida, siempre tan cordial. Gracias también por la cercanía espiritual que muchos me han demostrado cuando, en Les Combes, me ocurrió el pequeño infortunio en la muñeca derecha.

Queridos hermanos y hermanas, el Año sacerdotal que estamos celebrando constituye una magnífica ocasión para profundizar en el valor de la misión de los presbíteros en la Iglesia y en el mundo. Al respecto, nos llegan útiles motivos de reflexión de la memoria de los santos que la Iglesia nos propone diariamente. En estos primeros días del mes de agosto, por ejemplo, recordamos algunos que son verdaderos modelos de espiritualidad y de entrega sa-

cerdotal. Ayer fue la memoria litúrgica de san Alfonso María de Liguorio, obispo y doctor de la Iglesia, gran maestro de teología moral y modelo de virtudes cristianas y pastorales, siempre atento a las necesidades religiosas del pueblo.

Hoy contemplamos en san Francisco de Asís el ardiente amor por la salvación de las almas, que todo sacerdote debe alimentar constantemente: en efecto, hoy se celebra el llamado “Perdón de Asís”, que obtuvo del Papa Honorio III en el año 1216, después de haber tenido una visión mientras se hallaba en oración en la pequeña iglesia de la Porciúncula. Apareciéndosele Jesús en su gloria, con la Virgen María a su derecha y muchos ángeles a su alrededor, le dijo que expresara un deseo, y Francisco imploró un “perdón amplio y generoso” para todos aquellos que, “arrepentidos y confesados”, visitaran aquella iglesia. Recibida la aprobación pontificia, el santo no esperó ningún documento escrito, sino que corrió a Asís y, al llegar a la Porciúncula, anunció la gran noticia: “Hermanos míos, ¡quiero enviaros a todos al paraíso!”. A partir de entonces, desde el mediodía del 1 de agosto hasta la medianoche del 2, se puede lucrar, con las condiciones habituales, la indulgencia plena-

ria también por los difuntos, visitando una iglesia parroquial o franciscana.

¿Qué decir de san Juan María Vianney, a quien recordaremos el 4 de agosto? Precisamente para celebrar el 150° aniversario de su muerte he convocado el Año sacerdotal. De este humilde párroco, que constituye un modelo de vida sacerdotal no sólo para los párrocos, sino para todos los sacerdotes, me propongo volver a hablar en la catequesis de la audiencia general del próximo miércoles.

Después, el 7 de agosto será la memoria de san Cayetano de Thiene, quien solía repetir que “las almas no se purifican con el amor sentimental, sino con el amor de los hechos”. Y al día siguiente, 8 de agosto, la Iglesia nos señalará como modelo a santo Domingo, del que se ha escrito que “abría la boca o para hablar con Dios en la oración o para hablar de Dios”.

Finalmente, no puedo dejar de recordar también la gran figura del Papa Montini, Pablo VI, de cuya muerte, ocurrida precisamente aquí, en Castelgandolfo, el 6 de agosto se cumplen 31 años. Su vida, tan profundamente sacerdotal y llena de tanta humanidad, permanece en la Iglesia como un don por el que hay que dar gracias a Dios. Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, ayude a los sacerdotes a estar todos totalmente enamorados de Cristo, siguiendo el ejemplo de estos modelos de santidad sacerdotal.

Castelgandolfo. Domingo, 9 de agosto de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Como el domingo pasado, también hoy -en el contexto del Año sacerdotal que estamos celebrando- nos detenemos a meditar sobre algunos santos y santas que la liturgia recuerda estos días. Excepto la virgen santa Clara de Asís, ardiente de amor divino en la oblación diaria de la oración y de la vida comunitaria, los demás son mártires, dos de los cuales fueron asesinados en el campo de concentración de Auschwitz: santa Teresa Benedicta de la Cruz -Edith Stein-, quien, nacida en la fe judía y conquistada por Cristo en edad adulta, se hizo monja carmelita y selló su existencia con el martirio; y san Maximiliano Kolbe, hijo de Polonia y de san Francisco de Asís, gran apóstol de María Inmaculada.

Encontraremos también otras figuras espléndidas de mártires de la Iglesia de Roma, como san Ponciano Papa, san Hipólito sacerdote y san Lorenzo diácono. ¡Qué admirables modelos de santidad nos propone la Iglesia! Estos santos son testigos de la caridad que ama “hasta el extremo” y no tiene en cuenta el mal recibido, sino que lo combate con el bien (cf. *1 Co* 13, 4-8). De ellos podemos aprender, especialmente los sacerdotes, el heroísmo evangélico que nos impulsa a dar la vida por la salvación de las almas, sin temer nada. ¡El amor vence a la muerte!

Todos los santos, pero especialmente los mártires, son testigos de Dios, que es Amor: *Deus caritas est*. Los *lager* nazis, como todo campo de exterminio, se pueden considerar símbolos extremos del mal, del infierno que se abre en la tierra cuando el hombre se olvida de Dios y se pone en su lugar, usurpándole el derecho de decidir lo que es bueno y lo que es malo, de dar la vida y la muerte. Por desgracia, este triste fenómeno no se circunscribe a los campos de concentración. Éstos son, más bien, el ápice de una realidad amplia y difundida, a menudo con confines poco claros. Los santos que he recordado brevemente nos hacen reflexionar sobre las profundas divergencias que existen entre el humanismo ateo y el humanismo cristiano; una antítesis que atraviesa toda la historia, pero que al final del segundo milenio, con el nihilismo contemporáneo, ha llegado a un punto crucial, como grandes literatos y pensadores han percibido, y como los acontecimientos han demostrado ampliamente.

Por una parte, hay filosofías e ideologías, pero también cada vez más modos de pensar y de actuar que exaltan la libertad como único principio del hombre, en alternativa a Dios, y de ese modo transforman al hombre en un dios, pero es un dios equivocado, que hace de la arbitrariedad su sistema de conducta. Por otra parte, tenemos precisamente a los santos, que, practicando el Evangelio de la caridad, dan razón de su esperanza; muestran el ver-

dadero rostro de Dios, que es Amor, y, al mismo tiempo, el auténtico rostro del hombre, creado a imagen y semejanza divina.

Queridos hermanos y hermanas, pidamos a la Virgen María que nos ayude a todos -en primer lugar a los sacerdotes- a ser santos como estos heroicos testigos de la fe y de la entrega hasta el martirio. Este es el único modo para ofrecer a las instancias humanas y espirituales, que suscita la crisis profunda del mundo contemporáneo, una respuesta creíble y exhaustiva: la de la caridad en la verdad.

Palacio Apostólico de Castelgandolfo . Sábado, 15 de agosto de 2009

Solemnidad de la Asunción de la Virgen María

Queridos hermanos y hermanas:

En el corazón del mes de agosto, tiempo de vacaciones para muchas familias, también para mí, la Iglesia celebra la solemnidad de la Asunción de la Virgen María. Es una ocasión privilegiada para meditar en el sentido último de nuestra existencia, con la ayuda de la liturgia de hoy, que nos invita a vivir en este mundo orientados hacia los bienes eternos, para compartir la misma gloria de María, la misma alegría de nuestra Madre (cf. Oración colecta). Por tanto, dirijamos la mirada ha-

cia la Virgen, Estrella de la esperanza, que ilumina nuestro camino terreno, siguiendo el ejemplo de los santos y las santas que han recurrido a ella en toda circunstancia. Como sabéis, estamos celebrando el Año sacerdotal en recuerdo del santo cura de Ars, y quiero sacar de los pensamientos y testimonios de este santo párroco de pueblo algunos puntos de reflexión que puedan ayudarnos a todos, especialmente a nosotros los sacerdotes, a reavivar el amor y la veneración a la santísima Virgen.

Los biógrafos atestiguan que san Juan María Vianney hablaba de la Virgen con devoción y, al mismo tiempo, con confianza y familiaridad. “La santísima Virgen -solía repetir- no tiene mancha, está adornada de todas la virtudes que la hacen tan bella y agradable a la Santísima Trinidad” (B. Nodet, *Il pensiero e l'anima del Curato d'Ars*, Turín 1967, p. 303). Y también: “El corazón de esta Madre buena no es más que amor y misericordia; lo único que desea es vernos felices. Basta sólo dirigirse a ella para ser escuchados” (*ib.*, 307). En estas expresiones se trasluce el celo del sacerdote que, movido por anhelo apostólico, goza al hablar de María a los fieles, y nunca se cansa de hacerlo. Incluso un misterio difícil como el de la Asunción, que celebramos hoy, sabía presentarlo con imágenes eficaces, por ejemplo así: “El hombre fue creado para el cielo. El demonio rompió la escalera que conducía a él. Nuestro Señor, con su pasión, formó otra... La santísima Virgen está en la cima de la

escalera y la sostiene con las dos manos” (*ib.*).

Al santo cura de Ars, le atraía, sobre todo la belleza de María, belleza que coincide con su ser Inmaculada, la única criatura concebida sin sombra de pecado. “La santísima Virgen -afirmaba- es la criatura bella que nunca ha disgustado al buen Dios” (*ib.*, 306). Como pastor bueno y fiel, también dio ejemplo ante todo de este amor filial a la Madre de Jesús, por la que se sentía atraído hacia el cielo. “Si no fuera al cielo -exclamaba- ¡cuánto me dolería! No vería nunca a la santísima Virgen, esta criatura tan bella” (*ib.* 309). Además, consagró varias veces su parroquia a la Virgen, recomendando especialmente a las madres que hicieran lo mismo cada mañana con sus hijos.

Queridos hermanos y hermanas, hagamos nuestros los sentimientos del santo cura de Ars. Con la misma fe, dirijámonos a María, elevada al cielo, encomendándole de modo particular a los sacerdotes de todo el mundo.

Castelgandolfo. Domingo, 16 de agosto de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer celebramos la gran fiesta de la Asunción de María al cielo, y hoy leemos en el Evangelio estas palabras de Jesús: “Yo soy el pan vivo, bajado del

cielo” (Jn 6, 51). No se puede permanecer indiferente ante esta correspondencia que gira alrededor del símbolo del “cielo”: María fue “elevada” al lugar del que su Hijo había “bajado”. Naturalmente, este lenguaje, que es bíblico, expresa en términos figurados algo que jamás se inserta completamente en el mundo de nuestros conceptos y de nuestras imágenes. Pero detengámonos un momento a reflexionar.

Jesús se presenta como el “pan vivo”, esto es, el alimento que contiene la vida misma de Dios y es capaz de comunicarla a quien come de él, el verdadero alimento que da la vida, que nutre realmente en profundidad. Jesús dice: “El que coma de este pan vivirá para siempre y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6, 51). Pues bien, ¿de quién tomó el Hijo de Dios esta “carne” suya, su humanidad concreta y terrena? La tomó de la Virgen María. Dios asumió de ella el cuerpo humano para entrar en nuestra condición mortal. A su vez, al final de la existencia terrena, el cuerpo de la Virgen fue elevado al cielo por parte de Dios e introducido en la condición celestial. Es una especie de intercambio en el que Dios tiene siempre la iniciativa plena, pero, como hemos visto en otras ocasiones, en cierto sentido necesita también de María, del “sí” de la criatura, de su carne, de su existencia concreta, para preparar la materia de su sacrificio: el cuerpo y la sangre que va a ofrecer en la cruz como instrumento de vida eterna y en el sacramento de

la Eucaristía como alimento y bebida espirituales.

Queridos hermanos y hermanas, lo que sucedió en María vale, de otras maneras, pero realmente, también para cada hombre y cada mujer, porque a cada uno de nosotros Dios nos pide que lo acojamos, que pongamos a su disposición nuestro corazón y nuestro cuerpo, toda nuestra existencia, nuestra carne -dice la Biblia-, para que él pueda habitar en el mundo. Nos llama a unirnos a él en el sacramento de la Eucaristía, Pan partido para la vida del mundo, para formar juntos la Iglesia, su Cuerpo histórico. Y si nosotros decimos sí, como María, es más, en la medida misma de este “sí” nuestro, sucede también para nosotros y en nosotros este misterioso intercambio: somos asumidos en la divinidad de Aquél que asumió nuestra humanidad.

La Eucaristía es el medio, el instrumento de esta transformación recíproca, que tiene siempre a Dios como fin y como actor principal: él es la Cabeza y nosotros los miembros, él es la Vid y nosotros los sarmientos. Quien come de este Pan y vive en comunión con Jesús dejándose transformar por él y en él, está salvado de la muerte eterna: ciertamente muere como todos, participando también en el misterio de la pasión y de la cruz de Cristo, pero ya no es esclavo de la muerte, y resucitará en el último día para gozar de la fiesta eterna con María y con todos los santos.

Este misterio, esta fiesta de Dios, comienza aquí abajo: es misterio de fe, de esperanza y de amor, que se celebra en la vida y en la liturgia, especialmente eucarística, y se expresa en la comunión fraterna y en el servicio al prójimo. Roguemos a la santísima Virgen que nos ayude a alimentarnos siempre con fe del Pan de vida eterna para experimentar ya en la tierra la gloria del cielo.

Castelgandolfo. Domingo, 23 de agosto de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Veis la mano ya libre de la escayola, pero todavía un poco perezosa; por algún tiempo debo continuar en una “escuela de paciencia”, ¡pero seguimos adelante!

Desde hace algunos domingos, como sabéis, la liturgia propone a nuestra reflexión el capítulo VI del evangelio de san Juan, en el que Jesús se presenta como el “pan de la vida bajado del cielo” y añade: “Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6, 51). A los judíos que discuten ásperamente entre sí preguntándose: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” (v. 52) -y el mundo sigue discutiendo-, Jesús recalca en todo tiempo: “Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su san-

gre, no tendréis vida en vosotros” (v. 53); motivo también para que reflexionemos si hemos entendido realmente este mensaje. Hoy, XXI domingo del tiempo ordinario, meditamos la parte conclusiva de este capítulo, en el que el cuarto evangelista refiere la reacción de la gente y de los discípulos mismos, escandalizados por las palabras del Señor, hasta el punto de que muchos, después de haberlo seguido hasta entonces, exclaman: “¡Es duro este lenguaje! ¿Quién puede escucharlo?” (v. 60). Desde ese momento “muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él” (v. 66), y lo mismo sucede continuamente en distintos períodos de la historia. Se podría esperar que Jesús buscara arreglos para hacerse comprender mejor, pero no atenúa sus afirmaciones; es más, se vuelve directamente a los Doce diciendo: “¿También vosotros queréis marcharos?” (v. 67).

Esta provocadora pregunta no se dirige sólo a los interlocutores de entonces, sino que llega a los creyentes y a los hombres de toda época. También hoy no pocos se “escandalizan” ante la paradoja de la fe cristiana. La enseñanza de Jesús parece “dura”, demasiado difícil de acoger y poner en práctica. Hay entonces quien la rechaza y abandona a Cristo; hay quien intenta “adaptar” su palabra a las modas de los tiempos desnaturalizando su sentido y valor. “¿También vosotros queréis marcharos?”. Esta inquietante provocación resuena en nuestro corazón y espera de cada uno una respuesta personal;

es una pregunta dirigida a cada uno de nosotros. Jesús no se conforma con una pertenencia superficial y formal, no le basta con una primera adhesión entusiasta; al contrario, es necesario tomar parte durante toda la vida “en su pensar y en su querer”. Seguirlo llena el corazón de alegría y da pleno sentido a nuestra existencia, pero implica dificultades y renunciaciones porque con mucha frecuencia se debe ir a contracorriente.

“¿También vosotros queréis marcharos?”. A la pregunta de Jesús, Pedro responde en nombre de los Apóstoles, de los creyentes de todos los siglos: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios” (vv. 68-69). Queridos hermanos y hermanas, también nosotros podemos y queremos repetir en este momento la respuesta de Pedro, ciertamente conscientes de nuestra fragilidad humana, de nuestros problemas y dificultades, pero confiando en la fuerza del Espíritu Santo, que se expresa y se manifiesta en la comunión con Jesús. La fe es don de Dios al hombre y es, al mismo tiempo, confianza libre y total del hombre en Dios; la fe es escucha dócil de la palabra del Señor, que es “lámpara” para nuestros pasos y “luz” en nuestro camino (cf. *Sal* 119, 105). Si abrimos con confianza el corazón a Cristo, si nos dejamos conquistar por él, podemos experimentar también nosotros, como por ejemplo el santo cura de Ars, que “nuestra única felicidad en

esta tierra es amar a Dios y saber que él nos ama”. Pidamos a la Virgen María que mantenga siempre viva en nosotros esta fe impregnada de amor, que hizo de ella, humilde muchacha de Nazaret, la Madre de Dios y madre y modelo de todos los creyentes.

Palacio Apostólico de Castelgandolfo . Domingo, 30 de agosto de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Hace tres días, el 27 de agosto, celebramos la memoria litúrgica de santa Mónica, madre de san Agustín, considerada modelo y patrona de las madres cristianas. Muchas noticias sobre ella nos proporciona su hijo en el libro autobiográfico *Las confesiones*, obra maestra entre las más leídas de todos los tiempos. Aquí conocemos que san Agustín bebió el nombre de Jesús con la leche materna y fue educado por su madre en la religión cristiana, cuyos principios quedaron en él impresos incluso en los años de desviación espiritual y moral. Mónica jamás dejó de orar por él y por su conversión, y tuvo el consuelo de verle regresar a la fe y recibir el bautismo. Dios oyó las plegarias de esta santa mamá, a quien el obispo de Tagaste había dicho: “Es imposible que se pierda un hijo de tantas lágrimas”. En verdad, san Agustín no sólo se convirtió, sino que decidió abrazar la vida monástica y, al volver

a África, fundó él mismo una comunidad de monjes. Conmovedores y edificantes son los últimos coloquios espirituales entre él y su madre en la quietud de una casa de Ostia, a la espera de embarcarse rumbo a África. Santa Mónica ya había llegado a ser, para este hijo suyo, “más que madre, la fuente de su cristianismo”. Su único deseo durante años había sido la conversión de Agustín, a quien ahora veía orientado incluso a una vida de consagración al servicio de Dios. Por lo tanto, podía morir contenta, y efectivamente falleció el 27 de agosto del año 387, a los 56 años, después de haber pedido a sus hijos que no se preocuparan por su sepultura, sino que se acordaran de ella, allí donde estuvieran, en el altar del Señor. San Agustín repetía que su madre lo había “engendrado dos veces”.

La historia del cristianismo está constelada de innumerables ejemplos de padres santos y de auténticas familias cristianas que han acompañado la vida de generosos sacerdotes y pastores de la Iglesia. Pensemos en san Basilio Magno y san Gregorio Nacianceno, ambos pertenecientes a familias de santos. Pensemos, cercanísimos a nosotros, en los esposos Luigi Beltrame Quattrocchi y Maria Corsini, que vivieron entre finales del siglo XIX y mediados de 1900, beatificados por mi venerado predecesor, Juan Pablo II, en octubre de 2001, coincidiendo con los veinte años de la exhortación apostólica *Familiaris consortio*. Este documento, además de ilustrar el valor del matrimonio y los

deberes de la familia, llama a los esposos a un particular compromiso en el camino de santidad que, sacando gracia y fortaleza del sacramento del matrimonio, les acompaña a lo largo de toda su existencia (cf. n. 56). Cuando los cónyuges se dedican generosamente a la educación de los hijos, guiándolos y orientándolos en el descubrimiento del designio de amor de Dios, preparan ese fértil terreno espiritual en el que brotan y maduran las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Se revela así hasta qué punto están íntimamente unidas y se iluminan recíprocamente el matrimonio y la virginidad, a partir de su enraizamiento común en el amor esponsal de Cristo.

Queridos hermanos y hermanas: en este Año sacerdotal oremos para que, “por intercesión del santo cura de Ars, las familias cristianas sean pequeñas iglesias en las que todas las vocaciones y todos los carismas, donados por el Espíritu Santo, se acojan y valoren” (de la *Oración* por el Año sacerdotal). Que nos obtenga esta gracia María santísima, a la que ahora invocamos juntos.

Palacio pontificio de Castelgandolfo. Domingo, 13 de septiembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo -XXIV del tiempo ordinario- la Palabra de Dios nos interpe-

la con dos cuestiones cruciales que resumiría así: “¿Quién es para ti Jesús de Nazaret?”. Y a continuación: “¿Tu fe se traduce en obras o no?”. El primer interrogante lo encontramos en el Evangelio de hoy, cuando Jesús pregunta a sus discípulos: “Vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (*Mc* 8, 29). La respuesta de Pedro es clara e inmediata: “Tú eres el Cristo”, esto es, el Mesías, el consagrado de Dios enviado a salvar a su pueblo. Así pues, Pedro y los demás Apóstoles, a diferencia de la mayor parte de la gente, creen que Jesús no es sólo un gran maestro o un profeta, sino mucho más. Tienen *fe*: creen que en él está presente y actúa Dios. Inmediatamente después de esta profesión de fe, sin embargo, cuando Jesús por primera vez anuncia abiertamente que tendrá que padecer y morir, el propio Pedro se opone a la perspectiva de sufrimiento y de muerte. Entonces Jesús tiene que reprocharle con fuerza para hacerle comprender que no basta *creer* que él es Dios, sino que, impulsados por la caridad, es necesario *seguirlo* por su mismo camino, el de la cruz (cf. *Mc* 8, 31-33). Jesús no vino a enseñarnos una filosofía, sino a mostrarnos una senda; más aún, *la* senda que conduce a la vida.

Esta senda es el amor, que es la expresión de la verdadera fe. Si uno ama al prójimo con corazón puro y generoso, quiere decir que conoce verdaderamente a Dios. En cambio, si alguien dice que tiene fe, pero no ama a los hermanos, no es un verdadero creyen-

te. Dios no habita en él. Lo afirma claramente Santiago en la segunda lectura de la misa de este domingo: “La fe, si no tiene obras, está realmente muerta” (*St* 2, 17). Al respecto, me agrada citar un escrito de san Juan Crisóstomo, uno de los grandes Padres de la Iglesia que el calendario litúrgico nos invita hoy a recordar. Justamente comentando el pasaje citado de la *carta de Santiago*, escribe: “Uno puede incluso tener una recta fe en el Padre y en el Hijo, como en el Espíritu Santo, pero si carece de una vida recta, su fe no le servirá para la salvación. Así que cuando lees en el Evangelio: “Esta es la vida eterna: que te conozcan ti, el único Dios verdadero” (*Jn* 17, 3), no pienses que este versículo basta para salvarnos: se necesitan una vida y un comportamiento purísimos” (cit. en J.A. Cramer, *Catena graecorum Patrum in N.T.*, vol. VIII: *In Epist. Cath. et Apoc.*, Oxford 1844).

Queridos amigos, mañana celebraremos la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, y al día siguiente la Virgen de los Dolores. La Virgen María, que creyó en la Palabra del Señor, no perdió su fe en Dios cuando vio a su Hijo rechazado, ultrajado y crucificado. Antes bien, permaneció junto a Jesús, sufriendo y orando, hasta el final. Y vio el alba radiante de su Resurrección. Aprendamos de ella a testimoniar nuestra fe con una vida de humilde servicio, dispuestos a sufrir en carne propia por permanecer fieles al Evangelio de la caridad y de la verdad, seguros de que nada de cuanto hagamos se pierde.

Palacio Apostólico de Castelgandolfo. Domingo, 20 de septiembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, para la acostumbrada reflexión dominical, tomo como punto de partida el pasaje de la *carta de Santiago* que nos presenta la liturgia del día (*St 3, 16-4, 3*), y me detengo, en particular, en una expresión que impresiona por su belleza y su actualidad. Se trata de la descripción de la verdadera sabiduría, que el Apóstol contrapone a la falsa. Mientras esta última es “terrena, material, demoníaca”, y se reconoce por el hecho de que provoca envidias, rencillas, desorden y toda clase de maldad (cf. 3, 16), en cambio, “la sabiduría que viene de lo alto es, en primer lugar, pura, además pacífica, complaciente, dócil, llena de compasión y buenos frutos, imparcial, sin hipocresía” (3,17). Una lista de siete cualidades, según el uso bíblico, en la que destacan la perfección de la auténtica sabiduría y los efectos positivos que produce.

Como primera y principal cualidad, presentada casi como una premisa de las demás, Santiago cita la “pureza”, es decir, la santidad, el reflejo trasparente, por decir así, de Dios en el alma humana. Y, como Dios de quien procede, la sabiduría no necesita imponerse con la fuerza, pues tiene el vigor invencible de la verdad y del amor, que se afirma por sí mismo. Por eso es pacífica, dócil, complaciente; no es parcial y no recu-

rrer a mentiras; es indulgente y generosa; se reconoce por los buenos frutos que suscita en abundancia.

¿Por qué no detenerse a contemplar de vez en cuando la belleza de esta sabiduría? ¿Por qué no sacar del manantial incontaminado del amor de Dios la sabiduría del corazón, que nos desintoxica de las escorias de la mentira y el egoísmo? Esto vale para todos, pero en primer lugar para quien está llamado a ser promotor y “tejedor” de paz en las comunidades religiosas y civiles, en las relaciones sociales y políticas, y en las relaciones internacionales. En nuestros días, quizá en parte a causa de ciertas dinámicas propias de las sociedades de masa, se constata con frecuencia una falta de respeto por la verdad y la palabra dada, junto a una generalizada tendencia a la agresividad, al odio y a la venganza.

“Para los que procuran la paz -escribe Santiago- se siembran en la paz frutos de justicia” (*St 3, 18*). Pero para *realizar* obras de paz hay que *ser* hombres de paz, entrando en la escuela de la “sabiduría que desciende de lo alto” para asimilar sus cualidades y producir sus efectos. Si cada quien, en su propio ambiente, lograra rechazar la mentira y la violencia en las intenciones, en las palabras y en las acciones, cultivando con esmero sentimientos de respeto, de comprensión y de estima por los demás, quizá no resolvería todos los problemas de la vida cotidiana, pero podría afrontarlos con más serenidad y eficacia.

Queridos amigos, una vez más la sagrada Escritura nos ha llevado a reflexionar sobre aspectos morales de la existencia humana, pero a partir de una realidad que precede a la moral misma, es decir, la verdadera sabiduría. Pida-

mos a Dios con confianza la sabiduría del corazón por intercesión de Aquella que acogió en su seno y engendró a la Sabiduría encarnada, Jesucristo, nuestro Señor. ¡María, Sede de la Sabiduría, ruega por nosotros!

AUDIENCIAS

Palacio pontificio de Castelgandolfo. Miércoles, 5 de agosto de 2009

San Juan María Vianney, cura de Ars

Queridos hermanos y hermanas:

En la catequesis de hoy quiero recorrer de nuevo la vida del santo cura de Ars subrayando algunos de sus rasgos, que pueden servir de ejemplo también para los sacerdotes de nuestra época, ciertamente diferente de aquella en la que él vivió, pero en varios aspectos marcada por los mismos desafíos humanos y espirituales fundamentales. Precisamente ayer se cumplieron 150 años de su nacimiento para el cielo: a las dos de la mañana del 4 de agosto de 1859 san Juan Bautista María Vianney, terminado el curso de su existencia terrena, fue al encuentro del Padre celestial para recibir en herencia el reino preparado desde la creación del mundo para los que siguen fielmente sus enseñanzas (cf. Mt 25, 34). ¡Qué gran fiesta debió de haber en el paraíso al llegar un pastor

tan celoso! ¡Qué acogida debe de haberle reservado la multitud de los hijos reconciliados con el Padre gracias a su obra de párroco y confesor! He querido tomar este aniversario como punto de partida para la convocatoria del Año sacerdotal que, como es sabido, tiene por tema: "Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote". De la santidad depende la credibilidad del testimonio y, en definitiva, la eficacia misma de la misión de todo sacerdote.

Juan María Vianney nació en la pequeña aldea de Dardilly el 8 de mayo de 1786, en el seno de una familia campesina, pobre en bienes materiales, pero rica en humanidad y fe. Bautizado, de acuerdo con una buena costumbre de esa época, el mismo día de su nacimiento, consagró los años de su niñez y de su adolescencia a trabajar en el campo y a apacentar animales, hasta el punto de que, a los diecisiete años, aún era analfabeto. No obstante, se sabía de memoria las oraciones que le había enseñado su piadosa madre y se alimentaba del sentido religioso que se respiraba en su casa.

Los biógrafos refieren que, desde los primeros años de su juventud, trató de conformarse a la voluntad de Dios incluso en las ocupaciones más humildes. Albergaba en su corazón el deseo de ser sacerdote, pero no le resultó fácil realizarlo. Llegó a la ordenación presbiteral después de no pocas vicisitudes e incomprendiones, gracias a la ayuda de prudentes sacerdotes, que no se detuvieron a considerar sus límites humanos, sino que supieron mirar más allá, intuyendo el horizonte de santidad que se perfilaba en aquel joven realmente singular. Así, el 23 de junio de 1815, fue ordenado diácono y, el 13 de agosto siguiente, sacerdote. Por fin, a la edad de 29 años, después de numerosas incertidumbres, no pocos fracasos y muchas lágrimas, pudo subir al altar del Señor y realizar el sueño de su vida.

El santo cura de Ars manifestó siempre una altísima consideración del don recibido. Afirmaba: “¡Oh, qué cosa tan grande es el sacerdocio! No se comprenderá bien más que en el cielo... Si se entendiera en la tierra, se moriría, no de susto, sino de amor” (Abbé Monnin, *Esprit du Curé d’Ars*, p. 113). Además, de niño había confiado a su madre: “Si fuera sacerdote, querría conquistar muchas almas” (Abbé Monnin, *Procès de l’ordinaire*, p. 1064). Y así sucedió. En el servicio pastoral, tan sencillo como extraordinariamente fecundo, este anónimo párroco de una aldea perdida del sur de Francia logró identificarse tanto con su ministerio que se convirtió, también de un modo visible y reconocible

universalmente, en *alter Christus*, imagen del buen Pastor que, a diferencia del mercenario, da la vida por sus ovejas (cf. *Jn* 10, 11). A ejemplo del buen Pastor, dio su vida en los decenios de su servicio sacerdotal. Su existencia fue una catequesis viviente, que cobraba una eficacia muy particular cuando la gente lo veía celebrar la misa, detenerse en adoración ante el sagrario o pasar muchas horas en el confesonario.

El centro de toda su vida era, por consiguiente, la Eucaristía, que celebraba y adoraba con devoción y respeto. Otra característica fundamental de esta extraordinaria figura sacerdotal era el ministerio asiduo de las confesiones. En la práctica del sacramento de la Penitencia, reconocía el cumplimiento lógico y natural del apostolado sacerdotal, en obediencia al mandato de Cristo: “A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retenáis, les quedan retenidos” (*Jn* 20, 23).

Así pues, san Juan María Vianney se distinguió como óptimo e incansable confesor y maestro espiritual. Pasando, “con un solo movimiento interior, del altar al confesonario”, donde transcurría gran parte de la jornada, intentó por todos los medios, en la predicación y con consejos persuasivos, que sus feligreses redescubriesen el significado y la belleza de la Penitencia sacramental, mostrándola como una íntima exigencia de la Presencia eucarística (cf. *Carta a los sacerdotes para el Año sacerdotal*).

Los métodos pastorales de san Juan María Vianney podrían parecer poco adecuados en las actuales condiciones sociales y culturales. De hecho, ¿cómo podría imitarlo un sacerdote hoy, en un mundo tan cambiado? Es verdad que los tiempos cambian y que muchos carismas son típicos de la persona y, por tanto, irrepetibles; sin embargo, hay un estilo de vida y un anhelo de fondo que todos estamos llamados a cultivar. Mirándolo bien, lo que hizo santo al cura de Ars fue su humilde fidelidad a la misión a la que Dios lo había llamado; fue su constante abandono, lleno de confianza, en manos de la divina Providencia.

Logró tocar el corazón de la gente no gracias a sus dotes humanas, ni basándose exclusivamente en un esfuerzo de voluntad, por loable que fuera; conquistó las almas, incluso las más refractarias, comunicándoles lo que vivía íntimamente, es decir, su amistad con Cristo. Estaba “enamorado” de Cristo, y el verdadero secreto de su éxito pastoral fue el amor que sentía por el Misterio eucarístico anunciado, celebrado y vivido, que se transformó en amor por la grey de Cristo, los cristianos, y por todas las personas que buscan a Dios.

Su testimonio nos recuerda, queridos hermanos y hermanas, que para todo bautizado, y con mayor razón para el sacerdote, la Eucaristía “no es simplemente un acontecimiento con dos protagonistas, un diálogo entre Dios y yo. La Comunión eucarística

tiende a una transformación total de la propia vida. Con fuerza abre de par en par todo el yo del hombre y crea un nuevo nosotros” (Joseph Ratzinger, *La Comunione nella Chiesa*, p. 80).

Así pues, lejos de reducir la figura de san Juan María Vianney a un ejemplo, aunque sea admirable, de la espiritualidad católica del siglo XIX, es necesario, al contrario, percibir la fuerza profética, de suma actualidad, que distingue su personalidad humana y sacerdotal. En la Francia posrevolucionaria que experimentaba una especie de “dictadura del racionalismo” orientada a borrar la presencia misma de los sacerdotes y de la Iglesia en la sociedad, él vivió primero -en los años de su juventud- una heroica clandestinidad recorriendo kilómetros durante la noche para participar en la santa misa. Luego, ya como sacerdote, se caracterizó por una singular y fecunda creatividad pastoral, capaz de mostrar que el racionalismo, entonces dominante, en realidad no podía satisfacer las auténticas necesidades del hombre y, por lo tanto, en definitiva no se podía vivir.

Queridos hermanos y hermanas, a los 150 años de la muerte del santo cura de Ars, los desafíos de la sociedad actual no son menos arduos; al contrario, tal vez resultan todavía más complejos. Si entonces existía la “dictadura del racionalismo”, en la época actual reina en muchos ambientes una especie de “dictadura del relativismo”. Ambas parecen respuestas inadecuadas

a la justa exigencia del hombre de usar plenamente su propia razón como elemento distintivo y constitutivo de la propia identidad. El racionalismo fue inadecuado porque no tuvo en cuenta las limitaciones humanas y pretendió poner la sola razón como medida de todas las cosas, transformándola en una diosa; el relativismo contemporáneo mortifica la razón, porque de hecho llega a afirmar que el ser humano no puede conocer nada con certeza más allá del campo científico positivo. Sin embargo, hoy, como entonces, el hombre “que mendiga significado y realización” busca continuamente respuestas exhaustivas a los interrogantes de fondo que no deja de plantearse.

Tenían muy presente esta “sed de verdad”, que arde en el corazón de todo hombre, los padres del concilio ecuménico Vaticano II cuando afirmaron que corresponde a los sacerdotes, “como educadores en la fe”, formar “una auténtica comunidad cristiana” capaz de preparar “a todos los hombres el camino hacia Cristo” y ejercer “una auténtica maternidad” respecto a ellos, indicando o allanando a los no creyentes “el camino hacia Cristo y su Iglesia”, y siendo para los fieles “estímulo, alimento y fortaleza para el combate espiritual” (cf. *Presbyterorum ordinis*, 6).

La enseñanza que al respecto sigue transmitiéndonos el santo cura de Ars es que en la raíz de ese compromiso pastoral el sacerdote debe poner una íntima unión personal con Cristo, que es

preciso cultivar y acrecentar día tras día. Sólo enamorado de Cristo, el sacerdote podrá enseñar a todos esta unión, esta amistad íntima con el divino Maestro; podrá tocar el corazón de las personas y abrirlo al amor misericordioso del Señor. Sólo así, por tanto, podrá infundir entusiasmo y vitalidad espiritual a las comunidades que el Señor le confía.

Oremos para que, por intercesión de san Juan María Vianney, Dios conceda a su Iglesia el don de santos sacerdotes, y para que aumente en los fieles el deseo de sostener y colaborar con su ministerio. Encomendemos esta intención a María, a la que precisamente hoy invocamos como Virgen de las Nieves.

Palacio pontificio de Castelgandolfo. Miércoles, 12 de agosto de 2009

María, Madre de todos los sacerdotes

Queridos hermanos y hermanas:

Es inminente la celebración de la solemnidad de la Asunción de la santísima Virgen, el sábado próximo, y estamos en el contexto del Año sacerdotal; por eso, deseo hablar del nexo entre la Virgen y el sacerdocio. Es un nexo profundamente enraizado en el misterio de la Encarnación. Cuando Dios decidió hacerse hombre en su Hijo, necesitaba el “sí” libre de una criatura suya. Dios no actúa contra nuestra libertad. Y sucede algo

realmente extraordinario: Dios se hace dependiente de la libertad, del “sí” de una criatura suya; espera este “sí”. San Bernardo de Claraval, en una de sus homilías, explicó de modo dramático este momento decisivo de la historia universal, donde el cielo, la tierra y Dios mismo esperan lo que dirá esta criatura.

El “sí” de María es, por consiguiente, la puerta por la que Dios pudo entrar en el mundo, hacerse hombre. Así, María está real y profundamente involucrada en el misterio de la Encarnación, de nuestra salvación. Y la Encarnación, el hacerse hombre del Hijo, desde el inicio estaba orientada al don de sí mismo, a entregarse con mucho amor en la cruz a fin de convertirse en pan para la vida del mundo. De este modo sacrificio, sacerdocio y Encarnación van unidos, y María se encuentra en el centro de este misterio.

Pasemos ahora a la cruz. Jesús, antes de morir, ve a su Madre al pie de la cruz y ve al hijo amado; y este hijo amado ciertamente es una persona, un individuo muy importante; pero es más: es un ejemplo, una prefiguración de todos los discípulos amados, de todas las personas llamadas por el Señor a ser “discípulo amado” y, en consecuencia, de modo particular también de los sacerdotes.

Jesús dice a María: “Madre, ahí tienes a tu hijo” (*Jn* 19, 26). Es una especie de testamento: encomienda a su Madre al cuidado del hijo, del discípulo. Pero también dice al discípulo:

“Ahí tienes a tu madre” (*Jn* 19, 27). El Evangelio nos dice que desde ese momento san Juan, el hijo predilecto, acogió a la madre María “en su casa”. Así dice la traducción italiana, pero el texto griego es mucho más profundo, mucho más rico. Podríamos traducir: acogió a María en lo íntimo de su vida, de su ser, «*eis tà ìdia*», en la profundidad de su ser.

Acoger a María significa introducirla en el dinamismo de toda la propia existencia -no es algo exterior- y en todo lo que constituye el horizonte del propio apostolado. Me parece que se comprende, por lo tanto, que la peculiar relación de maternidad que existe entre María y los presbíteros es la fuente primaria, el motivo fundamental de la predilección que alberga por cada uno de ellos. De hecho, son dos las razones de la predilección que María siente por ellos: porque se asemejan más a Jesús, amor supremo de su corazón, y porque también ellos, como ella, están comprometidos en la misión de proclamar, testimoniar y dar a Cristo al mundo. Por su identificación y conformación sacramental a Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, todo sacerdote puede y debe sentirse verdaderamente hijo predilecto de esta altísima y humildísima Madre.

El concilio Vaticano II invita a los sacerdotes a contemplar a María como el modelo perfecto de su propia existencia, invocándola como “Madre del sumo y eterno Sacerdote, Reina de los

Apóstoles, Auxilio de los presbíteros en su ministerio”. Y los presbíteros -prosigue el Concilio- “han de venerarla y amarla con devoción y culto filial” (cf. *Presbyterorum ordinis*, 18).

El santo cura de Ars, en quien pensamos de modo particular este año, solía repetir: “Jesucristo, cuando nos dio todo lo que nos podía dar, quiso hacernos herederos de lo más precioso que tenía, es decir, de su santa Madre” (B. Nodet, *Il pensiero e l'anima del Curato d'Ars*, Turín 1967, p. 305). Esto vale para todo cristiano, para todos nosotros, pero de modo especial para los sacerdotes.

Queridos hermanos y hermanas, oremos para que María haga a todos los sacerdotes, en todos los problemas del mundo de hoy, conformes a la imagen de su Hijo Jesús, dispensadores del tesoro inestimable de su amor de Pastor bueno.

¡María, Madre de los sacerdotes, ruega por nosotros!

Castelgandolfo. Miércoles, 19 de agosto de 2009

San Juan Eudes y la formación del clero

Queridos hermanos y hermanas:

Se celebra hoy la memoria litúrgica de san Juan Eudes, apóstol incansable

de la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María, quien vivió en Francia en el siglo XVII, un siglo marcado por fenómenos religiosos contrapuestos y también por graves problemas políticos. Es el tiempo de la guerra de los Treinta Años, que devastó no sólo gran parte de Europa central, sino también las almas. Mientras se difundía el desprecio hacia la fe cristiana por parte de algunas corrientes de pensamiento entonces dominantes, el Espíritu Santo suscitaba una renovación espiritual llena de fervor, con personalidades de alto nivel como De Bérulle, san Vicente de Paúl, san Luis María Grignon de Montfort y san Juan Eudes. Esta gran “escuela francesa” de santidad tuvo también entre sus frutos a san Juan María Vianney. Por un designio misterioso de la Providencia, mi venerado predecesor, Pío XI, proclamó santos al mismo tiempo, el 31 de mayo de 1925, a Juan Eudes y al cura de Ars, ofreciendo a la Iglesia y a todo el mundo dos ejemplos extraordinarios de santidad sacerdotal.

En el contexto del Año sacerdotal, quiero subrayar el celo apostólico de san Juan Eudes, dirigido especialmente a la formación del clero diocesano. Los santos son la verdadera interpretación de la Sagrada Escritura. Los santos han verificado, en la experiencia de la vida, la verdad del Evangelio; así nos introducen en el conocimiento y en la comprensión del Evangelio. El concilio de Trento, en 1563, había emanado normas para la erección de los semi-

narios diocesanos y para la formación de los sacerdotes, pues el Concilio era consciente de que toda la crisis de la reforma estaba condicionada también por una formación insuficiente de los sacerdotes, que no estaban preparados para el sacerdocio de modo adecuado, intelectual y espiritualmente, en el corazón y en el alma.

Esto sucedía en 1563; pero, dado que la aplicación y la realización de las normas se dilataban, tanto en Alemania como en Francia, san Juan Eudes vio las consecuencias de esta carencia. Movido por la clara conciencia de la gran necesidad de ayuda espiritual que experimentaban las almas precisamente a causa de la falta de preparación de gran parte del clero, el santo, que era párroco, instituyó una congregación dedicada de manera específica a la formación de los sacerdotes. En la ciudad universitaria de Caen, fundó su primer seminario, experiencia sumamente apreciada, que muy pronto se extendió a otras diócesis.

El camino de santidad que recorrió y propuso a sus discípulos tenía como fundamento una sólida confianza en el amor que Dios reveló a la humanidad en el Corazón sacerdotal de Cristo y en el Corazón maternal de María. En aquel tiempo de crueldad, de pérdida de interioridad, se dirigió al corazón para comunicar al corazón una palabra de los Salmos muy bien interpretada por san Agustín. Quería hacer volver a las personas, a los hombres, y sobre

todo a los futuros sacerdotes, al corazón, mostrando el Corazón sacerdotal de Cristo y el Corazón maternal de María. Todo sacerdote debe ser testigo y apóstol de este amor del Corazón de Cristo y de María.

También hoy se experimenta la necesidad de que los sacerdotes den testimonio de la misericordia infinita de Dios con una vida totalmente “conquistada” por Cristo, y aprendan esto desde los años de su formación en los seminarios. El Papa, Juan Pablo II, después del Sínodo de 1990, publicó la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, en la que retoma y actualiza las normas del concilio de Trento y subraya sobre todo la necesaria continuidad entre el momento inicial y el permanente de la formación; para él, como para nosotros, es un verdadero punto de partida para una auténtica reforma de la vida y del apostolado de los sacerdotes, e igualmente es el punto fundamental para que la “nueva evangelización” no sea sólo un eslogan atractivo, sino que se traduzca en realidad.

Los cimientos puestos en la formación del seminario constituyen el insustituible “*humus spirituale*” en el que se puede “aprender a Cristo”, dejándose configurar progresivamente a él, único Sumo Sacerdote y Buen Pastor. Por lo tanto, el tiempo del seminario se debe ver como la actualización del momento en el que el Señor Jesús, después de llamar a los Apóstoles y antes de enviarlos a predicar, les pide que es-

tén con él (cf. *Mc* 3, 14). Cuando san Marcos narra la vocación de los doce Apóstoles, nos dice que Jesús tenía un doble objetivo: el primero era que estuvieran con él; y el segundo, enviarlos a predicar. Pero yendo siempre con él, realmente anuncian a Cristo y llevan la realidad del Evangelio al mundo.

En este Año sacerdotal os invito a rezar, queridos hermanos y hermanas, por los sacerdotes y por quienes se preparan a recibir el don extraordinario del sacerdocio ministerial. Concluyo dirigiendo a todos la exhortación de san Juan Eudes, que dice así a los sacerdotes: “Entregaos a Jesús para entrar en la inmensidad de su gran Corazón, que contiene el Corazón de su santa Madre y de todos los santos, y para perderos en este abismo de amor, de caridad, de misericordia, de humildad, de pureza, de paciencia, de sumisión y de santidad” (*Coeur admirable*, III, 2).

Con este espíritu, cantemos ahora juntos el Padre nuestro en latín.

Miércoles, 26 de agosto de 2009

Salvaguarda del ambiente

Queridos hermanos y hermanas:

Nos acercamos ya al final del mes de agosto, que para muchos significa la conclusión de las vacaciones de verano. Al volver a las actividades diarias,

¿cómo no dar gracias a Dios por el don precioso de la creación, que podemos disfrutar no sólo durante el período de vacaciones! Los diferentes fenómenos de degradación ambiental y las calamidades naturales, que por desgracia registran con frecuencia las crónicas, nos recuerdan la urgencia del respeto debido a la naturaleza, recuperando y valorando, en la vida de todos los días, una correcta relación con el ambiente. Se está desarrollando una nueva sensibilidad por estos temas, que suscitan la justa preocupación de las autoridades y de la opinión pública, expresada en la multiplicación de encuentros también a nivel internacional.

La tierra es un don precioso del Creador, que ha diseñado su orden intrínseco, dándonos así las señales orientadoras a las que debemos atenernos como administradores de su creación. Precisamente a partir de esta conciencia, la Iglesia considera las cuestiones vinculadas al ambiente y a su salvaguardia como íntimamente relacionadas con el tema del desarrollo humano integral. A estas cuestiones me he referido varias veces en mi última encíclica, *Caritas in veritate*, recordando la “la urgente necesidad moral de una renovada solidaridad” (n. 49) no sólo en las relaciones entre los países, sino también entre las personas, pues Dios ha dado a todos el ambiente natural, y su uso implica una responsabilidad personal con respecto a toda la humanidad, y de modo especial con respecto a los pobres y las generaciones futuras (cf. n. 48).

Sintiendo la común responsabilidad por la creación (cf. n. 51), la Iglesia no sólo está comprometida en la promoción de la defensa de la tierra, del agua y del aire, dados por el Creador a todos; sobre todo se empeña por proteger al hombre de la destrucción de sí mismo. De hecho, “cuando se respeta la “ecología humana” en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia” (*ib.*). ¿No es verdad que la utilización desconsiderada de la creación comienza donde Dios es marginado o incluso se niega su existencia? Si falla la relación de la criatura humana con el Creador, la materia queda reducida a posesión egoísta, el hombre se convierte en la “última instancia”, y el objetivo de la existencia se reduce a una carrera afanosa para poseer lo más posible.

Así pues, la creación, materia estructurada de modo inteligente por Dios, está encomendada a la responsabilidad del hombre, que es capaz de interpretarla y de remodelarla activamente, sin considerarse su dueño absoluto. El hombre está llamado a ejercer un gobierno responsable para conservarla, hacerla productiva y cultivarla, encontrando los recursos necesarios para que todos vivan dignamente.

Con la ayuda de la naturaleza misma y con el tesón del propio trabajo y de la propia inventiva, la humanidad es realmente capaz de cumplir el grave deber de entregar a las nuevas generaciones una tierra que también ellas a su vez podrán habitar dignamente y seguir

cultivando (cf. *Caritas in veritate*, 50). Para que esto se realice, es indispensable el desarrollo de “la alianza entre ser humano y medio ambiente que ha de ser reflejo del amor creador de Dios” (*Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2008*, n. 7), reconociendo que todos procedemos de Dios y que todos estamos en camino hacia él.

¡Qué importante es, por tanto, que la comunidad internacional y cada Gobierno sepan dar las señales adecuadas a los propios ciudadanos para contrarrestar eficazmente los modos de utilizar el ambiente que le sean nocivos! Los costes económicos y sociales que se derivan del uso de los recursos ambientales comunes, reconocidos de manera transparente, deben ser sufragados por aquellos que los utilizan, y no por otras poblaciones o por las generaciones futuras. La protección del ambiente y la salvaguardia de los recursos y del clima requieren que todos los responsables internacionales actúen conjuntamente, en el respeto de la ley y la solidaridad sobre todo con las regiones más débiles del planeta (cf. *Caritas in veritate*, 50).

Juntos podemos construir un desarrollo humano integral en beneficio de los pueblos, presentes y futuros, un desarrollo inspirado en los valores de la caridad en la verdad. Para que esto suceda es indispensable convertir el actual modelo de desarrollo global hacia una toma de responsabilidad mayor y compartida respecto a la creación: no sólo lo requieren las emergencias am-

bientales, sino también el escándalo del hambre y de la miseria.

Queridos hermanos y hermanas, demos gracias al Señor y hagamos nuestras las palabras de san Francisco en el *Cántico de las criaturas*: “Altísimo, omnipotente, buen Señor, tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición... Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas”.

Así cantaba san Francisco. También nosotros queremos orar y vivir con el espíritu de estas palabras.

Miércoles, 2 de septiembre de 2009

San Odón, abad de Cluny

Queridos hermanos y hermanas:

Tras una larga pausa, quiero reanudar la presentación de los grandes escritores de la Iglesia de Oriente y de Occidente de la época medieval, porque, como en un espejo, en sus vidas y en sus escritos vemos lo que significa ser cristianos. Os propongo hoy la figura luminosa de san Odón, abad de Cluny: se sitúa en el medievo monástico que vio la sorprendente difusión en Europa de la vida y de la espiritualidad inspiradas en la *Regla de san Benito*. Se produjo durante aquellos siglos una prodigiosa aparición y multiplicación de claustros que, ramificándose en el continente,

difundieron en él ampliamente el espíritu y la sensibilidad cristianas. San Odón nos conduce, en particular, a un monasterio, *Cluny*, que durante la edad media fue uno de los más ilustres y famosos, y todavía hoy revela a través de sus ruinas majestuosas las huellas de un pasado glorioso por la entrega intensa a la ascesis, al estudio y, de modo especial, al culto divino, rodeado de dignidad y belleza.

Odón fue el segundo abad de Cluny. Había nacido hacia el 880, en los confines entre Maine y Turena, en Francia. Su padre lo consagró al santo obispo Martín de Tours, a cuya sombra benéfica y en cuya memoria, Odón pasó toda su vida, concluyéndola al final cerca de su tumba. La elección de la consagración religiosa estuvo en él precedida por la experiencia de un momento de gracia especial, del que él mismo habló a otro monje, Juan el Italiano, que después fue su biógrafo. Odón era aún adolescente, de unos dieciséis años de edad, cuando, en una vigilia de Navidad, sintió cómo le salía espontáneamente de los labios esta oración a la Virgen: “Señora mía, Madre de misericordia, que en esta noche diste a luz al Salvador, ora por mí. Que tu parto glorioso y singular sea, oh piadosísima, mi refugio” (*Vita sancti Odonis*, I, 9: *PL* 133, 747). El apelativo “Madre de misericordia”, con el que el joven Odón invocó entonces a la Virgen, será la forma que elegirá para dirigirse siempre a María, llamándola también “única esperanza del mundo... gracias

a la cual se nos han abierto las puertas del paraíso” (*In veneratione S. Mariae Magdalenae*: PL 133, 721). En aquel tiempo empezó a profundizar en la *Regla de san Benito* y a observar algunas de sus indicaciones, “llevando, sin ser monje todavía, el yugo ligero de los monjes” (*ib.*, I, 14: PL 133, 50). En uno de sus sermones, Odón se refirió a san Benito como “faro que brilla en la tenebrosa etapa de esta vida” (*De sancto Benedicto abbate*: PL 133, 725), y lo calificó como “maestro de disciplina espiritual” (*ib.*: PL 133, 727). Con afecto destacó que la piedad cristiana “con más viva dulzura hace memoria” de él, consciente de que Dios lo ha elevado “entre los sumos y elegidos Padres de la santa Iglesia” (*ib.*: PL 133, 722).

Fascinado por el ideal benedictino, Odón dejó Tours y entró como monje en la abadía benedictina de Baume, para pasar después a la de Cluny, de la que se convirtió en abad en el año 927. Desde ese centro de vida espiritual, pudo ejercer una amplia influencia en los monasterios del continente. De su guía y de su reforma, se beneficiaron también en Italia distintos cenobios, entre ellos el de San Pablo extramuros. Odón visitó Roma más de una vez, llegando también a Subiaco, Montecassino y Salerno. Fue precisamente en Roma donde, en el verano del año 942, cayó enfermo. Sintiendo próximo a la muerte, quiso volver a toda costa junto a su san Martín, en Tours, donde murió durante el octavario del santo, el 18 de noviembre del 942. Su

biógrafo, al subrayar en Odón la “virtud de la paciencia”, ofrece un largo elenco de otras virtudes suyas, como el menosprecio del mundo, el celo por las almas, el compromiso por la paz de las Iglesias. Grandes aspiraciones del abad Odón eran la concordia entre reyes y príncipes, la observancia de los mandamientos, la atención a los pobres, la enmienda de los jóvenes, el respeto a las personas ancianas (cf. *Vita sancti Odonis*, I, 17: PL 133, 49). Amaba la celdita en la que residía, “alejado de los ojos de todos, preocupado por agradar sólo a Dios” (*ib.*, I, 14: PL 133, 49). No dejaba, sin embargo, de ejercitar también, como “fuente sobreabundante”, el ministerio de la palabra y del ejemplo, “llorando este mundo como inmensamente mísero” (*ib.*, I, 17: PL 133, 51). En un solo monje, comenta su biógrafo, se hallaban reunidas las distintas virtudes existentes de forma dispersa en los otros monasterios: “Jesús, en su bondad, tomando en los diversos jardines de los monjes, formaba en un pequeño lugar un paraíso, para regar desde su fuente los corazones de los fieles” (*ib.*, I, 14: PL 133, 49).

En un pasaje de un sermón en honor de María Magdalena, el abad de Cluny nos revela cómo concebía la vida monástica: “María que, sentada a los pies del Señor, con espíritu atento escuchaba su palabra, es el símbolo de la dulzura de la vida contemplativa, cuyo sabor, cuanto más se gusta, tanto más induce al alma a desasirse de las cosas visibles y de los tumultos de las preocupaciones

del mundo” (*In ven. S. Mariae Magd.*, PL 133, 717). Es una concepción que Odón confirma y desarrolla en otros escritos suyos, de los que se trasluce su amor por la interioridad, una visión del mundo como realidad frágil y precaria de la que hay que desarraigarse, una inclinación constante al desprendimiento de las cosas consideradas como fuente de inquietud, una aguda sensibilidad por la presencia del mal en las diferentes categorías de hombres, una íntima aspiración escatológica. Esta visión del mundo puede parecer bastante alejada de la nuestra, y sin embargo la de Odón es una concepción que, viendo la fragilidad del mundo, valora la vida interior abierta al otro, al amor por el prójimo, y precisamente así transforma la existencia y abre el mundo a la luz de Dios.

Merece particular mención la “devoción” al Cuerpo y a la Sangre de Cristo que Odón, frente a una difundida negligencia, que él deplora vivamente, cultivó siempre con convicción. En efecto, estaba firmemente convencido de la presencia real, bajo las especies eucarísticas, del Cuerpo y de la Sangre del Señor, en virtud de la conversión “sustancial” del pan y del vino. Escribía: “Dios, el Creador de todo, tomó el pan, diciendo que era su Cuerpo y que lo habría ofrecido por el mundo, y distribuyó el vino, llamándolo su Sangre”; ahora bien, “es ley de naturaleza que tenga lugar la transformación según el mandato del Creador”, y por tanto, he aquí que “inmediatamente la natura-

leza cambia su condición habitual: sin tardar el pan se convierte en carne, y el vino se convierte en sangre”; a la orden del Señor “la sustancia se transforma” (*Odonis Abb. Cluniac. occupatio*, ed. A. Swoboda, Lipsia 1900, p. 121). Desgraciadamente, anota nuestro abad, este “sacrosanto misterio del Cuerpo del Señor, en el que consiste toda la salvación del mundo” (*Collationes*, XXVIII: PL 133, 572), es celebrado con negligencia. “Los sacerdotes -advier- te- que acceden al altar indignamente, manchan el pan, es decir, el Cuerpo de Cristo” (*ib.*: PL 133, 572-573). Sólo el que está unido espiritualmente a Cristo puede participar dignamente de su Cuerpo eucarístico: en caso contrario, comer su carne y beber su sangre no le sería de beneficio, sino de condena” (*cf. ib.*, XXX, PL 133, 575). Todo esto nos invita a creer con nueva fuerza y profundidad la verdad de la presencia del Señor. La presencia del Creador entre nosotros, que se entrega en nuestras manos y nos transforma como transforma el pan y el vino, transforma así el mundo.

San Odón ha sido un verdadero guía espiritual tanto para los monjes como para los fieles de su tiempo. Ante el “gran número de vicios” difundidos en la sociedad, el remedio que él proponía con decisión era el de un cambio radical de vida, fundado en la humildad, la austeridad, el desapego de las cosas efímeras y la adhesión a las eternas (*cf. Collationes*, XXX, PL 133, 613). A pesar del realismo de su diagnóstico sobre

la situación de su tiempo, Odón no se rinde al pesimismo: “No decimos esto -precisa- para precipitar en la desesperación los que quieren convertirse. La misericordia divina está siempre disponible; ella espera la hora de nuestra conversión” (*ib.*: PL 133, 563). Y exclama: “¡Oh inefables entrañas de la piedad divina! Dios persigue las culpas y sin embargo protege a los pecadores” (*ib.*: PL 133, 592). Sostenido por esta convicción, el abad de Cluny amaba detenerse en la contemplación de la misericordia de Cristo, el Salvador que él calificaba sugestivamente como “amante de los hombres”: “*amator hominum Christus*” (*ib.*, LIII: PL 133, 637). Jesús tomó sobre sí los flagelos que nos correspondían a nosotros -observa- para salvar así a la criatura que es obra suya y a la que ama (cf. *ib.*: PL 133, 638).

Aparece aquí un rasgo del santo abad a primera vista casi escondido bajo el rigor de su austeridad de reformador: la profunda bondad de su alma. Era austero, pero sobre todo era bueno, un hombre de una gran bondad, una bondad que proviene del contacto con la bondad divina. Odón, como nos dicen sus contemporáneos, difundía a su alrededor la alegría de la que rebosaba. Su biógrafo atestigua que no había oído nunca salir de boca de hombre “tanta dulzura de palabra” (*ib.*, I 17: PL 133, 31). Acostumbraba, recuerda su biógrafo, invitar a cantar a los niños que encontraba por el camino para después hacerles algún pequeño

regalo, y añade: “Sus palabras estaban llenas de gozo..., su hilaridad infundía en nuestro corazón una íntima alegría” (*ib.*, II, 5: PL 133, 63). De esta forma el vigoroso y al mismo tiempo amable abad medieval, apasionado por la reforma, con acción incisiva alimentaba en los monjes, como también en los fieles laicos de su tiempo, el propósito de progresar con paso diligente por el camino de la perfección cristiana.

Esperamos que su bondad, la alegría que nace de la fe, unidas a la austeridad y a la oposición a los vicios del mundo, toquen también nuestro corazón, a fin de que también nosotros podamos hallar la fuente de la alegría que brota de la bondad de Dios.

Miércoles, 9 de septiembre de 2009

San Pedro Damiano

Queridos hermanos y hermanas:

Durante las catequesis de estos miércoles estoy tratando sobre algunas grandes figuras de la vida de la Iglesia desde sus orígenes. Hoy quiero hablar de una de las personalidades más significativas del siglo XI, san Pedro Damiano, monje, amante de la soledad y, al mismo tiempo, intrépido hombre de Iglesia, comprometido en primera persona en la obra de reforma puesta en marcha por los Papas de aquel tiempo.

Nació en Ravena en el año 1007 de familia noble, pero pobre. Al quedarse huérfano de ambos progenitores, vivió una infancia llena de dificultades y sufrimientos, a pesar de que su hermana Rosalinda se esforzó por hacerle de madre, y su hermano mayor, Damián, lo adoptó como hijo. Precisamente por eso se llamará después Pedro Damián. La formación se le impartió primero en Faenza y luego en Parma, donde, ya a los 25 años, lo encontramos comprometido en la enseñanza.

Junto a una buena competencia en el campo del derecho, adquirió una pericia refinada en el arte de la redacción -el *ars scribendi*- y, gracias a su conocimiento de los grandes clásicos latinos, se convirtió en “uno de los mejores latinistas de su tiempo, uno de los más grandes escritores del medioevo latino” (J. Leclercq, *Pierre Damien, ermite et homme d'Église*, Roma 1960, p. 172).

Se distinguió en los géneros literarios más diversos: cartas, sermones, hagiografías, oraciones, poemas, epigramas. Su sensibilidad por la belleza lo llevaba a la contemplación poética del mundo. Pedro Damián concebía el universo como una inagotable “parábola” y un espacio lleno de símbolos, a partir de los cuales es posible interpretar la vida interior y la realidad divina y sobrenatural. Desde esta perspectiva, en torno al año 1034, la contemplación de lo absoluto de Dios lo impulsó a alejarse progresivamente del mundo y de sus realidades efímeras, para re-

tirarse al monasterio de Fonte Avellana, fundado sólo pocas décadas antes, pero ya famoso por su austeridad. Para edificación de los monjes, escribió la *Vida* del fundador, san Romualdo de Ravena, y al mismo tiempo se esforzó por profundizar en su espiritualidad, exponiendo su ideal del monaquismo eremítico.

Hay que subrayar inmediatamente un detalle: el eremitorio de Fonte Avellana estaba dedicado a la Santa Cruz, y la cruz será el misterio cristiano que más fascinó a Pedro Damián. “No ama a Cristo quien no ama la cruz de Cristo”, afirma (*Sermo XVIII*, 11, p. 117) y se define a sí mismo: “*Petrus crucis Christi servorum famulus*”, “Pedro servidor de los servidores de la cruz de Cristo” (*Ep.* 9, 1). A la cruz Pedro Damián dirige oraciones bellísimas, en las que revela una visión de este misterio que tiene dimensiones cósmicas, porque abraza toda la historia de la salvación: “Oh bendita cruz -exclama-, te veneran, te predicán y te honran la fe de los patriarcas, los vaticinios de los profetas, el senado juzgador de los Apóstoles, el ejército victorioso de los mártires y las multitudes de todos los santos” (*Sermo XLVIII*, 14, p. 304). Queridos hermanos y hermanas, que el ejemplo de Pedro Damián nos impulse también a nosotros a mirar siempre a la cruz como al acto supremo de amor de Dios hacia el hombre, que nos ha dado la salvación.

Para el desarrollo de la vida eremítica, este gran monje escribió una Regla,

en la que subraya fuertemente el “rigor del eremitorio”: en el silencio del claustro el monje está llamado a llevar una vida de oración, diurna y nocturna, con ayunos prolongados y austeros; debe ejercitarse en una generosa caridad fraterna y en una obediencia al prior siempre pronta y disponible. En el estudio y en la meditación cotidiana de la Sagrada Escritura, Pedro Damiano descubre los significados místicos de la Palabra de Dios, encontrando en ella alimento para su vida espiritual. En este sentido llama a la celda del eremitorio “locutorio donde Dios conversa con los hombres”.

La vida eremítica es para él la cumbre de la vida cristiana, está “en el vértice de los estados de vida”, porque el monje, ya libre de las ataduras del mundo y de su propio yo, recibe “las arras del Espíritu Santo y su alma se une feliz al Esposo celestial” (*Ep.* 18, 17; cf. *Ep.* 28, 43 ss). Esto es importante también hoy para nosotros, aunque no seamos monjes: saber guardar silencio en nosotros para escuchar la voz de Dios, buscar, por decir así, un “locutorio” donde Dios hable con nosotros: Aprender la Palabra de Dios en la oración y en la meditación es la senda de la vida.

San Pedro Damiano, que fundamentalmente fue un hombre de oración, de meditación, de contemplación, fue también un fino teólogo: su reflexión sobre distintos temas doctrinales lo llevó a conclusiones importantes para la vida. Así, por ejemplo, expone con

claridad y vivacidad la doctrina trinitaria utilizando ya, con la guía de textos bíblicos y patrísticos, los tres términos fundamentales, que después han sido determinantes también para la filosofía de Occidente, *processio, relatio y persona* (cf. *Opusc.* XXXVIII: *PL* CXLV, 633-642; y *Opusc.* II y III: *ib.*, 41 ss y 58 ss). Sin embargo, dado que el análisis teológico del misterio lo lleva a contemplar la vida íntima de Dios y el diálogo de amor inefable entre las tres divinas Personas, saca de él conclusiones ascéticas para la vida en comunidad e incluso para las relaciones entre cristianos latinos y griegos, divididos en este tema.

También la meditación sobre la figura de Cristo tiene reflejos prácticos significativos, al estar toda la Escritura centrada en él. El mismo “pueblo de los judíos -anota san Pedro Damiano-, a través de las páginas de la Sagrada Escritura, en cierto modo ha llevado a Cristo sobre sus hombros” (*Sermo* XLVI, 15). Cristo, por tanto -añade-, debe estar en el centro de la vida del monje: “A Cristo se le debe oír en nuestra lengua, a Cristo se le debe ver en nuestra vida, se le debe percibir en nuestro corazón” (*Sermo* VIII, 5). La íntima unión con Cristo no sólo implica a los monjes, sino a todos los bautizados. Aquí encontramos una fuerte invitación, también para nosotros, a no dejarnos absorber totalmente por las actividades, por los problemas y por las preocupaciones de cada día, olvidándonos de que Jesús debe

estar verdaderamente en el centro de nuestra vida.

La comunión con Cristo crea unidad de amor entre los cristianos. En la carta 28, que es un tratado genial de eclesiología, Pedro Damiano desarrolla una profunda teología de la Iglesia como comunión. “La Iglesia de Cristo -escribe- está unida por el vínculo de la caridad hasta el punto de que, como es una en muchos miembros, también está toda entera místicamente en cada miembro; de forma que toda la Iglesia universal se llama justamente única Esposa de Cristo en singular, y cada alma elegida, por el misterio sacramental, se considera plenamente Iglesia”. Esto es importante: no sólo que toda la Iglesia universal está unida, sino que en cada uno de nosotros debería estar presente la Iglesia en su totalidad. Así el servicio del individuo se convierte en “expresión de la universalidad” (*Ep.* 28, 9-23).

Con todo, la imagen ideal de la “santa Iglesia” ilustrada por Pedro Damiano no corresponde -lo sabía bien- a la realidad de su tiempo. Por esto no temió denunciar la corrupción que existía en los monasterios y entre el clero, sobre todo debido a la praxis según la cual las autoridades laicas conferían la investidura de los cargos eclesiásticos: muchos obispos y abades se comportaban como gobernadores de sus propios súbditos más que como pastores de almas, y a veces su vida moral dejaba mucho que desear. Por eso, con gran dolor y tristeza, en 1057 Pedro Damiano dejó

el monasterio y aceptó, aunque con renuencia, el nombramiento de cardenal obispo de Ostia, entrando así plenamente en colaboración con los Papas en la difícil empresa de la reforma de la Iglesia. Vio que no era suficiente contemplar y tuvo que renunciar a la belleza de la contemplación para contribuir a la obra de renovación de la Iglesia. Renunció así a la belleza del eremitorio y con valor emprendió numerosos viajes y misiones.

Por su amor a la vida monástica, diez años después, en 1067, obtuvo permiso para volver a Fonte Avellana, renunciando a la diócesis de Ostia. Pero la anhelada tranquilidad duró poco: ya dos años después fue enviado a Frankfurt con el intento de evitar el divorcio de Enrique IV de su mujer Berta; y de nuevo dos años después, en 1071, fue a Montecassino para la consagración de la iglesia de la abadía, y a principios de 1072 se dirigió a Ravena para restablecer la paz con el arzobispo local, que había apoyado al antipapa, provocando el interdicto sobre la ciudad. Durante el viaje de regreso a su eremitorio, una repentina enfermedad lo obligó a detenerse en Faenza, en el monasterio benedictino de *Santa Maria Vecchia fuori porta*, y allí murió en la noche entre el 22 y el 23 de febrero de 1072.

Queridos hermanos y hermanas, es una gran gracia que, en la vida de la Iglesia, el Señor haya suscitado una personalidad tan exuberante, rica y

compleja, como la de san Pedro Damían, y no se encuentran con frecuencia obras de teología y de espiritualidad tan agudas y vivas como las del eremita de Fonte Avellana. Fue monje a fondo, con formas de austeridad que hoy podrían parecernos incluso excesivas, pero así hizo de la vida monástica un testimonio elocuente del primado de Dios y una llamada a todos a caminar hacia la santidad, libres de toda componenda con el mal. Se consumió, con lúcida coherencia y gran severidad, por la reforma de la Iglesia de su tiempo. Consagró todas sus energías espirituales y físicas a Cristo y a la Iglesia, permaneciendo siempre, como le gustaba definirse, “*Petrus ultimus monachorum servus*”, “Pedro, último siervo de los monjes”.

Miércoles, 16 de septiembre de 2009

Simeón, el Nuevo Teólogo

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy nos detenemos a reflexionar sobre la figura de un monje oriental, Simeón, el Nuevo Teólogo, cuyos escritos han ejercido un notable influjo en la teología y la espiritualidad de Oriente, de modo especial en lo que atañe a la experiencia de la unión mística con Dios. Simeón, el Nuevo Teólogo, nació en el año 949 en Galacia, en Paflagonia (Asia Menor), en el seno

de una familia noble de provincia. Aún joven, se trasladó a Constantinopla para emprender los estudios y entrar al servicio del emperador. Pero se sintió poco atraído por la carrera civil que tenía en perspectiva y, bajo la influencia de iluminaciones interiores que experimentaba, se puso a buscar una persona que lo orientara en el momento lleno de dudas y perplejidades que estaba viviendo, y que lo ayudara a progresar en el camino de la unión con Dios. Encontró este guía espiritual en Simeón, el Piadoso (*Eulabes*), un sencillo monje del monasterio de *Studion*, en Constantinopla, que le dio a leer el tratado *La ley espiritual* de Marcos el Monje. En este texto Simeón, el Nuevo Teólogo, encontró una enseñanza que le impresionó mucho: “Si buscas la curación espiritual -leyó en él- está atento a tu conciencia. Todo lo que ella te diga hazlo y encontrarás lo que te es útil”. Desde ese momento -refiere él mismo- nunca se acostó sin preguntarse si la conciencia tenía algo que reprocharle.

Simeón entró en el monasterio de los Estuditas, donde, sin embargo, sus experiencias místicas y su extraordinaria devoción hacia el padre espiritual le causaron dificultades. Se trasladó al pequeño convento de San Mamés, también en Constantinopla, del cual, tres años después, llegó a ser abad, *higúmeno*. Allí realizó una intensa búsqueda de unión espiritual con Cristo, que le confirió gran autoridad. Es interesante notar que le dieron el apelativo de “Nuevo Teólogo”, a pesar de

que la tradición reservó el título de "Teólogo" a dos personalidades: al evangelista san Juan y a san Gregorio Nacianceno. Sufrió incomprendimientos y el destierro, pero fue rehabilitado por el patriarca de Constantinopla, Sergio II.

Simeón, el Nuevo Teólogo, pasó la última fase de su vida en el monasterio de Santa Macrina, donde escribió gran parte de sus obras, haciéndose cada vez más célebre por sus enseñanzas y por sus milagros. Murió el 12 de marzo de 1022.

El más conocido de sus discípulos, Niceta Stetatos, que recopiló y copió nuevamente los escritos de Simeón, preparó una edición póstuma, redactando seguidamente su biografía. La obra de Simeón comprende nueve volúmenes, que se dividen en *Capítulos teológicos, gnósticos y prácticos*, tres volúmenes de *Catequesis* dirigidas a monjes, dos volúmenes de *Tratados teológicos y éticos* y un volumen de *Himnos*. No hay que olvidar tampoco sus numerosas *Cartas*. Todas estas obras han ocupado un lugar relevante en la tradición monástica oriental hasta nuestros días.

Simeón concentra su reflexión sobre la presencia del Espíritu Santo en los bautizados y sobre la conciencia que deben tener de esta realidad espiritual. La vida cristiana -subraya- es comunión íntima y personal con Dios; la gracia divina ilumina el corazón del

creyente y lo conduce a la visión mística del Señor. En esta línea, Simeón, el Nuevo Teólogo, insiste en el hecho de que el verdadero conocimiento de Dios no viene de los libros, sino de la experiencia espiritual, de la vida espiritual. El conocimiento de Dios nace de un camino de purificación interior, que comienza con la conversión del corazón, gracias a la fuerza de la fe y del amor; pasa a través de un profundo arrepentimiento y dolor sincero de los propios pecados, para llegar a la unión con Cristo, fuente de alegría y de paz, invadidos por la luz de su presencia en nosotros. Para Simeón esa experiencia de la gracia divina no constituye un don excepcional para algunos místicos, sino que es fruto del Bautismo en la existencia de todo fiel seriamente comprometido.

Éste es un punto sobre el que conviene reflexionar, queridos hermanos y hermanas. Este santo monje oriental nos invita a todos a prestar atención a la vida espiritual, a la presencia escondida de Dios en nosotros, a la sinceridad de la conciencia y a la purificación, a la conversión del corazón, para que el Espíritu Santo se haga realmente presente en nosotros y nos guíe. En efecto, si con razón nos preocupamos por cuidar nuestro crecimiento físico, humano e intelectual, es mucho más importante no descuidar el crecimiento interior, que consiste en el conocimiento de Dios, en el verdadero conocimiento, no sólo aprendido de los libros, sino interior, y en la comunión con Dios, para

experimentar su ayuda en todo momento y en cada circunstancia.

En el fondo, esto es lo que Simeón describe cuando narra su propia experiencia mística. Ya de joven, antes de entrar en el monasterio, una noche, mientras prolongaba sus oraciones en casa, invocando la ayuda de Dios para luchar contra las tentaciones, había visto la habitación llena de luz. Después, cuando entró en el monasterio, le ofrecieron libros espirituales para instruirse, pero su lectura no le proporcionaba la paz que buscaba. Se sentía -refiere él mismo- como un pobre pajarito sin alas. Aceptó con humildad esta situación sin rebelarse y entonces comenzaron a multiplicarse de nuevo las visiones de luz. Queriendo asegurarse de su autenticidad, Simeón le preguntó directamente a Cristo: “Señor, ¿estás de verdad tú mismo aquí?”. Sintió resonar en su corazón la respuesta afirmativa y quedó sumamente consolado. “Aquella fue, Señor -escribirá luego- la primera vez que me consideraste a mí, hijo pródigo, digno de escuchar tu voz”.

Sin embargo, tampoco esta revelación lo dejó totalmente tranquilo. Más bien, se preguntaba si incluso aquella experiencia se debería considerar un espejismo. Un día, finalmente, sucedió un hecho fundamental para su experiencia mística. Comenzó a sentirse como “un pobre que ama a los hermanos” (*ptochós philádelphos*). Veía en torno a sí muchos enemigos que querían tenderle asechanzas y hacerle

daño, pero a pesar de ello sintió en sí mismo un intenso transporte de amor por ellos. ¿Cómo explicarlo? Evidentemente ese amor no podía venir de él mismo, sino que debía brotar de otra fuente. Simeón entendió que procedía de Cristo presente en él y todo le resultó claro: tuvo la prueba segura de que la fuente del amor en él era la presencia de Cristo y que tener en sí un amor que va más allá de sus intenciones personales indica que la fuente del amor está en él mismo. Así, por una parte, podemos decir que, sin cierta apertura al amor, Cristo no entra en nosotros, pero, por otra, Cristo se convierte en fuente de amor y nos transforma.

Queridos amigos, esta experiencia es muy importante para nosotros, hoy, para encontrar los criterios que nos indiquen si estamos realmente cerca de Dios, si Dios está y vive en nosotros. El amor de Dios crece en nosotros si permanecemos unidos a él con la oración y con la escucha de su palabra, con la apertura del corazón. Solamente el amor divino nos hace abrir el corazón a los demás y nos hace sensibles a sus necesidades, impulsándonos a considerar a todos como hermanos y hermanas, e invitándonos a responder al odio con el amor y a la ofensa con el perdón.

Reflexionando sobre esta figura de Simeón, el Nuevo Teólogo, podemos descubrir otro elemento de su espiritualidad. En el camino de vida ascética propuesto y recorrido por él, la fuerte

atención y concentración del monje en la experiencia interior confiere al padre espiritual del monasterio una importancia esencial. Como he recordado, Simeón, ya de joven había encontrado un director espiritual que le ayudó mucho y hacia el cual conservó una grandísima estima, hasta el punto de que tras su muerte, le profesó una veneración también pública. Y quisiera decir que sigue siendo válida para todos -sacerdotes, personas consagradas y laicos, y especialmente para los jóvenes- la invitación a recurrir a los consejos de un buen padre espiritual, capaz de acompañar a cada uno en el conocimiento profundo de sí mismo, y conducirlo a la unión con el Señor, para que su existencia se conforme cada vez más al Evangelio. Para ir hacia el Señor, necesitamos siempre un guía, un diálogo. No podemos hacerlo solamente con nuestras reflexiones. Y este es también el sentido de la eclesialidad de nuestra fe, de encontrar este guía.

Concluyendo, podemos sintetizar así la enseñanza y la experiencia mística de Simeón, el Nuevo Teólogo: en su incesante búsqueda de Dios, incluso en las dificultades que encontró y en las críticas de que fue objeto, él, a fin de cuentas, se dejó guiar por el amor. Supo vivir él mismo y enseñar a sus monjes que lo esencial para todo discípulo de Jesús es crecer en el amor y así crecemos en el conocimiento de Cristo mismo, para poder afirmar con san Pablo: "Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (*Ga 2, 20*).

Miércoles, 23 de septiembre de 2009

San Anselmo

Queridos hermanos y hermanas:

En Roma, en la colina del Aventino, se encuentra la abadía benedictina de San Anselmo. Como sede de un Instituto de estudios superiores y del abad primado de los Benedictinos Confederados, es un lugar que aúna la oración, el estudio y el gobierno, precisamente las tres actividades que caracterizaron la vida del santo a quien está dedicada: Anselmo de Aosta, de cuya muerte se celebra este año el IX centenario. Las múltiples iniciativas, promovidas especialmente por la diócesis de Aosta con ocasión de este feliz aniversario, han puesto de manifiesto el interés que sigue suscitando este pensador medieval. También es conocido como Anselmo de Bec y Anselmo de Canterbury por las ciudades con las que tuvo relación.

¿Quién es este personaje al que tres localidades, lejanas entre sí y situadas en tres naciones distintas -Italia, Francia e Inglaterra-, se sienten particularmente vinculadas? Monje de intensa vida espiritual, excelente educador de jóvenes, teólogo con una extraordinaria capacidad especulativa, sabio hombre de gobierno e intransigente defensor de la *libertas Ecclesiae*, de la libertad de la Iglesia, san Anselmo es una de las personalidades eminentes de la Edad Media, que supo armonizar todas estas

cualidades gracias a una profunda experiencia mística que guió siempre su pensamiento y su acción.

San Anselmo nació en 1033 (o a principios de 1034) en Aosta, primogénito de una familia noble. Su padre era un hombre rudo, dedicado a los placeres de la vida y dilapidador de sus bienes; su madre, en cambio, era mujer de elevadas costumbres y de profunda religiosidad (cf. Eadmero, *Vita S. Anselmi*: PL 159, col. 49). Fue ella quien cuidó de la primera formación humana y religiosa de su hijo, que encomendó después a los benedictinos de un priorato de Aosta. San Anselmo, que desde niño -como narra su biógrafo- imaginaba la morada de Dios entre las altas y nevadas cumbres de los Alpes, soñó una noche que era invitado a este palacio espléndido por Dios mismo, que se entretuvo largo tiempo y afablemente con él y al final le ofreció para comer “un pan blanquísimo” (*ib.*, col. 51). Este sueño le dejó la convicción de ser llamado a cumplir una alta misión.

A la edad de quince años pidió ser admitido en la Orden benedictina, pero su padre se opuso con toda su autoridad y no cedió siquiera cuando su hijo, gravemente enfermo, sintiéndose cerca de la muerte, imploró el hábito religioso como supremo consuelo. Después de la curación y la muerte prematura de su madre, san Anselmo atravesó un período de disipación moral: descuidó los estudios y, arrastrado por las pasio-

nes terrenas, se hizo sordo a la llamada de Dios. Se marchó de casa y comenzó a viajar por Francia en busca de nuevas experiencias. Después de tres años, al llegar a Normandía, se dirigió a la abadía benedictina de Bec, atraído por la fama de Lanfranco de Pavía, prior del monasterio. Para él fue un encuentro providencial y decisivo para el resto de su vida. Bajo la guía de Lanfranco, san Anselmo retomó con vigor sus estudios y en poco tiempo se convirtió no sólo en el alumno predilecto, sino también en el confidente del maestro. Su vocación monástica se volvió a despertar y, tras una atenta valoración, a la edad de 27 años entró en la Orden monástica y fue ordenado sacerdote. La vida ascética y el estudio le abrieron nuevos horizontes, haciéndole encontrar de nuevo, en un grado mucho más alto, la familiaridad con Dios que había tenido de niño.

Cuando en 1063 Lanfranco se convirtió en abad de Caen, san Anselmo, que sólo llevaba tres años de vida monástica, fue nombrado prior del monasterio de Bec y maestro de la escuela claustral, mostrando dotes de refinado educador. No le gustaban los métodos autoritarios; comparaba a los jóvenes con plantitas que se desarrollan mejor si no se las encierra en un invernadero, y les concedía una “sana” libertad. Era muy exigente consigo mismo y con los demás en la observancia monástica, pero en lugar de imponer la disciplina se esforzaba por hacer que la siguieran con la persuasión.

A la muerte del abad Erluino, fundador de la abadía de Bec, san Anselmo fue elegido por unanimidad para sucederle: era el mes de febrero de 1079. Entretanto numerosos monjes habían sido llamados a Canterbury para llevar a los hermanos del otro lado del Canal de la Mancha la renovación que se estaba llevando a cabo en el continente. Su obra fue bien aceptada, hasta el punto de que Lanfranco de Pavía, abad de Caen, se convirtió en el nuevo arzobispo de Canterbury y pidió a san Anselmo que pasara cierto tiempo con él para instruir a los monjes y ayudarle en la difícil situación en que se encontraba su comunidad eclesial tras la invasión de los normandos. La permanencia de san Anselmo se reveló muy fructuosa; ganó simpatía y estima, hasta tal punto que, a la muerte de Lanfranco, fue elegido para sucederle en la sede arzobispal de Canterbury. Recibió la solemne consagración episcopal en diciembre de 1093.

San Anselmo se comprometió inmediatamente en una enérgica lucha por la libertad de la Iglesia, manteniendo con valentía la independencia del poder espiritual respecto del temporal. Defendió a la Iglesia de las indebidas injerencias de las autoridades políticas, sobre todo de los reyes Guillermo, el Rojo y Enrique I, encontrando ánimo y apoyo en el Romano Pontífice, al que san Anselmo mostró siempre una valiente y cordial adhesión. Esta fidelidad le costó, en 1103, incluso la amargura del destierro de su sede de Canterbury. Y sólo cuando, en 1106, el rey Enrique renunció a

la pretensión de conferir las investiduras eclesiásticas, así como a la recaudación de impuestos y a la confiscación de los bienes de la Iglesia, san Anselmo pudo volver a Inglaterra, donde fue acogido festivamente por el clero y por el pueblo. Así se concluyó felizmente la larga lucha que libró con las armas de la perseverancia, la valentía y la bondad.

Este santo arzobispo, que tanta admiración suscitaba a su alrededor, dondequiera que se dirigiera, dedicó los últimos años de su vida sobre todo a la formación moral del clero y a la investigación intelectual sobre temas teológicos. Murió el 21 de abril de 1109, acompañado por las palabras del Evangelio proclamado en la santa misa de ese día: “Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas; yo, por mi parte, dispongo un reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino...” (*Lc 22, 28-30*). El sueño de aquel misterioso banquete, que había tenido desde pequeño precisamente al inicio de su camino espiritual, encontraba así su realización. Jesús, que lo había invitado a sentarse a su mesa, acogió a san Anselmo, a su muerte, en el reino eterno del Padre.

“Dios, te lo ruego, quiero conocerte, quiero amarte y poder gozar de ti. Y si en esta vida no soy capaz de ello plenamente, que al menos cada día progrese hasta que llegue a la plenitud” (*Proslogion*, cap. 14). Esta oración permite comprender el alma mística de este gran santo de la

época medieval, fundador de la teología escolástica, al que la tradición cristiana ha dado el título de “doctor magnífico”, porque cultivó un intenso deseo de profundizar en los misterios divinos, pero plenamente consciente de que el camino de búsqueda de Dios nunca se termina, al menos en esta tierra. La claridad y el rigor lógico de su pensamiento tuvieron siempre como objetivo “elevar la mente a la contemplación de Dios” (*ib.*, *Proemium*). Afirma claramente que quien quiere hacer teología no puede contar sólo con su inteligencia, sino que debe cultivar al mismo tiempo una profunda experiencia de fe. La actividad del teólogo, según san Anselmo, se desarrolla así en tres fases: *la fe*, don gratuito de Dios que hay que acoger con humildad; *la experiencia*, que consiste en encarnar la Palabra de Dios en la propia existencia cotidiana; y por último el verdadero *conocimiento*, que nunca es fruto de razonamientos asépticos, sino de una intuición contemplativa. Al respecto, para una sana investigación teológica y para quien quiera profundizar en las verdades de la fe, siguen siendo muy útiles también hoy sus célebres palabras: “No pretendo, Señor, penetrar en tu profun-

didad, porque no puedo ni siquiera de lejos confrontar con ella mi intelecto; pero deseo entender, al menos hasta cierto punto, tu verdad, que mi corazón cree y ama. No busco entender para creer, sino que creo para entender” (*ib.*, 1).

Queridos hermanos y hermanas, que el amor a la verdad y la sed constante de Dios, que marcaron toda la vida de san Anselmo, sean un estímulo para todo cristiano a buscar sin desfallecer jamás una unión cada vez más íntima con Cristo, camino, verdad y vida. Además, que el celo lleno de valentía que caracterizó su acción pastoral, y que le procuró a veces incomprendiones, amarguras e incluso el destierro, impulse a los pastores, a las personas consagradas y a todos los fieles a amar a la Iglesia de Cristo, a orar, a trabajar y a sufrir por ella, sin abandonarla nunca ni traicionarla. Que nos obtenga esta gracia la Virgen Madre de Dios, hacia quien san Anselmo alimentó una tierna y filial devoción. “María, a ti te quiere amar mi corazón -escribe san Anselmo-; a ti mi lengua te desea alabar ardientemente”.

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a una delegación de participantes en los Campeonatos Mundiales de natación

Castelgandolfo. Sábado, 1 de agosto de 2009

Queridos amigos:

He aceptado con mucho gusto vuestra invitación a tener un encuentro con vosotros con ocasión de los campeonatos mundiales de natación. Gracias por vuestra grata visita; doy gustoso a cada uno y cada una de vosotros mi cordial bienvenida. Ante todo, dirijo un pensamiento deferente al presidente de la Federación internacional de natación (FINA), señor Julio Maglione, y al presidente de la Federación italiana de natación (FIN), honorable Paolo Barelli, al mismo tiempo que les doy las gracias por las amables palabras que me han dirigido en nombre de todos vosotros. Saludo a las autoridades presentes, a los dirigentes y responsables; a los técnicos, los delegados, los periodistas y los operadores de los medios de comunicación social; a los voluntarios, los organizadores y cuantos han contribuido a la realización de este acontecimiento deportivo mundial.

Mi saludo más afectuoso es especialmente para vosotros, queridos atletas de diferentes nacionalidades, que sois los protagonistas de estos campeonatos de natación. Con vuestras competiciones ofrecéis al mundo un atractivo espectáculo de disciplina y de humanidad, de belleza artística y voluntad tenaz. Mostráis qué metas puede alcanzar la vitalidad de la juventud cuando no se rehúye la fatiga de duros entrenamientos y se aceptan de buen grado no pocos sacrificios y privaciones. Todo esto constituye una importante lección de vida también para vuestros coetáneos.

Como acaban de recordar, el deporte, practicado con pasión y atento sentido ético, especialmente por la juventud, se convierte en gimnasio de sana competición y perfeccionamiento físico, escuela de formación en los valores humanos y espirituales, medio privilegiado de crecimiento personal y de contacto con la sociedad. Asistiendo a estos campeonatos mundiales de natación y admirando los resultados conseguidos, no es difícil darse cuenta de cuántas potencialidades ha dotado Dios al cuerpo humano, y qué interesantes objetivos de perfección puede alcanzar.

Mi pensamiento se dirige al estupor del salmista que, contemplando el universo, canta la gloria de Dios y la grandeza del ser humano. “Al ver tu cielo, -leemos en el *Salmo 8*- hechura de tus dedos, la luna y las estrellas que fijaste tú, ¿qué es el hombre para que de él te acuerdes, el hijo del hombre para que de él te cuides? Apenas inferior a un dios lo hiciste, coronándolo de gloria y de esplendor” (4-6). Así pues, ¿cómo no dar gracias al Señor por haber dotado al cuerpo del hombre de tanta perfección; por haberlo enriquecido con una belleza y una armonía que se pueden expresar de tantos modos!

Las disciplinas deportivas, cada una con distintas modalidades, nos ayudan a apreciar este don que Dios nos ha dado. La Iglesia sigue y se interesa por el deporte, practicado no como un fin en sí mismo, sino como un medio,

como instrumento precioso para la formación perfecta y equilibrada de toda la persona. También en la Biblia encontramos interesantes referencias al deporte como imagen de la vida. Por ejemplo, el apóstol san Pablo lo considera un auténtico valor humano; no sólo lo utiliza como metáfora para ilustrar altos ideales éticos y ascéticos, sino también como medio para la formación del hombre y como parte de su cultura y de su civilización.

Vosotros, queridos atletas, sois modelo para vuestros coetáneos, y vuestro ejemplo puede ser determinante para ellos en la construcción positiva de su futuro. Así pues, ¡sed campeones en el deporte y en la vida! Antes se ha hecho alusión a Juan Pablo II, el cual, al encontrarse en octubre del año santo 2000 con el mundo del deporte, puso de relieve la gran importancia de la práctica deportiva, precisamente porque “puede favorecer en los jóvenes la afirmación de valores importantes como la lealtad, la perseverancia, la amistad, la comunión y la solidaridad” (*Homilía durante la misa en el jubileo de los deportistas*, 29 de octubre de 2000, n. 2: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 3 de noviembre de 2000, p. 5). Además, manifestaciones deportivas como la vuestra, gracias a los medios modernos de comunicación social, ejercen un notable impacto en la opinión pública, dado que el lenguaje del deporte es universal y llega especialmente a las nuevas generaciones. Hacer circular mensajes positivos a tra-

vés del deporte contribuye, por tanto, a construir un mundo más fraterno y solidario.

Queridos amigos deportistas de lengua francesa, me alegra recibirlos y saludaros cordialmente con ocasión de los campeonatos mundiales de natación. El deporte que practicáis es una escuela de generosidad, lealtad y respeto al otro. Ojalá favorezca el desarrollo de los valores de amistad y comunión entre las personas y entre los pueblos. Que Dios os bendiga.

Me alegra saludar a los atletas de lengua inglesa que participan en los campeonatos mundiales de la Federación internacional de natación, junto a los numerosos dirigentes, personal de apoyo, voluntarios y amigos que os han acompañado aquí en Roma estos días. Que vuestra búsqueda de la excelencia vaya acompañada de la gratitud por los dones que habéis recibido de Dios y por el deseo de ayudar a los demás a utilizar sus propios dones para construir un mundo mejor y más unido. Para vosotros y vuestras familias invoco las bendiciones de Dios de alegría y paz.

Saludo cordialmente a los atletas de lengua alemana que participan en los campeonatos mundiales de natación aquí en Roma. Queridos amigos, como competidores deportivos ofrecéis actuaciones muy elevadas y sois ejemplo para muchos jóvenes. Comprometeos en el mundo en que vivís por lo que

es bueno y duradero, a fin de que el deporte sirva para desarrollar los dones que Dios ha dado al hombre. Que el Señor os bendiga en vuestro camino.

Saludo cordialmente a los presentes de lengua española: atletas, dirigentes y cuantos han participado de varios modos en el campeonato mundial de natación. Os invito a seguir fomentando el deporte de acuerdo con los más altos valores humanos, de manera que favorezca el sano desarrollo físico de quienes lo practican, y sea así una propuesta para la formación integral de niños y jóvenes. Muchas gracias.

Queridos amigos de lengua portuguesa que tomáis parte en este campeonato mundial de natación, os saludo a todos cordialmente, aprovechando la ocasión para agradeceros la lección de vida que ofrecéis al mundo, hecha de disciplina y humanidad, de belleza artística y voluntad fuerte para vencer y sobre todo para vencerse a sí mismo. Invoco la ayuda de Dios para vosotros y vuestras familias, y os imparto la bendición apostólica.

Queridos amigos, y sobre todo vosotros, queridos atletas, al mismo tiempo que os doy las gracias por este encuentro cordial, os deseo que “nadéis” hacia ideales cada vez más inigualables. Os aseguro un recuerdo en la oración e invoco, por intercesión de la santísima Virgen María, la bendición divina sobre vosotros, sobre vuestras familias y sobre todos vuestros seres queridos.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
en el concierto de la “Bayerisches
Kammerorchester Bad Brückenau”
en honor del Santo Padre***

Patio del Palacio Apostólico de Castelgandolfo. Domingo, 2 de agosto de 2009

Distinguido decano Kemmer; distinguidos músicos; queridos amigos:

Hoy, por primera vez, después de un concierto tan bello, no he podido aplaudir con vigor. Así que me alegra más todavía poder expresar al señor Albrecht Mayer y a los músicos de la *Bayerisches Kammerorchester Bad Brückenau* el agradecimiento y la admiración de todos los presentes. Igualmente doy las gracias al decano Kilian Kemmer por sus palabras de saludo y a cuantos han organizado y hecho posible este concierto en Castelgandolfo. Para nosotros, naturalmente, la gran fascinación de esta tarde ha sido el sonido del oboe que usted, querido señor Mayer, nos ha brindado magistralmente.

Ha sido conmovedor observar cómo de un trozo de madera, de este instrumento, fluye todo un universo de música: lo insondable y lo gozoso, lo serio y lo gracioso, lo grandioso y lo humilde, el diálogo interior de las melodías. He pensado cuán magnífico es que en un pequeño fragmento creativo se esconda una promesa tal, que el maestro puede liberar. Y ello significa que toda la creación está llena de promesas y que

el hombre recibe el don de hojear, al menos un poco, este libro de promesas. Pienso que esta tarde nos invita no sólo a reservar las fuerzas naturales que nos ayudan a que emerjan las energías físicas, que son una promesa de la creación, sino también a guardar las promesas más profundas, mayores que las que esta música nos ha indicado, con el corazón vigilante, que nos permite comprender también este trozo de creación.

El programa de sala, con la descripción del concierto, nos ha introducido un poco en las obras de los compositores. Creo que para todos nosotros es conmovedor que tales maestros se hayan comportado como el buen padre de familia del Evangelio del que habla el Señor. No extraen sólo lo antiguo y lo nuevo de sus riquezas. Bajo el impulso de sus tareas, no sólo pueden crear siempre cosas nuevas, sino también volver a considerar lo antiguo; por eso se hacen visibles nuevas potencialidades que estaban presentes en la obra precedente. Este concierto, con los solos del oboe, ha cumplido la tarea de expresar nuevas potencialidades, en las que la música prosigue, permanece viva y renace en cada ejecución, como ahora.

Tengo presente que hoy en la Iglesia se celebra el día de la Porciúncula, que nos recuerda la milagrosa visión de san Francisco. En la pequeña iglesia de la Porciúncula, en Asís, vio al Señor, a su Madre y a los ángeles alrededor. El

Señor le concedió que expresara un deseo y san Francisco pidió poder llevar a casa el perdón. La petición fue aceptada; regresó a casa y dijo gozoso a sus hermanos: “Amigos, el Señor quiere ternos a todos en el paraíso”. Hoy pienso que deberíamos vivir este momento como una hora de paraíso, observar y escuchar el paraíso y la belleza incorrupta y el bien de la creación. No se trata de huir de la miseria de este mundo y de la cotidianidad, porque sólo podemos seguir contrarrestando el mal y las tinieblas si nosotros mismos creemos en el bien; y sólo podemos creer en el bien si lo experimentamos y lo vivimos como realidad. En esta hora hemos rozado el bien y la belleza con nuestro corazón.

Queridos amigos, he hablado en alemán porque los músicos y la mayor parte de los presentes son alemanes. Lamentablemente, después de los sucesos de la torre de Babel las lenguas nos separan, crean barreras. Pero en esta hora hemos visto y oído que existe una parte intacta del mundo, incluso después de la torre y de la soberbia de Babel, y es la música: el lenguaje que todos podemos entender, porque toca el corazón de todos nosotros. Esto nos da la garantía no sólo de que la bondad y la belleza de la creación de Dios no se han destruido, sino que estamos llamados y somos capaces de trabajar por el bien y la belleza, y son también una promesa de que llegará el mundo futuro, de que Dios vence, de que la belleza y la bondad vencen.

Por este consuelo en nuestro trabajo cotidiano, os damos las gracias a vosotros, músicos. Gracias a todos vosotros. Buena tarde y buena semana.

Palabras del Papa, Benedicto XVI, durante la proyección de la película “San Agustín”

Sala de los Suizos del Palacio Apostólico de Castelgandolfo. Miércoles, 2 de septiembre de 2009

Queridos amigos:

Al término de este gran viaje espiritual, que se ha realizado en la película que hemos visto, siento el deber de dar las gracias a cuantos nos han ofrecido esta proyección. Gracias a la Televisión bávara por su profuso empeño, y es una gran alegría que una observación más bien casual de hace tres años haya sido el inicio de un camino que ha llevado a esta grandiosa representación de la vida de san Agustín. Gracias a Lux Vide y gracias a Rai por esta realización.

En realidad, me parece que la película es un viaje espiritual a un continente espiritual muy distante de nosotros, y sin embargo muy cercano a nosotros, porque el drama humano es siempre el mismo. Hemos visto cómo, en un contexto para nosotros muy lejano, se representa toda la realidad de la vida humana, con todos los problemas, las tristezas, los fracasos, igual que

el hecho de que, al final, la Verdad es más fuerte que cualquier obstáculo y encuentra al hombre. Ésta es la gran esperanza que queda al final: nosotros no podemos encontrar solos la Verdad, pero la Verdad, que es Persona, nos encuentra. Exteriormente, la vida de san Agustín parece acabar de manera trágica: el mundo por el cual y en el cual ha vivido termina, es destruido. Pero como se ha afirmado aquí, su mensaje ha permanecido e, incluso en los cambios del mundo, perdura, porque viene de la Verdad y guía a la Caridad, que es nuestro destino común.

Gracias a todos. Esperemos que muchos, al ver este drama humano, puedan ser hallados por la Verdad y encontrar la Caridad.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, al grupo de patrocinadores del pabellón de la Santa Sede en la Exposición Internacional de Zaragoza

Jueves, 10 de septiembre de 2009

Querido Señor Arzobispo, Excelentísimo Señor Embajador, queridos hermanos

Me es grato recibirlos y dar la bienvenida a todos y a cada uno de vosotros, acompañados de vuestras familias, en este encuentro. Espero vivamente que vuestra visita a Roma, junto a las tum-

bas de los Apóstoles os fortalezca en la propia fe y llene vuestros corazones de alegría y paz.

Ante todo, deseo expresaros mi sincero agradecimiento por vuestra significativa colaboración con el Arzobispado de Zaragoza y la Nunciatura Apostólica en Madrid, en la realización del Pabellón de la Santa Sede para la Exposición Internacional de Zaragoza del año pasado.

Esta instalación, que fue una de las más visitadas y apreciadas, albergó una importante muestra del valioso patrimonio artístico, cultural y religioso, que custodia la Iglesia. Con esta iniciativa, se trató de ofrecer a sus numerosos visitantes una oportuna reflexión sobre la importancia y el valor primordial que tiene el agua para la vida del hombre.

Mediante su participación en la Exposición, la Santa Sede quiso además poner de manifiesto no sólo la imperiosa necesidad de proteger siempre el ambiente y la naturaleza, sino también descubrir su dimensión espiritual y religiosa más profunda. Hoy como nunca se ha de ayudar a las personas a que sepan ver en la creación algo más que una simple fuente de riqueza o de explotación en manos del hombre. En efecto, cuando Dios, con la creación, ha dado al hombre las llaves de la tierra, espera de él que sepa usar de este gran don haciéndolo fructificar de modo responsable y respetuoso. El ser humano descubre el valor intrínseco de

la naturaleza si aprende a verla como lo que es en realidad, expresión de un proyecto de amor y de verdad que nos habla del Creador y de su amor a la humanidad, y que encontrará su plenitud en Cristo, al final de los tiempos (cf. *Caritas in veritate*, 48). En este sentido, es oportuno recordar una vez más la estrecha relación que existe entre el cuidado del medio ambiente y el respeto a las exigencias éticas de la naturaleza humana, ya que «cuando se respeta la ecología humana en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia» (*Ibid.* 51).

Al final de este encuentro, deseo expresaros nuevamente mi reconocimiento por vuestra generosa colaboración, así como también a todas las personas, instituciones y empresas que participaron en ese importante y laudable proyecto. En esta circunstancia, os encomiendo de modo especial a la intercesión de la Virgen del Pilar, que ve bañadas sus plantas por las caudalosas aguas del río Ebro. Con estos vivos sentimientos, os imparto de corazón a vosotros y a vuestras familias mi Bendición Apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con los Patriarcas y
Arzobispos Mayores de las Iglesias
Orientales Católicas***

Castelgandolfo. Sábado, 19 de septiembre de 2009

Señores cardenales; Beatitudes; venerados patriarcas y arzobispos mayores:

Os saludo a todos cordialmente y os doy las gracias por haber aceptado la invitación a participar en este encuentro: a cada uno doy mi abrazo fraterno de paz. Saludo al cardenal, Tarcisio Bertone, mi secretario de Estado, y al cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales, así como al secretario y a los demás colaboradores del dicasterio.

Demos gracias a Dios por esta reunión de carácter informal, que nos permite escuchar la voz de las Iglesias a las que servís con admirable abnegación y fortalecer los vínculos de comunión que las unen a la Sede apostólica. Este encuentro me recuerda el del 24 de abril de 2005 junto a la tumba de san Pedro. Entonces, al inicio de mi pontificado, quise emprender una peregrinación ideal al corazón del Oriente cristiano: peregrinación que hoy conoce otra significativa etapa y que tengo intención de proseguir. En varias circunstancias me habéis solicitado un contacto más frecuente con el Obispo de Roma para hacer más sólida la comunión de vuestras Iglesias con el Sucesor de Pedro y examinar juntos, en cada ocasión, posibles temas de particular importancia. Esta propuesta la habéis renovado también en la última plenaria del dicasterio para las Iglesias orientales y en las Asambleas generales del Sínodo de los obispos.

Por mi parte, siento como deber principal promover la sinodalidad tan arraigada en la eclesiología oriental y acogida con aprecio por el concilio ecuménico Vaticano II. Comparto plenamente la estima que el Concilio manifestó a vuestras Iglesias en el decreto *Orientalium Ecclesiarum*, y que mi venerado predecesor, Juan Pablo II, reafirmó sobre todo en la exhortación apostólica *Orientalium Ecclesiarum*, así como el deseo de que las Iglesias orientales católicas “florezcan” para desempeñar “con renovado vigor apostólico la función que les ha sido confiada (...) de promover la unidad de todos los cristianos, sobre todo de los orientales, según el decreto sobre el ecumenismo” (*Orientalium Ecclesiarum*, 1 y 24). El horizonte ecuménico a menudo está vinculado al interreligioso. En estos dos ámbitos toda la Iglesia necesita la experiencia de convivencia que vuestras Iglesias han madurado desde el primer milenio cristiano.

Venerados hermanos, en este encuentro fraterno, durante vuestras intervenciones emergerán ciertamente los problemas que os preocupan y que podrán encontrar orientaciones adecuadas en las sedes competentes. Quiero aseguraros que os tengo constantemente presentes en mi pensamiento y en mi oración. No olvido, en particular, el *llamamiento de paz* que pusisteis en mis manos al final de la Asamblea del Sínodo de los obispos de octubre del año pasado.

Y hablando de paz, el pensamiento se dirige en primer lugar a las regiones de Oriente Medio. Por eso, aprovecho la ocasión para anunciar la Asamblea especial del Sínodo de los obispos para Oriente Medio, que he convocado y que se celebrará del 10 al 24 de octubre de 2010, sobre el tema: “La Iglesia católica en Oriente Medio: comunión y testimonio: “La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma” (*Hch* 4, 32)”.

A la vez que deseo que esta reunión aporte los frutos esperados, invocando la intercesión maternal de María santísima, de corazón os bendigo a vosotros y a todas las Iglesias orientales católicas.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los Obispos ordenados durante los últimos doce meses, que participaron en el encuentro organizado por las Congregaciones para los Obispos y para las Iglesias Orientales

Sala de los Suizos - Palacio Apostólico de Castelgandolfo. Lunes, 21 de septiembre de 2009

Queridos hermanos en el episcopado:

Gracias de corazón por vuestra visita, con ocasión del congreso organizado para los obispos que han emprendido desde hace poco su ministerio pastoral. Estas jornadas de reflexión,

oración y actualización son verdaderamente propicias para ayudaros, queridos hermanos, a familiarizaros mejor con las tareas que estáis llamados a llevar a cabo como pastores de comunidades diocesanas; también son jornadas de convivencia amistosa que constituyen una experiencia singular de la “*collegialitas affectiva*” que une a todos los obispos en un único cuerpo apostólico, juntamente con el Sucesor de Pedro, “fundamento perpetuo y visible de la unidad” (*Lumen gentium*, 23). Agradezco al cardenal, Giovanni Battista Re, prefecto de la Congregación para los obispos, las amables palabras que me ha dirigido en vuestro nombre; saludo al cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales, y al cardenal Pell, arzobispo de Sydney (Australia), y expreso mi agradecimiento a cuantos de varias formas colaboran en la organización de este encuentro anual.

Este año, como ha explicado ya el cardenal Re, vuestro congreso se enmarca en el contexto del Año sacerdotal, proclamado con motivo del 150° aniversario de la muerte de san Juan María Vianney. Como he escrito en la *carta* enviada con esta ocasión a todos los sacerdotes, este año especial “desea contribuir a promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo”. La imitación de Jesús, buen Pastor, es para todo sacerdote el camino obligatorio de su propia san-

tificación y la condición esencial para ejercer responsablemente el ministerio pastoral. Si esto vale para los presbíteros, vale todavía más para nosotros, queridos hermanos obispos. Más aún, es importante no olvidar que una de las tareas esenciales del obispo consiste precisamente en ayudar, con el ejemplo y con el apoyo fraterno, a los sacerdotes a seguir fielmente su vocación y a trabajar con entusiasmo y amor en la viña del Señor.

Al respecto, en la exhortación post-sinodal *Pastores gregis*, mi venerado predecesor Juan Pablo ii explicó que el gesto del sacerdote, cuando pone sus manos en las manos del obispo el día de su ordenación presbiteral, compromete a ambos: al sacerdote y al obispo. El nuevo presbítero decide encomendarse al obispo y, por su parte, el obispo se compromete a custodiar esas manos (cf. n. 47). Bien mirada, es una tarea solemne que se configura para el obispo como responsabilidad paterna en la custodia y promoción de la identidad sacerdotal de los presbíteros encomendados a su solicitud pastoral, una identidad que hoy por desgracia está sometida a dura prueba por la creciente secularización. El obispo, por tanto -prosigue la *Pastores gregis*-, “ha de tratar de comportarse siempre con sus sacerdotes como padre y hermano que los quiere, escucha, acoge, corrige, conforta, pide su colaboración y hace todo lo posible por su bienestar humano, espiritual, ministerial y económico” (*ib.*).

De modo especial, el obispo está llamado a alimentar la vida espiritual en los sacerdotes, para favorecer en ellos la armonía entre la oración y el apostolado, mirando al ejemplo de Jesús y de los Apóstoles, a quienes él llamó ante todo, como dice san Marcos, para que “estuvieran con él” (*Mc* 3, 14). De hecho, una condición indispensable para que produzca buenos frutos es que el sacerdote permanezca unido al Señor; aquí radica el secreto de la fecundidad de su ministerio: sólo si está incorporado a Cristo, verdadera Vid, produce fruto. La misión de un presbítero, y con mayor razón la de un obispo, conlleva hoy una cantidad tan grande de trabajo que tiende a absorberlo continua y totalmente. Las dificultades aumentan y las obligaciones se multiplican, entre otras razones porque afrontan realidades nuevas y mayores exigencias pastorales.

Con todo, la atención a los problemas de cada día y las iniciativas encaminadas a conducir a los hombres por el camino de Dios nunca deben distraernos de la unión íntima y personal con Cristo, de estar con él. Estar a disposición de la gente no debe disminuir u ofuscar nuestra disponibilidad hacia el Señor. El tiempo que el sacerdote y el obispo consagran a Dios en la oración siempre es el mejor empleado, porque la oración es el alma de la actividad pastoral, la “linfa” que le infunde fuerza; es el apoyo en los momentos de incertidumbre y desaliento, y el manantial inagotable de fervor misionero y de amor fraterno hacia todos.

En el centro de la vida sacerdotal está la Eucaristía. En la exhortación apostólica *Sacramentum caritatis* subrayé que “la santa misa es formativa en el sentido más profundo de la palabra, pues promueve la configuración con Cristo y consolida al sacerdote en su vocación” (n. 80). Así pues, que la celebración eucarística ilumine toda vuestra jornada y la de vuestros sacerdotes, imprimiendo su gracia y su influjo espiritual en los momentos tristes o alegres, agitados o tranquilos, de acción o de contemplación.

Un modo privilegiado de prolongar en la jornada la misteriosa acción santificadora de la Eucaristía es el rezo fervoroso de la Liturgia de las Horas, como también la adoración eucarística, la *lectio divina* y la oración contemplativa del rosario. El santo cura de Ars nos enseña cuán preciosos son la compenetración del sacerdote con el

sacrificio eucarístico y la educación de los fieles en la presencia eucarística y en la comunión. Con la Palabra y los sacramentos -recordé en la carta a los sacerdotes- san Juan María Vianney edificó a su pueblo. El vicario general de la diócesis de Belley, al nombrarlo como párroco de Ars, le dijo: “No hay mucho amor de Dios en esa parroquia; usted lo pondrá”. Y aquella parroquia se transformó.

Queridos nuevos obispos, gracias por el servicio que prestáis a la Iglesia con entrega y amor. Os saludo con afecto y os aseguro mi constante apoyo, así como mi oración para que “vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca” (Jn 15, 16). Por ello invoco la intercesión de María *Regina Apostolorum*, e imparto de corazón sobre vosotros, sobre vuestros sacerdotes y sobre vuestras comunidades diocesanas una especial bendición apostólica.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María

Parroquia de Santo Tomás de Villanueva, Castel Gandolfo. Sábado, 15 de agosto de 2009

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Con la solemnidad de hoy culmina el ciclo de las grandes celebraciones litúrgicas en las que estamos llamados a contemplar el papel de la santísima Virgen María en la historia de la salvación. En efecto, la Inmaculada Concepción, la Anunciación, la Maternidad divina y la Asunción son etapas fundamentales, íntimamente relacionadas entre sí, con las que la Iglesia exalta y canta el

glorioso destino de la Madre de Dios, pero en las que podemos leer también nuestra historia.

El misterio de la concepción de María evoca la primera página de la historia humana, indicándonos que, en el designio divino de la creación, el hombre habría debido tener la pureza y la belleza de la Inmaculada. Aquel designio comprometido, pero no destruido por el pecado, mediante la Encarnación del Hijo de Dios, anunciada y realizada en María, fue recompuesto y restituido a la libre aceptación del hombre en la fe. Por último, en la Asunción de María contemplamos lo que estamos llamados a alcanzar en el seguimiento de Cristo Señor y en la obediencia a su Palabra, al final de nuestro camino en la tierra.

La última etapa de la peregrinación terrena de la Madre de Dios nos invita a mirar el modo como ella recorrió su camino hacia la meta de la eternidad gloriosa.

En el pasaje del Evangelio que acabamos de proclamar, san Lucas narra que María, después del anuncio del ángel, “se puso en camino y fue apri- sa a la montaña” para visitar a Isabel (Lc 1, 39). El evangelista, al decir esto, quiere destacar que para María seguir su vocación, dócil al Espíritu de Dios, que ha realizado en ella la encarnación del Verbo, significa recorrer una nueva senda y emprender en seguida un camino fuera de su casa, dejándose conducir solamente por Dios. San Ambro-

sio, comentando la “prisa” de María, afirma: “La gracia del Espíritu Santo no admite lentitud” (*Expos. Evang. sec. Lucam*, II, 19: pl 15, 1560). La vida de la Virgen es dirigida por Otro -”He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38)-, está modelada por el Espíritu Santo, está marcada por acontecimientos y encuentros, como el de Isabel, pero sobre todo por la especialísima relación con su hijo Jesús. Es un camino en el que María, conservando y meditando en el corazón los acontecimientos de su existencia, descubre en ellos de modo cada vez más profundo el misterioso designio de Dios Padre para la salvación del mundo.

Además, siguiendo a Jesús desde Belén hasta el destierro en Egipto, en la vida oculta y en la pública, hasta el pie de la cruz, María vive su constante ascensión hacia Dios en el espíritu del *Magnificat*, aceptando plenamente, incluso en el momento de la oscuridad y del sufrimiento, el proyecto de amor de Dios y alimentando en su corazón el abandono total en las manos del Señor, de forma que es paradigma para la fe de la Iglesia (cf. *Lumen gentium*, 64-65).

Toda la vida es una ascensión, toda la vida es meditación, obediencia, confianza y esperanza, incluso en medio de la oscuridad; y toda la vida es esa “sagrada prisa”, que sabe que Dios es siempre la prioridad y ninguna otra cosa debe crear prisa en nuestra existencia.

Y, por último, la Asunción nos recuerda que la vida de María, como la de todo cristiano, es un camino de seguimiento, de seguimiento de Jesús, un camino que tiene una meta bien precisa, un futuro ya trazado: la victoria definitiva sobre el pecado y sobre la muerte, y la comunión plena con Dios, porque -como dice san Pablo en la carta a los Efesios- el Padre “nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús” (*Ef* 2, 6). Esto quiere decir que, con el bautismo, fundamentalmente ya hemos resucitado y estamos sentados en los cielos en Cristo Jesús, pero debemos alcanzar corporalmente lo que el bautismo ya ha comenzado y realizado. En nosotros la unión con Cristo, la resurrección, es imperfecta, pero para la Virgen María ya es perfecta, a pesar del camino que también la Virgen tuvo que hacer. Ella ya entró en la plenitud de la unión con Dios, con su Hijo, y nos atrae y nos acompaña en nuestro camino.

Así pues, en María elevada al cielo contemplamos a Aquélla que, por singular privilegio, ha sido hecha partícipe con alma y cuerpo de la victoria definitiva de Cristo sobre la muerte. “Terminado el curso de su vida en la tierra -dice el concilio Vaticano II-, fue llevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo y elevada al trono por el Señor como Reina del universo, para ser conformada más plenamente a su Hijo, Señor de los señores (cf. *Ap* 19, 16) y vencedor del pecado y de la muerte” (*Lumen gentium*, 59). En la Virgen elevada al

cielo contemplamos la coronación de su fe, del camino de fe que ella indica a la Iglesia y a cada uno de nosotros: Aquella que en todo momento acogió la Palabra de Dios, fue elevada al cielo, es decir, fue acogida ella misma por el Hijo, en la “morada” que nos ha preparado con su muerte y resurrección (cf. *Jn* 14, 2-3).

La vida del hombre en la tierra -como nos ha recordado la primera lectura- es un camino que se recorre constantemente en la tensión de la lucha entre el dragón y la mujer, entre el bien y el mal. Ésta es la situación de la historia humana: es como un viaje en un mar a menudo borrascoso; María es la estrella que nos guía hacia su Hijo Jesús, sol que brilla sobre las tinieblas de la historia (cf. *Spe salvi*, 49) y nos da la esperanza que necesitamos: la esperanza de que podemos vencer, de que Dios ha vencido y de que, con el bautismo, hemos entrado en esta victoria. No sucumbimos definitivamente: Dios nos ayuda, nos guía. Ésta es la esperanza: esta presencia del Señor en nosotros, que se hace visible en María elevada al cielo. “Ella (...) -leeremos dentro de poco en el prefacio de esta solemnidad- es consuelo y esperanza de tu pueblo, todavía peregrino en la tierra”.

Con san Bernardo, cantor místico de la santísima Virgen, la invocamos así: “Te rogamos, bienaventurada Virgen María, por la gracia que encontraste, por las prerrogativas que mereciste, por la Misericordia que tú diste a

luz, haz que aquél que por ti se dignó hacerse partícipe de nuestra miseria y debilidad, por tu intercesión nos haga partícipes de sus gracias, de su bienaventuranza y gloria eterna, Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, que está sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén” (*Sermo 2 de Adventu, 5: pl 183, 43*).

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Celebración Eucarística del Papa con sus ex alumnos

Capilla del centro de congresos Mariápolis de Castelgandolfo. Domingo, 30 de agosto de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

En el Evangelio, encontramos uno de los temas fundamentales de la historia religiosa de la humanidad: la cuestión de la pureza del hombre ante Dios. Al dirigir la mirada hacia Dios, el hombre reconoce que está “contaminado” y se encuentra en una condición en la que no puede acceder al Santo. Surge así la pregunta sobre cómo puede llegar a ser puro, liberarse de la “suciedad” que lo separa de Dios. De este modo han nacido, en las distintas religiones, ritos purificatorios, caminos de purificación interior y exterior. En el Evangelio de hoy, encontramos ritos de purificación, que están arraigados en la tradición veterotestamentaria, pero que se gestionan de una manera muy unilateral. Por

consiguiente, ya no sirven para que el hombre se abra a Dios, ya no son caminos de purificación y salvación, sino que se convierten en elementos de un sistema autónomo de cumplimientos que, para ejecutarlos verdaderamente en plenitud, requiere incluso especialistas. Ya no se llega al corazón del hombre. El hombre que se mueve dentro de este sistema, o se siente esclavizado o cae en la soberbia de creer que se puede justificar a sí mismo.

La exégesis liberal dice que en este Evangelio se revelaría el hecho de que Jesús habría sustituido el culto con la moral. Habría dejado a un lado el culto con todas sus prácticas inútiles. Ahora la relación entre el hombre y Dios se basaría únicamente en la moral. Si esto fuera verdad, significaría que el cristianismo, en su esencia, es moralidad, es decir, que nosotros mismos nos hacemos puros y buenos mediante nuestra conducta moral. Si reflexionamos más profundamente en esta opinión, resulta obvio que no puede ser la respuesta completa de Jesús a la cuestión sobre la pureza. Si queremos oír y comprender plenamente el mensaje del Señor, entonces debemos escuchar también plenamente, no podemos contentarnos con un detalle, sino que debemos prestar atención a todo su mensaje. En otras palabras, tenemos que leer enteramente los Evangelios, todo el Nuevo Testamento y el Antiguo junto con él.

La primera lectura de hoy, tomada del *Libro del Deuteronomio*, nos ofrece

un detalle importante de una respuesta y nos hace dar un paso adelante. Aquí escuchamos algo tal vez sorprendente para nosotros, es decir, que Dios mismo invita a Israel a ser agradecido y a sentir un humilde orgullo por el hecho de conocer la voluntad de Dios y así de ser sabio. Precisamente en ese período la humanidad, tanto en el ambiente griego como en el semita, buscaba la sabiduría: trataba de comprender lo que cuenta. La ciencia nos dice muchas cosas y nos es útil en muchos aspectos, pero la sabiduría es conocimiento de lo esencial, conocimiento del fin de nuestra existencia y de cómo debemos vivir para que la vida se desarrolle del modo justo.

La lectura tomada del *Deuteronomio* alude al hecho de que la sabiduría, en último término, se identifica con la Torá, con la Palabra de Dios que nos revela qué es lo esencial, para qué fin y de qué manera debemos vivir. Así la Ley no se presenta como una esclavitud sino que es -de modo semejante a lo que se dice en el gran *Salmo* 119- causa de una gran alegría: nosotros no caminamos a tientas en la oscuridad, no vamos vagando en vano en busca de lo que podría ser recto, no somos como ovejas sin pastor, que no saben dónde está el camino correcto. Dios se ha manifestado. Él mismo nos indica el camino. Conocemos su voluntad y, con ello, la verdad que cuenta en nuestra vida. Son dos las cosas que se nos dicen acerca de Dios: por una parte, que él se ha manifestado y nos indica

el camino correcto; por otra, que Dios es un Dios que escucha, que está cerca de nosotros, nos responde y nos guía. Con ello, se toca también el tema de la pureza: su voluntad nos purifica, su cercanía nos guía.

Creo que vale la pena detenerse un momento en la alegría de Israel por el hecho de conocer la voluntad de Dios y haber recibido así en regalo la sabiduría que nos cura y que no podemos hallar solos. ¿Existe entre nosotros, en la Iglesia de hoy, un sentimiento semejante de alegría por la cercanía de Dios y por el don de su Palabra? Quien quisiera mostrar esa alegría en seguida sería acusado de triunfalismo. Pero precisamente no es nuestra habilidad la que nos indica la verdadera voluntad de Dios. Es un don inmerecido que nos hace al mismo tiempo humildes y alegres. Si reflexionamos sobre la perplejidad del mundo ante las grandes cuestiones del presente y del futuro, entonces también dentro de nosotros debería brotar nuevamente la alegría por el hecho de que Dios nos ha mostrado gratuitamente su rostro, su voluntad, a sí mismo. Si esta alegría resurge en nosotros, tocará también el corazón de los no creyentes. Sin esta alegría no somos capaces de convencer. Pero esa alegría, donde está presente, incluso sin pretenderlo, posee una fuerza misionera. En efecto, suscita en los hombres la pregunta de si aquí se halla verdaderamente el camino, si esta alegría guía efectivamente tras las huellas de Dios mismo.

Todo esto se halla más profundizado en el pasaje, tomado de la *carta de Santiago*, que la Iglesia nos propone hoy. Me gusta mucho la *Carta de Santiago* sobre todo porque, gracias a ella, podemos hacernos una idea de la devoción de la familia de Jesús. Era una familia observante. Observante en el sentido de que vivía la alegría deuteronomica por la cercanía de Dios, que se nos da en su Palabra y en su Mandamiento. Es un tipo de observancia totalmente distinta de la que encontramos en los fariseos del Evangelio, que habían hecho de ella un sistema exteriorizado y esclavizante. También es un tipo de observancia distinto de la que Pablo, como rabino, había aprendido: era -como vemos en sus cartas- la observancia de un especialista que conocía todo y sabía todo; que estaba orgulloso de su conocimiento y de su justicia, y que, sin embargo, sufría bajo el peso de las prescripciones, de tal forma que la Ley no aparecía ya como guía gozosa hacia Dios, sino más bien como una exigencia que, en definitiva, no se podía cumplir.

En la *carta de Santiago* hallamos la observancia que no se mira a sí misma, sino que se dirige gozosamente hacia el Dios cercano, que nos da su cercanía y nos indica el camino correcto. Así la *carta de Santiago* habla de la Ley perfecta de la libertad y con ello entiende la comprensión nueva y profunda de la Ley que el Señor nos ha dado. Para Santiago, la Ley no es una exigencia que pretende demasiado de nosotros,

que está ante nosotros desde el exterior y no puede nunca ser satisfecha. Él piensa en la perspectiva que encontramos en una frase de los discursos de despedida de Jesús: “Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (*Jn* 15, 15). Aquél a quien se ha revelado todo, pertenece a la familia; ya no es siervo, sino libre, porque precisamente él mismo forma parte de la casa. Una introducción inicial parecida en el pensamiento de Dios mismo sucedió a Israel en el monte Sinaí. Ocurrió luego de modo definitivo y grande en el Cenáculo y, en general, mediante la obra, la vida, la pasión y la resurrección de Jesús: en él Dios nos lo ha dicho todo, se ha manifestado completamente. Ya no somos siervos, sino amigos. Y la Ley ya no es una prescripción para personas no libres, sino que es el contacto con el amor de Dios, es ser introducidos a formar parte de la familia, acto que nos hace libres y “perfectos”. En este sentido nos dice Santiago, en la lectura de hoy, que el Señor nos ha engendrado por medio de su Palabra, que ha plantado su Palabra en nuestro interior como fuerza de vida.

Aquí se habla también de la “religión pura” que consiste en el amor al prójimo -especialmente a los huérfanos y las viudas, a los que tienen más necesidad de nosotros- y en la libertad frente a las modas de este mundo, que nos contaminan. La Ley, como palabra del amor,

no es una contradicción a la libertad, sino una renovación desde dentro mediante la amistad con Dios. Algo semejante se manifiesta cuando Jesús, en el discurso sobre la vid, dice a los discípulos: “Vosotros estáis ya limpios gracias a la Palabra que os he anunciado” (*Jn* 15, 3). Y otra vez aparece lo mismo en la Oración sacerdotal: Vosotros sois santificados en la verdad (cf. *Jn* 17, 17-19). Así encontramos ahora la estructura justa del proceso de purificación y de pureza: no somos nosotros quienes creamos lo que es bueno -esto sería un simple moralismo-, sino que es la Verdad la que nos sale al encuentro. Él mismo es la Verdad, la Verdad en persona. La pureza es un acontecimiento dialógico. Comienza con el hecho de que él nos sale al encuentro -él que es la Verdad y el Amor-, nos toma de la mano, se compenetra con nuestro ser. En la medida en que nos dejamos tocar por él, en que el encuentro se convierte en amistad y amor, llegamos a ser nosotros mismos, a partir de su pureza, personas puras y luego personas que aman con su amor, personas que introducen también a otros en su pureza y en su amor.

San Agustín resumió todo este proceso en la hermosa expresión: “*Da quod iubes et iube quod vis*”, “Concede lo que mandas y luego manda lo que quieras”. En este momento queremos poner ante el Señor esta petición y rogarle: Sí, purifícanos en la verdad. Sé tú la Verdad que nos hace puros. Haz que mediante la amistad contigo seamos libres y así

verdaderamente hijos de Dios, haz que seamos capaces de sentarnos a tu mesa y difundir en este mundo la luz de tu pureza y bondad. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
para la ordenación episcopal de
cinco sacerdotes, en la capilla papal***

Fiesta litúrgica del Dulce Nombre de María. Sábado, 12 de septiembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Saludamos con afecto y nos unimos cordialmente a la alegría de estos cinco hermanos nuestros presbíteros a quienes el Señor ha llamado a ser sucesores de los Apóstoles: monseñor Gabriele Giordano Caccia, monseñor Franco Coppola, monseñor Pietro Parolin, monseñor Raffaello Martinelli y monseñor Giorgio Corbellini. Doy las gracias a cada uno de ellos por el servicio fiel que han prestado a la Iglesia trabajando en la Secretaría de Estado, en la Congregación para la doctrina de la fe o en la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano, y estoy seguro de que, con el mismo amor a Cristo y con el mismo celo por las almas, desempeñarán en los nuevos campos de acción pastoral el ministerio que hoy se les confía con la ordenación episcopal. Según la Tradición apostólica, este sacramento se confiere mediante la imposición de manos y la oración. La impo-

sición de manos se realiza en silencio. La palabra humana enmudece. El alma se abre en silencio a Dios, cuya mano se alarga hacia el hombre, lo toma para sí y, a la vez, lo cubre para protegerlo, a fin de que, a continuación, sea totalmente propiedad de Dios, le pertenezca del todo e introduzca a los hombres en las manos de Dios.

Pero, como segundo elemento fundamental del acto de consagración, sigue después la oración. La ordenación episcopal es un acontecimiento de oración. Ningún hombre puede hacer a otro sacerdote u obispo. Es el Señor mismo quien, a través de la palabra de la oración y del gesto de la imposición de manos, asume a ese hombre totalmente a su servicio, lo atrae a su propio sacerdocio. Él mismo consagra a los elegidos. Él mismo, el único Sumo Sacerdote, que ofreció el único sacrificio por todos nosotros, le concede la participación en su sacerdocio, para que su Palabra y su obra estén presentes en todos los tiempos.

Por esta conexión entre la oración y la actuación de Cristo sobre el hombre, la Iglesia en su liturgia ha desarrollado un signo elocuente. Durante la oración de ordenación, se abre sobre el candidato el Evangelionario, el libro de la Palabra de Dios. El Evangelio debe penetrar en él; la Palabra viva de Dios debe, por así decirlo, invadirlo. El Evangelio, en el fondo, no es sólo palabra; Cristo mismo es el Evangelio. Con la Palabra, la vida misma de Cristo debe invadir a aquel hombre, de mane-

ra que se convierta totalmente en una sola cosa con él, que Cristo viva en él y dé a su vida forma y contenido. De esta manera debe realizarse en él lo que en las lecturas de la liturgia de hoy se presenta como la esencia del ministerio sacerdotal de Cristo. El consagrado debe ser colmado del Espíritu de Dios y vivir a partir de él. Debe llevar a los pobres el alegre anuncio, la verdadera libertad y la esperanza que permite vivir al hombre y lo sana. Debe establecer el sacerdocio de Cristo en medio de los hombres, el sacerdocio según el modo de Melquisedec, esto es, el reino de la justicia y de la paz. Como los setenta y dos discípulos enviados por el Señor, debe llevar sanación, ayudar a curar la herida interior del hombre, su lejanía de Dios. El bien primero y esencial del que tiene necesidad el hombre es la cercanía de Dios mismo. El reino de Dios, del que se habla en el pasaje evangélico de hoy, no es algo "junto" a Dios, alguna condición del mundo: es sencillamente la presencia de Dios mismo, que es la fuerza verdaderamente sanadora.

Jesús sintetizó todos estos múltiples aspectos de su sacerdocio en la única frase: "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (*Mc* 10, 45). Servir y en ello donarse uno mismo; ser no para uno mismo, sino para los demás, de parte de Dios y con vista a Dios: éste es el núcleo más profundo de la misión de Jesucristo y, a la vez, la verdadera esencia de su sacerdocio. Así, él hizo del término "siervo" su más ele-

vado título de honor. Con ello, llevó a cabo un vuelco de los valores; nos donó una nueva imagen de Dios y del hombre. Jesús no viene como uno de los señores de este mundo, sino que él, que es el verdadero Señor, viene como siervo. Su sacerdocio no es dominio, sino servicio: este es el nuevo sacerdocio de Jesucristo al modo de Melquisedec.

San Pablo formuló la esencia del ministerio apostólico y sacerdotal de forma muy clara. Ante los conflictos que existían en la Iglesia de Corinto entre corrientes distintas que se referían a apóstoles diversos, pregunta: ¿Pero qué es un apóstol? ¿Qué es Apolo? ¿Qué es Pablo? Son siervos; cada uno según lo que el Señor le dio (cf. *1 Co 3, 5*). “Es preciso que los hombres vean en nosotros a siervos de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Por lo demás, lo que en fin de cuentas se exige de los administradores es que sean fieles” (*1 Co 4, 1-2*). En Jerusalén, en la última semana de su vida, Jesús mismo habló en dos parábolas de los siervos a quienes el Señor encomienda sus bienes en el tiempo del mundo, y subrayó tres características del modo en que se debe servir, en las que se concreta también la imagen del ministerio sacerdotal. Demos ahora una breve mirada sobre estas características para contemplar, con los ojos de Jesús mismo, la tarea que vosotros, queridos amigos, estáis llamados a asumir en esta hora.

La primera característica que el Señor pide al siervo es la fidelidad. Le ha sido confiado un gran bien, que no le per-

tenece. La Iglesia no es la Iglesia nuestra, sino su Iglesia, la Iglesia de Dios. El siervo debe dar cuentas sobre la gestión del bien que se le ha encomendado. No atamos a los hombres a nosotros; no buscamos poder, prestigio, estima para nosotros mismos. Conducimos a los hombres hacia Jesucristo y así hacia el Dios vivo. Con ello, los introducimos en la verdad y en la libertad, que deriva de la verdad. La fidelidad es altruismo, y precisamente así es liberadora para el ministro mismo y para cuantos le son confiados. Sabemos cómo las cosas en la sociedad civil, y no raramente también en la Iglesia, sufren por el hecho de que muchos de aquéllos a quienes les ha sido conferida una responsabilidad trabajan para sí mismos y no para la comunidad, por el bien común. El Señor traza con pocas líneas una imagen del siervo malvado que se pone a comer y beber con borrachos y a golpear a los criados traicionando así la esencia de su encargo. En griego, la palabra que indica “fidelidad” coincide con la que indica “fe”. La fidelidad del siervo de Jesucristo consiste precisamente también en el hecho de que no busca adecuar la fe a las modas del tiempo. Sólo Cristo tiene palabras de vida eterna, y debemos llevar estas palabras a la gente. Son el bien más precioso que se nos ha confiado. Esta fidelidad no tiene nada de estéril ni de estático; es creativa. El dueño reprocha al siervo que había escondido bajo tierra el bien que se le había entregado, para evitar todo riesgo. Con esta aparente fidelidad, el siervo en realidad dejó de lado el bien del dueño para poderse dedicar exclusi-

vamente a sus propios asuntos. Fidelidad no es temor, sino que está inspirada por el amor y por su dinamismo. El dueño alaba al siervo que ha hecho fructificar sus bienes. La fe requiere que sea transmitida: no se nos ha entregado sólo para nosotros mismos, para la salvación personal de nuestra alma, sino para los demás, para este mundo y para nuestro tiempo. Debemos situarla en este mundo, para que en él se transforme en una fuerza viva; para que aumente en él la presencia de Dios.

La segunda característica que Jesús pide al siervo es la prudencia. Aquí es necesario eliminar inmediatamente un malentendido. La prudencia es algo distinto de la astucia. Prudencia, según la tradición filosófica griega, es la primera de las virtudes cardinales; indica el primado de la verdad, que mediante la “prudencia” se convierte en criterio de nuestra actuación. La prudencia exige la razón humilde, disciplinada y vigilante, que no se deja ofuscar por prejuicios; no juzga según deseos y pasiones, sino que busca la verdad, también la verdad incómoda. Prudencia significa ponerse en busca de la verdad y actuar conforme a ella. El siervo prudente es ante todo un hombre de verdad y un hombre de la razón sincera. Dios, a través de Jesucristo, nos ha abierto de par en par la ventana de la verdad que, ante nuestras solas fuerzas, se queda con frecuencia estrecha y sólo en parte transparente. Él nos muestra en la Sagrada Escritura y en la fe de la Iglesia la verdad esencial del hom-

bre, que imprime la dirección justa a nuestra actuación. Así, la primera virtud cardinal del sacerdote ministro de Jesucristo consiste en dejarse plasmar por la verdad que Cristo nos muestra. De esta manera, nos transformamos en hombres verdaderamente razonables, que juzgan según el conjunto y no a partir de detalles casuales. No nos dejamos guiar por la pequeña ventana de nuestra astucia personal, sino que, desde la gran ventana que Cristo nos ha abierto sobre toda la verdad, contemplamos el mundo y a los hombres y reconocemos así qué es lo que cuenta verdaderamente en la vida.

La tercera característica de la que Jesús habla en las parábolas del siervo es la bondad: “Siervo bueno y fiel... entra en el gozo de tu señor” (Mt 25, 21.23). Se nos puede aclarar lo que se entiende con la característica de la “bondad” si pensamos en el encuentro de Jesús con el joven rico. Este hombre se dirigió a Jesús llamándolo “Maestro bueno” y recibió la sorprendente respuesta: “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios” (Mc 10, 17 s). Bueno, en sentido pleno, es sólo Dios. Él es el Bien, el Bueno por excelencia, la Bondad en persona. Por lo tanto, en una criatura -en el hombre- el ser bueno se basa necesariamente en una profunda orientación interior hacia Dios. La bondad crece uniéndose interiormente al Dios vivo. La bondad presupone sobre todo una viva comunión con Dios, el Bueno, una creciente unión interior con él. En efecto: ¿de quién más se po-

dría aprender la bondad sino de Aquél que nos ha amado hasta el final, hasta el extremo? (cf. *Jn* 13, 1). Nos convertimos en siervos buenos mediante nuestra relación viva con Jesucristo. Sólo si nuestra vida se desarrolla en el diálogo con él; sólo si su ser, sus características, penetran en nosotros y nos plasman, podemos transformarnos en siervos verdaderamente buenos.

En el calendario de la Iglesia se recuerda hoy el Nombre de María. En ella, que estaba y está totalmente unida al Hijo, a Cristo, los hombres han encontrado en las tinieblas y en los sufrimientos de este mundo el rostro de la Madre, que nos da valentía para seguir adelante. En la tradición occidental el nombre “María” se ha traducido como “Estrella del Mar”. Así se expresa precisamente esta experiencia: ¡cuántas veces la historia en la que vivimos aparece como un mar oscuro que azota amenazadoramente con sus olas la barca de nuestra vida! A veces la noche parece impenetrable. Con frecuencia puede crearse la impresión de que sólo el mal tiene poder y Dios está

infinitamente lejos. A menudo entreve- mos sólo de lejos la gran Luz, Jesucristo, que ha vencido la muerte y el mal. Pero entonces contemplamos muy próxima la luz que se encendió cuando María dijo: “He aquí la sierva del Señor”. Vemos la clara luz de la bondad que emana de ella. En la bondad con la que ella acogió y siempre sale de nuevo al encuentro de las grandes y pequeñas aspiraciones de muchos hombres, reconocemos de manera muy humana la bondad de Dios mismo. Con su bondad trae siempre de nuevo a Jesucristo, y así la gran Luz de Dios, al mundo. Él nos dio a su Madre como Madre nuestra, para que aprendamos de ella a pronunciar el “sí” que nos hace ser buenos.

Queridos amigos, en esta hora rogam- os por vosotros a la Madre del Señor, a fin de que os conduzca siempre hacia su Hijo, fuente de toda bondad. Y ora- mos para que os convirtáis en siervos fieles, prudentes y buenos, y así podáis oír un día del Señor de la historia las palabras: Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu señor. Amén.

MENSAJES

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, para la Jornada Mundial de las Misiones 2009

“Las naciones caminarán en su luz” (Ap 21, 24)

En este domingo, dedicado a las misiones, me dirijo ante todo a vosotros, Hermanos en el ministerio episcopal y sacerdotal, y también a vosotros, hermanos y hermanas de todo el Pueblo de Dios, para exhortar a cada uno a

reavivar en sí mismo la conciencia del mandato misionero de Cristo de hacer “discípulos a todos los pueblos” (Mt 28,19), siguiendo los pasos de san Pablo, el Apóstol de las Gentes.

“Las naciones caminarán en su luz” (Ap 21,24). Objetivo de la misión de la Iglesia es en efecto iluminar con la luz del Evangelio a todos los pueblos en su camino histórico hacia Dios, para que en Él tengan su realización plena y su cumplimiento. Debemos sentir el ansia y la pasión por iluminar a todos los pueblos, con la luz de Cristo, que brilla en el rostro de la Iglesia, para que todos se reúnan en la única familia humana, bajo la paternidad amorosa de Dios.

Es en esta perspectiva que los discípulos de Cristo dispersos por todo el mundo trabajan, se esfuerzan, gimen bajo el peso de los sufrimientos y donan la vida. Reafirmo con fuerza lo que ha sido varias veces dicho por mis venerados Predecesores: la Iglesia no actúa para extender su poder o afirmar su dominio, sino para llevar a todos a Cristo, salvación del mundo. Nosotros no pedimos sino el ponernos al servicio de la humanidad, especialmente de aquella más sufriende y marginada, porque creemos que “el esfuerzo orientado al anuncio del Evangelio a los hombres de nuestro tiempo... es sin duda alguna un servicio que se presenta a la comunidad cristiana e incluso a toda la humanidad” (*Evangelii nuntiandi*, 1), la cual “está conociendo grandes conquistas, pero parece haber

perdido el sentido de las realidades últimas y de la misma existencia” (*Redemptoris missio*, 2).

1. *Todos los Pueblos llamados a la salvación*

La humanidad entera tiene la vocación radical de regresar a su fuente, que es Dios, el único en Quien encontrará su realización final mediante la restauración de todas las cosas en Cristo. La dispersión, la multiplicidad, el conflicto, la enemistad serán repacificadas y reconciliadas mediante la sangre de la Cruz, y reconducidas a la unidad.

El nuevo inicio ya comenzó con la resurrección y exaltación de Cristo, que atrae a sí todas las cosas, las renueva, las hace partícipes del eterno gozo de Dios. El futuro de la nueva creación brilla ya en nuestro mundo y enciende, aunque en medio de contradicciones y sufrimientos, la esperanza de una vida nueva. La misión de la Iglesia es la de “contagiar” de esperanza a todos los pueblos. Para esto Cristo llama, justifica, santifica y envía a sus discípulos a anunciar el Reino de Dios, para que todas las naciones lleguen a ser Pueblo de Dios. Es sólo al interno de dicha misión que se comprende y autentifica el verdadero camino histórico de la humanidad. La misión universal debe convertirse en una constante fundamental de la vida de la Iglesia. *Anunciar el Evangelio debe ser para nosotros, como lo fue para el apóstol Pablo, un compromiso impostergable y primario.*

2. *Iglesia peregrina*

La Iglesia universal, sin confines y sin fronteras, se siente responsable del anuncio del Evangelio a pueblos enteros (cf. *Evangelii nuntiandi*, 53). Ella, germen de esperanza por vocación, debe continuar el servicio de Cristo al mundo. Su misión y su servicio no son a la medida de las necesidades materiales o incluso espirituales que se agotan en el marco de la existencia temporal, sino de una salvación trascendente, que se actúa en el Reino de Dios (cf. *Evangelii nuntiandi*, 27). Este Reino, aun siendo en su plenitud escatológico y no de este mundo (cf. *Jn* 18,36), es también *en* este mundo y en su historia fuerza de justicia, de paz, de verdadera libertad y de respeto de la dignidad de cada hombre. La Iglesia busca transformar el mundo con la proclamación del Evangelio del amor, “que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar... y así llevar la luz de Dios al mundo” (*Deus caritas est*, 39). Es a esta misión y servicio que, con este Mensaje, llamo a participar a todos los miembros e instituciones de la Iglesia.

3. *Missio ad gentes*

De este modo, la misión de la Iglesia es la de llamar a todos los pueblos a la salvación operada por Dios a través de su Hijo encarnado. Es necesario por lo tanto renovar el compromiso de anunciar el Evangelio, que es fermento de libertad y de progreso, de fraternidad,

de unidad y de paz (cf. *Ad gentes*, 8). Deseo “confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia” (*Evangelii nuntiandi*, 14), tarea y misión que los amplios y profundos cambios de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Está en cuestión la salvación eterna de las personas, el fin y la realización misma de la historia humana y del universo. Animados e inspirados por el Apóstol de las gentes, debemos ser conscientes de que Dios tiene un pueblo numeroso en todas las ciudades recorridas también por los apóstoles de hoy (cf. *Hch* 18,10). En efecto “la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos y, además, para todos los que llame el Señor nuestro Dios, aunque estén lejos” (*Hch* 2,39).

La Iglesia entera debe comprometerse en la *missio ad gentes*, hasta que la soberanía salvadora de Cristo se realice plenamente: “Pero ahora no vemos todavía que todo le esté sometido” (*Hb* 2,8).

4. *Llamados a evangelizar también mediante el martirio*

En esta Jornada dedicada a las misiones, recuerdo en la oración a quienes han hecho de su vida una exclusiva consagración al trabajo de evangelización. Una mención particular es para aquellas Iglesias locales, y para aquellos misioneros y misioneras que se encuentran testimoniando y difundiendo el

Reino de Dios en situaciones de persecución, con formas de opresión que van desde la discriminación social hasta la cárcel, la tortura y la muerte. No son pocos quienes actualmente son llevados a la muerte por causa de su "Nombre". Es aún de una actualidad tremenda lo que escribía mi venerado Predecesor, el Papa Juan Pablo II: "La memoria jubilar nos ha abierto un panorama sorprendente, mostrándonos nuestro tiempo particularmente rico en testigos que, de una manera u otra, han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, a menudo hasta dar su propia sangre como prueba suprema" (*Novo millennio ineunte*, 41).

La participación en la misión de Cristo, en efecto, marca también la vida de los anunciadores del Evangelio, para quienes está reservado el mismo destino de su Maestro. "Recordad lo que os dije: No es el siervo más que su amo. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán" (*Jn* 15,20). La Iglesia sigue el mismo camino y sufre la misma suerte de Cristo, porque no actúa según una lógica humana o contando con las razones de la fuerza, sino siguiendo la vía de la Cruz y haciéndose, en obediencia filial al Padre, testigo y compañera de viaje de esta humanidad.

A las Iglesias antiguas como a las de reciente fundación les recuerdo que han sido colocadas por el Señor como sal de la tierra y luz del mundo, llamadas a difundir a Cristo, Luz de las gentes,

hasta los extremos confines de la tierra. La *missio ad gentes* debe constituir la prioridad de sus planes pastorales.

A las Obras Misionales Pontificias dirijo mi agradecimiento y mi aliento por el indispensable trabajo de animación, formación misionera y ayuda económica que aseguran a las jóvenes Iglesias. A través de estas Instituciones pontificias se realiza en modo admirable la comunión entre las Iglesias, con el intercambio de dones, en la solicitud mutua y en la común proyección misionera.

5. Conclusión

El empuje misionero ha sido siempre signo de vitalidad de nuestras Iglesias (cf. *Redemptoris missio*, 2). Es necesario, sin embargo, reafirmar que la evangelización es obra del Espíritu y que incluso antes de ser acción es testimonio e irradiación de la luz de Cristo (cf. *Redemptoris missio*, 26) por parte de la Iglesia local, que envía sus misioneros y misioneras para ir más allá de sus fronteras. Pido, por lo tanto, a todos los católicos que recen al Espíritu Santo para que aumente en la Iglesia la pasión por la misión de difundir el Reino de Dios, y que sostengan a los misioneros, las misioneras y las comunidades cristianas comprometidas en primera línea en esta misión, a veces en ambientes hostiles de persecución.

Al mismo tiempo invito a todos a dar un signo creíble de comunión entre las

Iglesias, con una ayuda económica, especialmente en la fase de crisis que está atravesando la humanidad, para colocar a las Iglesias locales en condición de iluminar a las gentes con el Evangelio de la caridad.

Nos guíe en nuestra acción misionera la Virgen María, estrella de la

Nueva Evangelización, que ha dado al mundo a Cristo, puesto como luz de las gentes, para que lleve la salvación “hasta el extremo de la tierra” (*Hch* 13,47).

A todos mi Bendición.

Vaticano, 29 de junio de 2009.

VIAJES APOSTÓLICOS - VISITA PASTORAL A VITERBO Y BAGNOREGIO (6 DE SEPTIEMBRE DE 2009)

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Concelebración Eucarística.

Valle Faul – Viterbo. Domingo, 6 de septiembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Es verdaderamente inédito y sugestivo el escenario en el que celebramos la santa misa: nos encontramos en el “Valle” que se asoma a la antigua Puerta denominada FAUL, cuyas cuatro letras recuerdan las cuatro colinas de la antigua *Viterbium*, esto es, *Fanum-Arbanum-Vetulonia-Longula*. A un lado se yergue imponente el palacio, en otro tiempo residencia de los Papas, que -como ha recordado vuestro obispo- en el siglo XIII fue sede de cinco cónclaves; nos rodean construcciones y espacios, testigos de múltiples sucesos del pasado, y hoy tejido de vida de vuestra

ciudad y provincia. En este contexto, que evoca siglos de historia civil y religiosa, se encuentra ahora idealmente reunida, con el Sucesor de Pedro, toda vuestra comunidad diocesana para ser confirmada por él en la fidelidad a Cristo y a su Evangelio.

A todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, os expreso con afecto mi gratitud por la cordial acogida que me habéis reservado. Saludo en primer lugar a vuestro amado pastor, monseñor Lorenzo Chiarinelli, a quien agradezco sus palabras de bienvenida. Saludo a los demás obispos, en particular a los del Lacio con el cardenal vicario de Roma, los queridos sacerdotes diocesanos, los diáconos, los seminaristas, los religiosos y las religiosas, los jóvenes y los niños, y extendiendo mi recuerdo a todos los miembros de la diócesis, que en el pasado reciente ha visto unirse a Viterbo, con la abadía de San

Martín en el Monte Cimino, las diócesis de Acquapendente, Bagnoregio, Montefiascone y Toscana. Esta nueva configuración se esculpe ahora artísticamente en las “Puertas de bronce” de la iglesia catedral que, al comenzar mi visita por la plaza de San Lorenzo, he podido bendecir y admirar.

Con deferencia me dirijo a las autoridades civiles y militares, a los representantes del Parlamento, del Gobierno, de la Región y de la Provincia, y de manera especial al alcalde de la ciudad, que se ha hecho intérprete de los cordiales sentimientos de la población de Viterbo. Doy las gracias a las fuerzas del orden y saludo a los numerosos militares presentes en esta ciudad, así como a los comprometidos en misiones de paz en el mundo. Saludo y doy las gracias a los voluntarios y a cuantos han contribuido a la realización de mi visita. Reservo un saludo muy especial a los ancianos y a las personas solas, a los enfermos, a los presos y a cuantos no han podido participar en este encuentro de oración y amistad.

Queridos hermanos y hermanas, cada asamblea litúrgica es espacio de la presencia de Dios. Los discípulos del Señor, reunidos para la santa Eucaristía, proclaman que él ha resucitado, está vivo y es dador de vida, y testimonian que su presencia es gracia, es tarea, es alegría. Abramos el corazón a su palabra y acojamos el don de su presencia. En la primera lectura de este domingo, el profeta Isaías (35, 4-7)

anima a los “cobardes de corazón” y anuncia esta estupenda novedad, que la experiencia confirma: cuando el Señor está presente se despegan los ojos del ciego, se abren los oídos del sordo, el cojo “salta” como un ciervo. Todo renace y todo revive porque aguas benéficas riegan el desierto. El “desierto”, en su lenguaje simbólico, puede evocar los acontecimientos dramáticos, las situaciones difíciles y la soledad que no raramente marca la vida; el desierto más profundo es el corazón humano cuando pierde la capacidad de oír, de hablar, de comunicarse con Dios y con los demás. Se vuelve entonces ciego porque es incapaz de ver la realidad; se cierran los oídos para no escuchar el grito de quien implora ayuda; se endurece el corazón en la indiferencia y en el egoísmo. Pero ahora -anuncia el profeta- todo está destinado a cambiar; esta “tierra árida” de un corazón cerrado será regada por una nueva linfa divina. Y cuando el Señor viene, dice con autoridad a los cobardes de corazón de toda época: “¡Ánimo, no temáis!” (v. 4).

Aquí se enlaza perfectamente el episodio evangélico, narrado por san Marcos (7, 31-37): Jesús cura en tierra pagana a un sordomudo. Primero lo acoge y se ocupa de él con el lenguaje de los gestos, más inmediatos que las palabras; y después, con una expresión en lengua aramea, le dice: “*Effatà*”, o sea, “ábrete”, devolviendo a aquel hombre oído y lengua. Llena de estupor, la multitud exclama: “Todo lo ha hecho

bien” (v. 37). En este “signo” podemos ver el ardiente deseo de Jesús de vencer en el hombre la soledad y la incomunicabilidad creadas por el egoísmo, a fin de dar rostro a una “nueva humanidad”, la humanidad de la escucha y de la palabra, del diálogo, de la comunicación, de la comunión con Dios. Una humanidad “buena”, como es buena toda la creación de Dios; una humanidad sin discriminaciones, sin exclusiones -como advierte el apóstol Santiago en su carta (2, 1-5)-, de forma que el mundo sea realmente y para todos “espacio de verdadera fraternidad” (*Gaudium et spes*, 37), en la apertura al amor al Padre común, que nos ha creado y nos ha hecho sus hijos y sus hijas.

Querida Iglesia de Viterbo, que Cristo, a quien vemos en el Evangelio abrir los oídos y desatar el nudo de la lengua al sordomudo, abra tu corazón y te dé siempre la alegría de la escucha de su Palabra, la valentía del anuncio de su Evangelio, la capacidad de hablar de Dios y de hablar así con los hermanos y las hermanas y, por último, el valor del descubrimiento del rostro de Dios y de su belleza. Pero para que esto pueda suceder -recuerda san Buenaventura de Bagnoregio, adonde iré esta tarde-, la mente debe “ir más allá de todo con la contemplación e ir más allá no sólo del mundo sensible, sino también más allá de sí misma” (*Itinerarium mentis in Deum* VII, 1). Éste es el itinerario de salvación, iluminado por la luz de la Palabra de Dios y alimentado por los sacramentos, para todos los cristianos.

De este camino que también tú, amada Iglesia que vive en esta tierra estás llamada a recorrer, quisiera ahora retomar algunas líneas espirituales y pastorales. Una prioridad que interesa mucho a tu obispo es la *educación en la fe*, como búsqueda, como iniciación cristiana, como vida en Cristo. Es el “ser cristianos” que consiste en el “aprender a Cristo” que san Pablo expresa con la fórmula: “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (*Ga* 2, 20). En esta experiencia están involucradas las parroquias, las familias y las diversas asociaciones. Están llamados a comprometerse los catequistas y todos los educadores; está llamada a dar su aportación la escuela, desde la primaria hasta la Universidad de Tuscia, cada vez más importante y prestigiosa, y en particular la escuela católica, con el Instituto filosófico-teológico San Pedro.

Hay modelos siempre actuales, auténticos pioneros de la educación en la fe en quienes inspirarse. Me complace mencionar, entre otros, a santa Rosa Venerini (1656-1728) -a quien tuve la alegría de canonizar hace tres años-, verdadera precursora de las escuelas femeninas en Italia, precisamente “en el siglo de las Luces”; y a santa Lucia Filippini (1672-1732), quien, con la ayuda del venerable cardenal Marco Antonio Barbarigo (1640-1706), fundó las beneméritas Maestras Pías. De estas fuentes espirituales se podrá felizmente seguir bebiendo para afrontar con lucidez y coherencia la actual, ineludible

y prioritaria “emergencia educativa”, gran desafío para cada comunidad cristiana y para toda la sociedad, que es precisamente un proceso de “*Effatà*”, de abrir los oídos, el nudo de la lengua y también los ojos.

Junto con la educación, el *testimonio de la fe*. “La fe -escribe san Pablo- actúa a través de la caridad” (*Ga* 5, 6). Desde esta perspectiva se hace visible la acción caritativa de la Iglesia: sus iniciativas, sus obras son signos de la fe y del amor de Dios, que es Amor, como he recordado ampliamente en las encíclicas *Deus caritas est* y *Caritas in veritate*. En este ámbito florece y se incrementa cada vez más la presencia del voluntariado, tanto en el plano personal como en el asociativo, que halla en la *Caritas* su organismo propulsor y educativo. La joven santa Rosa (1233-1251), co-patrona de la diócesis, cuya fiesta se celebra precisamente en estos días, es ejemplo brillante de fe y de generosidad hacia los pobres. ¿Cómo no recordar además a santa Jacinta Marescotti (1585-1640), que promovió en la ciudad la adoración eucarística desde su monasterio y dio vida a instituciones e iniciativas para los encarcelados y los marginados? Tampoco podemos olvidar el testimonio franciscano de san Crispín, capuchino (1668-1759), que todavía inspira presencias asistenciales beneméritas.

Es significativo que en este clima de fervor evangélico hayan nacido muchas casas de vida consagrada, mascu-

linas y femeninas, y en particular monasterios de clausura, que constituyen una llamada visible al primado de Dios en nuestra existencia y nos recuerdan que la primera forma de caridad es precisamente la oración. Al respecto, es emblemático el ejemplo de la beata Gabriela Sagheddu (1914-1939), trapense: en el monasterio de Vitorchiano, donde está enterrada, sigue proponiéndose el ecumenismo espiritual, alimentado de oración incesante, que recomendó vivamente el concilio Vaticano II (cf. *Unitatis redintegratio*, 8). Recuerdo también al beato, originario de Viterbo, Domingo Bàrberi (1792-1849), pasionista, que en 1845 acogió en la Iglesia católica a John Henry Newman, quien después fue cardenal, figura de elevado perfil intelectual y de espiritualidad luminosa.

Quisiera aludir, por último, a una tercera línea de vuestro plan pastoral: la *atención a los signos de Dios*. Como hizo Jesús con el sordomudo, de igual modo Dios sigue revelándonos su proyecto mediante “hechos y palabras”. Escuchar su palabra y discernir sus signos debe ser, por tanto, el compromiso de todo cristiano y de toda comunidad. El signo de Dios más inmediato es ciertamente la atención al prójimo, según lo que dijo Jesús: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (*Mt* 25, 40). Además, como afirma el concilio Vaticano ii, el cristiano está llamado a ser “ante el mundo testigo de la resurrección y de la vida del Señor Jesús, y

signo del Dios vivo” (*Lumen gentium*, 38). Debe serlo en primer lugar el sacerdote, a quien Cristo ha escogido todo para él. Durante este Año sacerdotal, orad con mayor intensidad por los sacerdotes, por los seminaristas y por las vocaciones, para que sean fieles a la llamada. Asimismo, toda persona consagrada y todo bautizado debe ser signo del Dios vivo.

Fieles laicos, jóvenes y familias, ¡no tengáis miedo de vivir y testimoniar la fe en los diversos ámbitos de la sociedad, en las múltiples situaciones de la existencia humana! Viterbo también ha tenido al respecto figuras prestigiosas. En esta ocasión es un deber y una alegría recordar al joven Mario Fani de Viterbo, iniciador del “Círculo Santa Rosa”, que encendió, junto a Giovanni Acquaderni, de Bolonia, la primera luz que después se transformaría en la experiencia histórica del laicado en Italia: la Acción católica. Se suceden las estaciones de la historia, cambian los contextos sociales, pero es inmutable y no pasa de moda la vocación de los cristianos a vivir el Evangelio en solidaridad con la familia humana, al paso de los tiempos. He aquí el compromiso social, he aquí el servicio propio de la acción política, he aquí el desarrollo humano integral.

Queridos hermanos y hermanas, cuando el corazón se extravía en el desierto de la vida, no tengáis miedo, confiad en Cristo, el primogénito de la humanidad nueva: una familia de her-

manos construida en la libertad y en la justicia, en la verdad y en la caridad de los hijos de Dios. De esta gran familia forman parte santos queridos para vosotros: Lorenzo, Valentino, Hilario, Rosa, Lucía, Buenaventura y muchos otros. Nuestra Madre común es María, a quien veneráis con el título de Virgen de la Encina como patrona de toda la diócesis en su nueva configuración. Que ellos os conserven siempre unidos y alimenten en cada uno el deseo de proclamar, con las palabras y las obras, la presencia y el amor de Cristo. Amén.

ÁNGELUS

Valle Faul – Viterbo. Domingo, 6 de septiembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Al término de esta solemne celebración eucarística, doy de nuevo las gracias al Señor por haberme dado la alegría de realizar esta visita pastoral a vuestra comunidad diocesana. He venido entre vosotros para alentaros y para confirmaros en la fidelidad a Cristo, como bien indica además el tema que habéis elegido: “Confirma a tus hermanos” (*Lc 22, 31*). Jesús dirigió estas palabras al apóstol Pedro en la última Cena, encomendándole la tarea de ser aquí en la tierra Pastor de toda la Iglesia.

Desde hace muchos siglos vuestra diócesis se caracteriza por un singular

vínculo de afecto y de comunión con el Sucesor de Pedro. He podido percibirlo al visitar el palacio de los Papas y, en particular, la sala del “Cónclave”. En el extenso territorio de la antigua Tuscia nació san León Magno, quien prestó un gran servicio a la verdad en la caridad, mediante un asiduo ejercicio de la palabra, testimoniado por sus Sermones y sus Cartas. En Blera tuvo lugar el nacimiento del Papa Sabiniano, sucesor de san Gregorio Magno; en Canino nació Pablo III. Viterbo fue escogida durante toda la segunda parte del siglo XIII como residencia de los Romanos Pontífices; aquí cinco de mis predecesores fueron elegidos y cuatro de ellos fueron sepultados; cincuenta la visitaron -el último fue el siervo de Dios, Juan Pablo II, hace 25 años-. Estas cifras revisten un significado histórico, pero, en este momento, quisiera recalcar sobre todo su valor espiritual. A Viterbo se le llama justamente “Ciudad de los Papas”, y esto constituye para vosotros un estímulo ulterior para vivir y testimoniar la fe cristiana, la misma fe por la que dieron la vida los santos mártires Valentín e Hilario, custodiados en la iglesia catedral, los primeros de una larga estela de santos, mártires y beatos de vuestra tierra.

“Confirma a tus hermanos”: hoy advierto esta invitación del Señor dirigida a mí con una intensidad singular. Orad, queridos hermanos y hermanas, para que cumpla siempre con fidelidad y amor la misión de Pastor de toda la grey de Cristo (cf. *Jn* 21, 15 ss). Por

mi parte, aseguro un constante recuerdo ante el Señor por vuestra comunidad diocesana, para que sus distintas articulaciones -de las que he podido admirar una simbólica representación en las nuevas puertas de la catedral- tiendan cada vez más a una plena unidad y comunión fraterna, condiciones indispensables para dar al mundo un testimonio evangélico eficaz. Esta tarde encomendaré estas intenciones a la Virgen María, al visitar el santuario de la Virgen de la Encina. Ahora, con la oración que recuerda su “sí” al anuncio del ángel, le pedimos que mantenga nuestra fe siempre fuerte y gozosa.

ORACIÓN

A LA VIRGEN DE LA ENCINA

Queridas hermanas:

Es para mí una verdadera alegría poderme encontrar con vosotras en este lugar querido para la piedad popular. Vosotras, monjas de vida contemplativa, tenéis en la Iglesia la misión de ser antorchas que, en el silencio de los monasterios, arden de oración y de amor a Dios. A vosotras encomiendo mis intenciones, las intenciones del Pastor de esta diócesis y las necesidades de cuantos viven en esta tierra. A vosotras encomiendo, en este Año sacerdotal, sobre todo a los sacerdotes, a los seminaristas y las vocaciones. Sed con vuestro silencio orante su apoyo “a distancia” y ejerced con respecto a ellos vuestra ma-

ternidad espiritual, ofreciendo al Señor el sacrificio de vuestra vida por su santificación y por el bien de las almas. Os agradezco vuestra presencia y os bendigo de corazón; llevad el saludo y la bendición del Papa también a vuestras hermanas que no han podido venir. Os pido ahora que os unáis a mí al invocar la protección materna de María sobre esta comunidad diocesana y sobre los habitantes de esta tierra, rica en tradiciones religiosas y culturales.

Virgen Santa, Virgen de la Encina, patrona de la diócesis de Viterbo, reunidos en este santuario a ti consagrado, te dirigimos una oración ferviente y confiada: vela por el Sucesor de Pedro y por la Iglesia encomendada a su solicitud; vela por esta comunidad diocesana y por sus pastores, por Italia, por Europa y por los demás continentes.

Reina de la paz, alcánzanos el don de la concordia y de la paz para los pueblos y para toda la humanidad.

Virgen obediente, Madre de Cristo, que con tu dócil "sí" al anuncio del ángel te convertiste en Madre del Omnipotente, ayuda a tus hijos a seguir los planes que el Padre celestial tiene para cada uno, a fin de cooperar al proyecto universal de redención, que Cristo realizó muriendo en la cruz.

Virgen de Nazaret, Reina de la familia, haz de nuestras familias cristianas fraguas de vida evangélica, enriquecidas por el don de muchas vocaciones al sa-

cerdocio y a la vida consagrada. Mantén firme la unidad de nuestras familias, hoy tan amenazada por todas partes, y haz de ellas hogares de serenidad y concordia, donde el diálogo paciente disipe las dificultades y los contrastes. Vela sobre todo por las que están divididas y en crisis, Madre de perdón y de reconciliación.

Virgen Inmaculada, Madre de la Iglesia, alimenta el entusiasmo de todos los componentes de nuestra diócesis: de las parroquias y de los grupos eclesiales, de las asociaciones y de las nuevas formas de compromiso apostólico que el Señor va suscitando con su Santo Espíritu; haz que sea firme y decidida la voluntad de cuantos el Dueño de la mies sigue llamando como obreros a su viña, a fin de que, resistiendo a toda adulación e insidia mundana, perseveren generosamente en el seguimiento del camino emprendido, y, con tu ayuda materna, sean testigos de Cristo atraídos por el fulgor de su amor, fuente de alegría.

Virgen Clemente, Madre de la humanidad, dirige tu mirada a los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, a los pueblos y sus gobernantes, a las naciones y los continentes; consuela a quien llora, a quien sufre, a quien padece a causa de la injusticia humana, sostén a quien vacila bajo el peso de la fatiga y contempla el futuro sin esperanza; alienta a quien trabaja para construir un mundo mejor donde triunfe la justicia y reine la fraternidad, donde cesen el egoísmo y el odio, y la violencia. Que toda forma y manifestación de violencia sea vencida por la

fuerza pacificadora de Cristo.

Virgen de la escucha, Estrella de la esperanza, Madre de la Misericordia, fuente por la cual vino al mundo Jesús, nuestra vida y nuestro gozo, te damos gracias y te renovamos la ofrenda de la vida, seguros de que jamás nos abandonas, especialmente en los momentos oscuros y difíciles de la existencia. Acompáñanos siempre: ahora y en la hora de nuestra muerte.

Amén.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante el encuentro con la
población***

*Plaza de San Agustín – Bagnoregio.
Domingo, 6 de septiembre de 2009*

Queridos hermanos y hermanas:

La solemne celebración eucarística de esta mañana en Viterbo abrió mi visita pastoral a vuestra comunidad diocesana, y nuestro encuentro aquí, en Bagnoregio, prácticamente la cierra. Os saludo a todos con afecto: autoridades religiosas, civiles y militares, sacerdotes, religiosos y religiosas, agentes pastorales, jóvenes y familias, y os doy las gracias por la cordialidad con la que me habéis recibido. Renuevo mi agradecimiento, en primer lugar, a vuestro obispo por sus afectuosas palabras, que han recordado mi vínculo con san Bue-

naventura. Y saludo con deferencia al alcalde de Bagnoregio, agradecido por la cortés bienvenida que me ha dirigido en nombre de toda la ciudad.

Giovanni Fidanza, que se convirtió después en fray Buenaventura, une su nombre al de Bagnoregio en la conocida presentación que hace de sí mismo en la Divina Comedia. Diciendo: “Yo soy el alma de san Buenaventura de Bagnoregio, que en los altos cargos siempre puse los cuidados temporales” (Dante, *Paraíso* XII, 127-129), subraya cómo, en las importantes tareas que desempeñó en la Iglesia, puso siempre el cuidado de las realidades temporales al bien espiritual de las almas. Aquí, en Bagnoregio, pasó su infancia y su adolescencia; después siguió a san Francisco, hacia quien albergaba especial gratitud porque, como escribió, cuando era niño lo había “arrancado de las fauces de la muerte” (*Legenda Maior, Prologus*, 3, 3) y le había predicho “Buena ventura”, como ha recordado hace un momento vuestro alcalde. Con el *Poverello* de Asís supo establecer un vínculo profundo y duradero, obteniendo de él inspiración ascética y genio eclesial. De este ilustre conciudadano vuestro custodiáis celosamente la insigne reliquia del “Santo Brazo”, mantenéis viva la memoria y profundizáis la doctrina, especialmente mediante el Centro de Estudios Bonaventurianos fundado por Bonaventura Tecchi, que anualmente promueve cualificados congresos de estudio dedicados a él.

No es fácil sintetizar la amplia doctrina filosófica, teológica y mística que nos ha dejado san Buenaventura. En este Año sacerdotal desearía invitar especialmente a los sacerdotes a entrar en la escuela de este gran doctor de la Iglesia para profundizar en su enseñanza de sabiduría enraizada en Cristo. A la sabiduría, que florece en santidad, él orienta cada paso de su especulación y tensión mística, pasando por los grados que van desde la que él llama “sabiduría uniforme”, relativa a los principios fundamentales del conocimiento, a la “sabiduría multiforme”, que consiste en el misterioso lenguaje de la Biblia, y después a la “sabiduría omniforme”, que reconoce en toda realidad creada el reflejo del Creador, hasta la “sabiduría informe”, o sea, la experiencia del íntimo contacto místico con Dios, en cuanto que el intelecto del hombre roza en silencio el Misterio infinito (cf. J. Ratzinger, *San Buenaventura e la teologia della storia*, ed. Porziuncola, 2006, pp. 92 ss). Al recordar a este profundo buscador y amante de la sabiduría, desearía expresar además aliento y estima por el servicio que, en la comunidad eclesial, los teólogos están llamados a prestar a la fe que busca el intelecto, a la fe que es “amiga de la inteligencia” y que se convierte en vida nueva según el proyecto de Dios.

Del rico patrimonio doctrinal y místico de san Buenaventura me limito esta tarde a sacar alguna “pista” de reflexión, que podría resultar útil para el camino pastoral de vuestra comunidad

diocesana. Fue, en primer lugar, un incansable *buscador de Dios* desde que estudiaba en París, y siguió siéndolo hasta la muerte. En sus escritos indica el itinerario a recorrer. “Puesto que Dios está en lo alto -escribe- es necesario que la mente se eleve a él con todas las fuerzas” (*De reductione artium ad theologiam*, n. 25). Traza así un camino de fe arduo, en el que no basta “la lectura sin la unción, la especulación sin la devoción, la búsqueda sin la admiración, la consideración sin la alegría, la diligencia sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia divina, el espejo sin la sabiduría divinamente inspirada” (*Itinerarium mentis in Deum*, prol. 4).

Este camino de purificación compromete a toda la persona para llegar, a través de Cristo, al amor transformante de la Trinidad. Y dado que Cristo, desde siempre Dios y para siempre hombre, lleva a cabo en los fieles una nueva creación con su gracia, la exploración de la presencia divina se convierte en contemplación de él en el alma “donde él habita con los dones de su incontenible amor” (*ib.*, iv, 4), para ser al final transportados en él. Por lo tanto, la fe es perfeccionamiento de nuestras capacidades cognoscitivas y participación en el conocimiento que Dios tiene de sí mismo y del mundo; la esperanza la advertimos como preparación al encuentro con el Señor, que marcará el pleno cumplimiento de la amistad que desde ahora nos une a él. Y la caridad nos introduce en la vida divina, ha-

ciendo que consideremos hermanos a todos los hombres, según la voluntad del Padre celestial común.

Además de *buscador de Dios*, san Buenaventura fue seráfico *cantor de la creación*, que, tras las huellas de san Francisco, aprendió a “alabar a Dios en todas y por medio de todas las criaturas”, en las cuales “resplandecen la omnipotencia, la sabiduría y la bondad del Creador” (*ib.*, I, 10). San Buenaventura presenta una visión positiva del mundo, don de amor de Dios a los hombres: reconoce en el mundo el reflejo de la suma Bondad y Belleza que, tras la estela de san Agustín y san Francisco, afirma ser Dios mismo. Todo nos ha sido dado por Dios. De él, como de fuente originaria, brota lo verdadero, lo bueno y lo bello. Hacia Dios, como a través de los peldaños de una escalera, se sube hasta alcanzar y casi aferrar el Sumo Bien y hallar en él nuestra felicidad y nuestra paz. ¡Qué útil sería que también hoy se redescubriera la belleza y el valor de la creación a la luz de la bondad y de la belleza divinas! En Cristo, el universo mismo -observa san Buenaventura- puede volver a ser voz que habla de Dios y nos impulsa a explorar su presencia; nos exhorta a honrarlo y a glorificarlo en todas las cosas (cf. *ib.*, I, 15). Se advierte aquí el alma de san Francisco, cuyo amor por todas las criaturas compartió nuestro santo.

San Buenaventura fue *mensajero de esperanza*. Una bella imagen de la esperanza la encontramos en una de

sus predicaciones de Adviento, donde compara el movimiento de la esperanza con el vuelo del ave, que despliega sus alas lo más ampliamente posible y para moverlas emplea todas sus fuerzas. En cierto sentido toda ella se hace movimiento para elevarse y volar. Esperar es volar, dice san Buenaventura. Pero la esperanza exige que todos nuestros miembros se pongan en movimiento y se proyecten hacia la verdadera altura de nuestro ser, hacia las promesas de Dios. Quien espera -afirma- “debe levantar la cabeza, dirigiendo a lo alto sus pensamientos, a la altura de nuestra existencia, o sea, hacia Dios” (*Sermo XVI, Dominica I Adv., Opera omnia*, IX, 40a).

El señor alcalde en su discurso ha planteado la cuestión: “¿Qué será de Bagnoregio mañana?”. En verdad todos nos preguntamos por nuestro futuro y el del mundo, y este interrogante tiene mucho que ver con la esperanza, de la que todo corazón humano tiene sed. En la encíclica *Spe salvi* observé que no basta, en cambio, una esperanza cualquiera para afrontar y superar las dificultades del presente; es indispensable una “esperanza fiable” que, dándonos la certeza de llegar a una meta “grande”, justifique “el esfuerzo del camino” (cf. n. 1). Sólo esta “gran esperanza-certeza” nos asegura que, a pesar de los fracasos de la vida personal y de las contradicciones de la historia en su conjunto, nos custodia siempre el “poder indestructible del Amor”. Así que, cuando lo que nos sostiene es esta esperanza,

jamás corremos el riesgo de perder la valentía de contribuir, como han hecho los santos, a la salvación de la humanidad, abriéndonos nosotros mismos y el mundo para que entre Dios: la verdad, el amor, la luz (cf. n. 35). Que san Buenaventura nos ayude a “desplegar las alas” de la esperanza que nos impulsa a ser, como él, incesantes buscadores de Dios, cantores de las bellezas de la creación y testigos del Amor y de la Belleza que “mueve todo”.

Gracias, queridos amigos, una vez más por vuestra acogida. A la vez que os aseguro un recuerdo en la oración, imparto, por intercesión de san Buenaventura y especialmente de María, Virgen fiel y Estrella de la esperanza, una bendición apostólica especial, que gustosamente extiendo a todos los habitantes de esta tierra bella y rica en santos.

¡Gracias por vuestra atención!



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

El Sr. Obispo ha continuado la Visita Pastoral en el Arciprestazgo de Verín-Laza en las parroquias de San Miguel de Portocamba, Santa María de Fontefría y Santiago de Campobecerros.

SEPTIEMBRE

Día 1: Reunión del Consejo Episcopal.

Días 9-11: “XVI Semana da Formación Permanente dos cregos de Galicia” en el Monasterio de Poio.

Día 11: Presentación del Libro *Un sacerdote junto al pueblo*, del sacerdote Rvdo. D. Jesús Rodríguez Iglesias, misionero orensano, que permaneció durante 44 años en Chile.

Día 13: Concelebración Eucarística presidida por el Obispo de la Diócesis y el Obispo de Viana do Castelo con motivo de la entrega de unas reliquias de Santa Eufemia que se conservan en la Catedral a la Parroquia representada por los fieles de Santa Eufemia de Calheiros y devotos de Santa Eufemia de Ambía.

Día 15: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 23: Reunión de los Arciprestes y Delegados Episcopales en la Casa Diocesana de Ejercicios. Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral.

Día 25: Presentación del Programa de Vivienda de Cáritas Diocesana.

Día 26: Curso de Lectura Creyente de la Palabra de Dios. Jornada de estudio y reflexión sobre la *Lectio Divina*, en el Seminario Mayor.



Beati misericordes